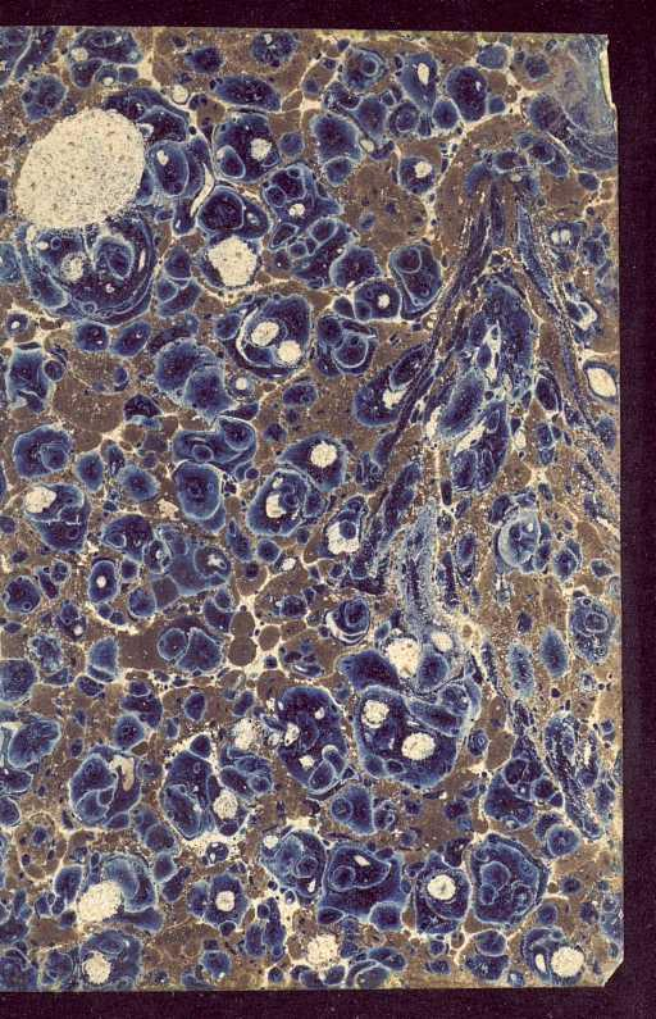

LOS DOS CADÁVERES.

LOS DOS CAMINOS.

LOS

DOS CADÁVERES,

novela escrita en francés

POR FEDERICO SOULIÉ,

y traducida al castellano

POR D. JOSÉ GONZALEZ DE CARVAJAL.

T. 1.º

VALENCIA.

—

Imprenta de D. Benito Monfort.

1847.

D-91
28
b25941720
125469204
R.46.038

I.

BIRTH-DAY.

Y por qué no se ha de celebrar este año, señora, el dia de Mr. Barkstead con la misma pompa y religiosidad que los anteriores?

—Porque mi marido tiene otros deberes mas sagrados que cumplir.

—¿Puede haber acaso otros que lo sean mas, que dar gracias al Señor por habernos llamado á la vida, para que nos hagamos dignos de su bendicion eterna, sometiéndonos á sus mandatos?

—Puede que sí, Molly, contestó suspirando mistris Barkstead, á quien se dirigian estas reconvenciones medio ásperas, medio maternales.

—¿Puede que sí? replicó la vieja criada con tono de sumo disgusto: ¿puede que sí? ¡Ah! sí por cierto, vergüenza dá ver que esos miserables papistas observen con mas fidelidad las buenas costumbres de la vieja Inglaterra, que los discípulos mas ardientes de la santa religion del Evangelio.

—No son los cuidados de su familia ni sus placeres, á los que tiene que atender mi marido; su posicion política le impone otros nuevos: siguió diciendo mistris Barkstead con voz dulce y sosegada, aunque con cierta preocupacion, de que no basta-

ba á sacarla la voz áspera y nasal de la anciana Molly.

—¡Otros nuevos! ¡otros nuevos! replicó ésta encogiéndose de hombros; lo que habrá nuevo será ver que en casa de Mr. Barkstead pasa el dia de su santo, sin que se beba un jarro de cerveza á su salud. ¿Y si habia de ser así, para qué hacerme vestir con tanto lujo á mi Ricardito?

—¿Está ya vestido? dijo con viveza mistris Barkstead, deseosa de mudar de conversacion.

—¡Y tan lindo como está! le he puesto su jubon azul de cielo, sus hermosas medias de hilo de Flandes color de fuego, su gorguera de punto de Alenzon, y su gran sombrero gris con dos plumas de avestrúz, una encarnada y otra negra. Y él se ha puesto además la daga que le dió el señor coronel O-Key, y la saca continuamente, y la mira como si estuviera enamorado de ella. Con el tiempo será seguramente un hombre, señora, un hombre

resuelto y valiente, dijo la vieja con alegría llena de vanidad.

—¡Sí! ¡sí! contestó su ama, volviendo á caer en su distraccion; resuelto y valiente, es decir, que dentro de algunos años, estos perpétuos temores que me infunde el carácter decidido é inflexible de mi marido, se aumentarán con los riesgos á que se espondrá mi hijo; porque, tienes razon, Molly, Ricardo será hombre que gustará mas de reñir que de persuadir, y que preferirá la muerte á mentir.

—Y de ello os debeis envanecer, esclamó Molly: sin embargo, añadió con mas dulzura, es preciso que le riñais, señora, pues ahora poco, diciéndole yo en chanza que era todavía muy niño para llevar daga (porque es una lástima un niño de seis años con daga) se enfadó conmigo y empezó á gritar diciendo: calla, calla, Molly, ¿crees tú que el pecho de un papista sea mas duro que esto? y atravesó de un golpe el espaldar del sillon que vos misma

bordasteis para su maestro Mr. Abbot.

—Dios lo tenga de su mano, dijo la pobre madre, porque no sé yo qué fuerza humana podrá con él. Envíamelo, Molly, que se lo voy á llevar á su padre que lo aguarda para salir.

—¿Con que no habrá hoy ni comida ni funcion? repuso Molly con acritud. Y mistris Barkstead, con voz alterada, y procurando ocultar algunas lágrimas, repetia muy despacio estas palabras: *ni comida ni funcion....* cuando se abrió la puerta, y entró un hombre de grande estatura.

—¡Ni comida, ni funcion! esclamó éste en tono de reconvencion: ¿olvidais la gran fiesta á que está hoy convidado el pueblo inglés, y que será agradable al Eterno la comida que se le va á ofrecer?

Mistris Barkstead no pudo contener un movimiento de disgusto y horror, y temiendo que el coronel O-Key, que era el que acababa de entrar, entablara otra con-

versacion mas desagradable todavía que la que acababa de tener, le dijo friamente á Molly:

—Así que se levante miss Ana, dile que baje.

—Eso será si ella quiere, replicó Molly con sequedad. Hace un mes que está aquí, y todas las noches se encierra en su cuarto sin querer que nadie la asista, y no sale hasta que está vestida. Será sin duda para rezar á sus anchas sus oraciones papistas. Que le responda el hijo del diablo, puesto que lo invoca. ¡Desgraciada! qué mal fin ha de tener.

—Silencio, y guarda tus maldiciones para los malvados, le replicó su buena ama, y con un severo gesto despidió á la vieja, que se fue deseando todos los males posibles á los papistas.

Así que mistris Barkstead se volvió para decir al coronel O-Key que se sentara, vió que tenia fijos en ella sus ojos con marcada espresion de disgusto. El coronel

era hombre de cincuenta años al menos; su cara, en estremo pálida y flaca, dejaba brillar con todo su lustre dos ojos pardos, que parecia vibraban en sus órbitas; su pelo blanco y crespo se erizaba sobre una frente ancha y aplastada; el ángulo facial agudo y sin dignidad denotaba una inteligencia poco generosa; y la construccion huesosa de su cuerpo, cuyas ásperas formas marcaba su ajustado trage, era prueba de una fuerza física, que habia debido resolver á su favor mas problemas que su elocuencia.

—Esa buena muger tiene razon, le dijo á la amable mistris Barkstead; el aliento de Dios quemará la tierna planta que no florece á la sombra de su mano.

—Dios es Señor de todos, y está dicho que los que maldigan serán maldecidos.

—Tambien está dicho, repuso el coronel O-Key, que el que admite en su casa á su enemigo perecerá bajo sus ruinas.

—¡Su enemigo! esclamó mistris Barks-

tead; ¿y podeis dar ese nombre á la hija del hermano de mi marido; á una niña de diez y seis años tan amable, que todos se creen aquí con derecho á hacerle sentir que es huérfana y pobre; tan jovial, tan risueña en otro tiempo, que cuando salia del colegio Real en que se criaba para venir á pasar algunos dias con nosotros, aparecia en casa como un rayo del sol de Junio, animándolo y vivificándolo todo con su sincera y natural alegría?

—¿Y por qué se ha sacado en este grande y magnífico dia de aquella detestable casa, y se ha traido á este santuario á que turbe con sus culpables lágrimas las acciones de gracias que debeis dar al Señor por el sacrificio de sangre que va á tener lugar?

—El coronel Barkstead lo ha dispuesto así, respondió la jóven señora deseando cortar la conversacion que queria entablar O-Key.

—Si Barkstead lo ha dispuesto así, habrá tenido para ello sus razones, porque

es bueno y prudente; demasiado prudente y demasiado bueno tal vez, dijo O-Key, y demasiado propenso á la indulgencia. Mejor quisiera yo verlo delante de diez escoceses armados, que cara á cara con una muger llorando, ó un niño que le suplicara, porque saldria mejor, á fe mia.

—¡Y á pesar de eso ha sido juez bastante severo! dijo mistris Barkstead levantando los ojos al cielo, y respondiendo á su propio pensamiento mas bien que á lo que decia el coronel.

Apenas dijo esto, volvió á entrar Molly pálida, asustada y temblando, porque no habia encontrado á Ricardo en toda la casa despues de haberlo llamado, primero enojada por si no queria responder, y despues casi suplicándole, inquieta con su obstinado silencio. El susto de la pobre muger se comunicó muy pronto á la madre, que le hacia preguntas sin aguardar respuesta, y corrió toda la casa llamando á su hijo, y que al volver á la sala

encontró en ella á su marido y miss Ana, que interrogaban vivamente al coronel O-Key.

—¡Ricardo ha desaparecido! esclamó la infeliz madre precipitándose hácia su marido, como pidiéndole amparo en aquella tribulacion: ¡mi hijo ha sido robado, perdido, muerto tal vez! ¡Oh! ¡Juan, Juan, este es un castigo del cielo!

—No blasfemes, María, dijo el coronel Barkstead; lo que sucede podrá ser una gran desgracia, pero tal vez no sea mas que un accidente sin peligro, una muchachada.

—Sí, señor, dijo Molly, habrá ido sin duda á enseñar su hermoso vestido á sus camaradas de la vecindad.

—O tal vez tambien, arrastrado por una laudable curiosidad, añadió el coronel O-Key, habrá ido al punto de reunion donde nos esperan.

Barkstead al oir esto lanzó una penetrante mirada á O-Key, y mostrándole á

Ana, que sostenia á mistris Barkstead, le hizo seña de que callara: O-Key se puso serio y se encogió de hombros, pero otra nueva seña le hizo entender que el silencio debia ser absoluto. En seguida llamó Barkstead á todas las personas de su casa y les mandó que salieran á buscar al niño, siendo de notar, que cada vez que indicaba á un criado la direccion que habia de tomar, le preguntaba éste con cierto interés sino debia pasar por Withe-Hall, y el coronel lo interrumpia secamente marcándole el camino por donde habia de ir. Al fin mistris Barkstead, dirigiéndose á su marido en tono de súplica, le dijo con dulzura:

—Juan, ¿por qué no quieres que vaya ninguno por ese lado?

—Vamos, María, le respondió el coronel sonriéndose, te olvidas de que yo voy á Withe-Hall, y que si el niño está por allí lo encontraré mejor que nadie, bien porque lo vea, ó porque él me vea á mí,

puesto que me debia acompañar allá.

—No sabia que debia ir contigo, porque no se lo quise decir no fuera que dijera algo delante de Ana, le dijo en voz muy baja mistris Barkstead acercándose á él. ¡Oh! déjame que vaya contigo hácia ese lado, que los ojos de una madre valen mas que los de veinte criados.

—Y su corazon mas que el de un padre; ¿no es esto? le replicó el coronel con tono afectuoso pero bajo; porque yo no olvidaria por Ricardo el rígido deber que me llama á Withe-Hall, y tú por él arrostrarias el horror del espectáculo que allí se prepara. Y sosegándola en seguida con una dulce sonrisa, añadió: vamos, no salgas, que volverá nuestro hijo, estoy seguro de que te lo traeré; y ten cuidado con ésta, dijo enseñándole á Ana, porque con el fanatismo que le han inspirado en su miserable colegio, seria capáz de perder el juicio si supiera adonde voy.

Barkstead abrazó á su muger, y se

marchó en seguida acompañado del coronel O-Key. Ambos iban vestidos como los militares de aquella época, casaca encarnada abrochada hasta la cintura, pantalon color de violeta, botas de cuero amarillento armadas de fuertes espuelas y cinturon de cuero, de que pendia una larga espada y una gran daga, que era de lo que se componia el trage ordinario. Tanto vigor como anunciaba la estatura de O-Key, denotaba al parecer debilidad la de Barkstead, porque era pequeño de cuerpo, delgado y casi siempre enfermizo, y solo en su cara se veian las señales esteriores de una incontestable superioridad sobre su colega. El coronel Barkstead apenas tenia cuarenta años, con pelo rubio, y cara regular: sus ojos azules y melancólicos rara vez se animaban, y la señal mas distintiva de su fisonomía estaba en su boca; sus labios se contraian algunas veces con violencia, otras temblaban con una sonrisa indefinible de desprecio,

y cuando se abrian para decir alguna espresion dulce, era la sonrisa tan poderosa é irresistible como una mirada.

O-Key, pues, y Barkstead se marcharon, y la muger de este último se quedó sola con Ana, porque hasta Molly habia salido en busca de Ricardo; mas apenas habria andado su marido unos cuantos pasos, abrió una ventana, y á pesar del frio, se puso á mirar á todas partes esperando ver á su hijo, y dispuesta á preguntar por él á cuantos pasaban por la calle. Primero le quitaron todo recelo de ningun accidente las pocas personas que iban y venian, mas muy pronto se fue aumentando insensiblemente el paso de gente á pie y á caballo, y cada borracho que pasaba vociferando horribles imprecaciones, le parecia que iba á tropezar con su hijo, que no estaba allí, y seguia temblando y asustada el galope de los caballos como si lo fueran á atropellar. Poco á poco se fue haciendo tan compacto y tumultuoso el gentío, que

se llenó de terror sin ningun motivo, y cada grito le parecia el de un niño á quien lastiman, cada murmullo el sordo gemido de una vida que se estingue; hasta que no pudiendo, por último, abrazar con la vista toda aquella multitud, esclamó con cierta especie de dulce enfado:

—Ana, ven á ayudarme á ver á Ricardo.

Esta, que se hallaba sentada en un rincon de la sala, se fue despacio adonde estaba mistris Barkstead, y miró asombrada aquella multitud que iba cada vez mas en aumento, oyéndose el murmullo ruidoso de mil animadas conversaciones, y notó que algunos señalaban la casa de Barkstead con una especie de triunfo, y otros con un gesto de oculta amenaza, pero mistris Barkstead era insensible á estas señales de odio ó de respeto, y á ella misma dejaron de llamarle la atencion así que miró á la cara á su tia. La ansiedad, la esperanza y la desesperacion, que

alternativamente se sucedian en ella; las lágrimas que derramaba, y que se enjugaba casi con enfado porque no le dejaban ver, y el maravilloso sentimiento del amor materno pintado en su mayor angustia en la dulce y pálida fisonomía de mistris Barkstead, se habian apoderado del alma de Ana, que contemplaba inmóvil aquella desolada madre, hasta que preocupada y pensativa profirió estas palabras, cuyo sentido se debia tan tristemente comprender muy pronto.

—¡Oh! ¡con que se ama mucho mas á un hijo!

Ni esta esclamacion, ni el oculto sentimiento que parecia descubrir, llamaron la atencion de mistris Barkstead, pero el sonido de la voz de Ana la sacó de repente de su distraccion.

—Sí, sin duda, mejor será que vaya yo misma á buscarlo, dijo con suma rapidéz. Ana, quédate tú en casa, porque no conviene que salgas, ni lo puedes ha-

cer hoy; al momento vuelvo, así que haya encontrado á Ricardo. Y sin aguardar respuesta, y huyendo de las observaciones que le podia ésta hacer, tomó un manton negro, salió á la calle, y aunque jóven y débil, que muchas veces se habia avergonzado de una mirada atrevida, atravesó por en medio de aquel alborotado populacho sin temer ningun ultrage, y sintiéndose en su interior protegida por lo santo de su inquietud.

Ana la siguió mucho tiempo con la vista, y tal vez ya no pensaba en ella cuando aun la veia. ¿Pues en qué pensaba la hermosa jóven? ¿por qué se echó á llorar con desesperacion así que se vió sola? ¿por qué arrimó repetidas veces su ardorosa frente á la piedra de la ventana? ¿y de qué nacian, además, aquellas miradas torvas, desatinadas y resueltas que brillaban bajo sus largas cejas fuertemente contraidas? ¿qué recuerdo, qué remordimiento la hizo volver atrás tres veces des-

de la puerta por donde iba á salir, la hizo al fin arrodillarse, y dirigir una ardiente y fervorosa súplica al cielo, interrumpida solo por sus convulsivos sollozos?

¿Sabia ella acaso por qué no se celebraba el dia de Barkstead, ni por qué le habian puesto á Ricardo su mejor vestido? ¿Sabia dónde iba aquel tumultuoso é innumerable pueblo? ¿qué asunto animaba tanto la conversacion de los unos, y era causa del doloroso silencio de los otros? Nada de esto sabia Ana, porque encerrada hacia un mes en casa de Barkstead, nada de cuanto pasaba fuera habia llegado á su noticia: sin embargo, en aquel mes, sin sospecharlo ella, se habia decidido su porvenir, su felicidad y su vida, y el dia que empezaba le debia revelar su desgraciado destino.

En uno de los momentos en que Ana, enjugándose las lágrimas, parecia mas llena de confianza ó de resignacion, se asomó á la ventana, y lo primero que vió fue el

sombrero con las plumas encarnada y negra de Ricardo, y lo llamó; pero su voz se perdió entre el inmenso murmullo de aquella multitud de gente, siempre nueva, que se encaminaba hácia un mismo punto. Despertóse entonces en su corazon el sentimiento, que tan vivamente la habia conmovido al ver el dolor de su tia, y creyó que podia alcanzar al niño y traerlo á casa, y adquirir tal vez el derecho de contar el secreto, que la hacia llorar, á la madre cuyo hijo habria salvado, y con este objeto salió á la calle, mas apenas habia cerrado la puerta ya no lo vió. Quiso volver á entrar, pero como Ricardo no podia estar lejos, echó á andar lo mas aprisa que pudo en la direccion de la gente, mas no viéndolo, y llena ya de miedo al mirarse sola entre una multitud de todas clases, se iba á volver atrás, cuando le preguntó á un mendigo que recitaba con aire feroz los versículos del libro de Saul, si habia visto pasar un niño con un som-

brero con plumas encarnada y negra.

—Sí por cierto, le contestó el pobre, y no debe estar á veinte pasos de aquí: es un guapo muchacho, y va á gozar de un raro espectáculo; id aprisa, que habrá tomado por allí, á la derecha, que es el camino mas corto para Withe-Hall.

Ana aceleró mas el paso, llegó hasta la calle que le designó el mendigo, y no vió á Ricardo, pero sabia que iba á Withe-Hall, y andando mas de prisa creyó alcanzarlo, y siguió desojándose, inquieta, temblando, y sin prestar la menor atencion á lo que se hablaba á su alrededor, y de este modo de calle en calle, y de minuto en minuto, pendiente siempre de los pasos de aquel niño, como se está de una esperanza que nos arrastra, llegó hasta la vista del parque de san James. Pero es preciso confesar, que el sentimiento que la habia animado á salir no era el mismo que la conducia: aquel gentío le parecia estraño, aquella ceremonia

de que se habia hablado en casa de Barkstead no pertenecia á ninguna época, y ella, aunque católica, sabia bien, que aquel dia no se celebraba ninguna de las solemnidades ordinarias de los puritanos. Despertósele, pues, una curiosidad alarmante y singular, además de que al fin de la calle por donde iba se oia de cuando en cuando un ruido prolongado y horrible, que ni era el de los aplausos que se dan á un predicador, ni los gritos de un gran tumulto, sino semejante á la impaciencia del tigre que espera su comida encerrado en la jaula, y brama de hambre, que escucha en seguida si viene álguien, y vuelve á bramar.

Asaltó, pues, su corazon un inquieto deseo de saber el secreto de todos aquellos miles de hombres y mugeres; y entonces se acordó de pronto de las precauciones que habian tomado para ocultarle cuanto pasaba fuera de su casa, y estorbar que saliera á la calle. ¿Le intere-

saria acaso personalmente aquel suceso que debian presenciar tantos testigos? Y ¿cuál era este suceso? A cualquiera se lo podia preguntar, porque cuantos allí estaban lo sabian, pero ¿á quién se habia de dirigir? ¿Cómo se habia de atrever á preguntar á nadie una cosa, que tenia en movimiento á todo el pueblo de Lóndres?

Mientras hacia estas reflexiones iba creciendo el gentío, y eran mas estrepitosos los gritos. Oyense de repente tambores, se arremolina la gente, y entre aquellas tumultuosas oleadas vió moverse un momento las plumas encarnada y negra de Ricardo, y mas dispuesta á buscar proteccion con la presencia de aquel niño que á protegerlo ella, trémula y corrida de los dicharachos á que daba lugar su juventud y su belleza, se dirigió hácia el sitio en que habia creido verlo; pero al mismo tiempo muchos pillos andrajosos, dando gritos horribles, forzaron una fila de soldados que guardaban una ancha puer-

ta. Apoderóse entonces de Ana un miedo terrible, porque si cedió al movimiento que la arrastraba hácia la puerta, rechazó con estraordinaria violencia á los que la podian atropellar, y se encontró pálida, desgreñada y casi moribunda, llevada hasta lo interior del parque de san James, y arrojada sobre otra nueva fila de soldados que iban ya á repelerla groseramente, cuando una señora anciana y vestida de luto se colocó entre ella y la tropa. Un niño como de unos doce años, que la acompañaba, la protegió tambien, presentándose á parar los golpes que le iban á descargar; y de repente la voz débil, pero penetrante, de otro niño gritó:

—¡Es mi prima! ¡es Ana! Coronel Tomlinson, proteged á la sobrina de Juan Barkstead.

Este nombre escitó en el gentío un ligero murmullo, y fue repetido con aclamaciones: el coronel Tomlinson acudió á proteger á Ana, los soldados abrieron

paso, y se halló en un instante encerrada entre una fila que contenia la impaciencia del pueblo, y otra segunda destinada, al parecer, á proteger la marcha del convoy. En efecto, al otro lado de la calle principal del parque de san James habia colocadas otras dos filas de soldados, una guarneciendo el camino, y otra conteniendo al pueblo; mas no obstante, algunos de los que habian arrastrado consigo á Ana habian penetrado tambien en aquel recinto, donde se paseaban muchos oficiales, todos sumamente preocupados. Cuando los soldados dejaron pasar á Ana, la muger vestida de luto la quiso detener; el coronel Tomlinson le miró la cara, y en voz baja, pero con seriedad, le dijo:

—¿A qué venis aquí, milady?

—A ver cometer un crímen é impedir otro, contestó.

—Idos, replicó Tomlinson, ó digo en voz alta quién sois.

—Para que el pueblo me haga pedazos,

¿no es verdad? repuso ella con despreciativa sonrisa. Bastante diversion tiene hoy ya el tigre evangélico. ¡A Dios! otra vez nos veremos.

En seguida llamó al niño que iba con ella y estaba al lado de Ricardo Barkstead, habiendo sido muy notable y singular la mirada que ambos se lanzaron al separarse. Veíase en ella pintado todo el odio de una vida entera, á pesar de que solo habian hablado estas pocas palabras:

—¿Con que tú eres hijo de Juan Barkstead, que ha condenado á muerte á Carlos I? dijo el desconocido.

—Sí, contestó Ricardo; ¿y tú?

—Cuando yo tenga veinte años te dirá Cromwel mi nombre.

—¿Y adónde vas ahora? repuso Ricardo.

—A colocarme debajo del cadalso para recibir como un bautismo la sangre de la víctima.

—Tambien voy yo allá, replicó el hijo

de Barkstead, pero voy á empapar mi daga en la sangre del tirano.

Al decir esto fue cuando lo llamó la muger con quien iba; y la pobre Ana, sin entender nada de lo que pasaba, atónita y sin reflexion, se halló encerrada sin saberlo entre las dos filas de soldados. Mientras tanto bramaba el populacho por todas partes: unos subidos en los bancos de piedra del parque defendian su puesto á puñadas; otros traian rodando barriles para formar una especie de anfiteatros, y vendian los sitios á precio escesivo; y algunos mas atrevidos se subian á los corpulentos árboles del parque, se avanzaban fuera de la línea de los soldados, y suspendidos como gatos monteses de sus desnudas ramas, parecian dispuestos á arrojarse sobre la presa que iba á pasar. Todos tenian la vista fija en una puerta del palacio de san James, todos la señalaban con el dedo impacientes y ansiosos, y Ana, arrastrada por Ricardo hácia aquella

puerta, que llamaba la atencion de todos, no le habia podido aun preguntar qué significaba todo aquello, cuando de repente se oyó un grito de satisfaccion desenfrenada, que corrió con espantosas ondulaciones hasta el estremo mas remoto de aquel innumerable gentío.

II.

WITHE-HALL.

Aquel dia era el 30 de Enero de 1649. Carlos I, rey de Inglaterra, preso en el palacio de san James, se habia levantado por la mañana tranquilo, y fortalecido su corazon como el de un mártir. Fanatizado con su derecho y su soberanía real, habia dicho á sus jueces en su defensa,

que solo tenia que dar cuenta de sus acciones á Dios, de quien procedia su corona; á lo cual éstos, en su ciego furor, le habian contestado con una sentencia de muerte, siendo el verdugo el terrible argumento con que pretendian probarle que su poder tenia algo de humano. Todo, pues, fue estremado en aquel grande y funesto dia; la cólera del pueblo, el valor de la víctima, los remordimientos de los jueces que habian condenado bajo el influjo del terror; las dudas de los que no tenian fe en su derecho; el júbilo de los fanáticos, que creian haber obrado mejor que Abraham y tan bien como Judit; el dolor de los realistas que veian contaminado el santuario y despedazada la hostia; todo en fin contribuyó á que aquel dia, y el espectáculo que presentó, ofreciese la mas fecunda reunion de emociones variadas y de pasiones opuestas. Toda la atencion del pueblo estaba concentrada sobre un espacio de menos de una milla, y como

el niño que no comprende lo que es la vida, y para saberlo, mata al pajarillo que amaba, el pueblo estaba inquieto, alegre, triste, tranquilo, furioso, dispuesto á destrozar y á llorar, fuerte y débil; y el gigante apretaba entre sus poderosas manos al gorrion que palpitaba entre sus dedos. Pero estas pasiones de la multitud tienen sus pintores y sus historiadores, y nosotros tenemos que hablar de Ana, jóven de diez y seis años, que iba corriendo por entre los soldados del parlamento, conducida por un niño, hácia la puerta lateral de san James, por donde acababa de salir Carlos I.

Por uno de esos accidentes que preparan las desgracias contra toda razon, por una de esas fatalidades que llevan al hombre muchos años por el borde de un abismo en que ha de perecer, sin que nadie se lo advierta, sin que nada le haga levantar la cabeza para ver un poco mas lejos, ó alargar la mano para descorrer el

velo que le oculta su pérdida, la pobre Ana llegó hasta cerca del sitio por donde pasaba Carlos I sin poderle ver la cara, porque iba hablando con un sacerdote, y la llevaba vuelta hácia él. Ana conoció al sacerdote, que era el obispo Juxon, porque en el establecimiento real en que habia sido educada bajo la direccion de lady Salnsby, habia muchas veces oido los consejos, y recibido las bendiciones de aquel prelado. Admirada de encontrarlo allí, y mientras queria adivinar el motivo, pasó Carlos por delante de ella, mas no bien habia andado algunos pasos, cuando la llamaron la atencion su aire y maneras. Carlos I iba con paso sosegado y firme, y colocado en esta última prueba de la vida, mas bien parecia que daba órdenes á Juxon, que no que recibia sus consuelos: hablaba aprisa y con energía, y Juxon por su parte cuidaba mucho mas de enterarse de las últimas voluntades de su señor, que de consolarlo. Ambos parecia

mas bien que hacian un paseo real que una marcha al cadalso; y á no ser por el trage de Juxon, como hubiera sido un militar ó un cortesano el que iba al lado del rey, se hubiera creido que era un edecan, ó un maestro de ceremonias, que recibia órdenes para disponer un combate, ó preparar una funcion.

Ana, sin embargo, apenas fijó su vista en el desgraciado monarca, se detuvo repentinamente; un bochorno abrasador cubrió su rostro; se quedó atónita y confusa, y pronunció con asombro entre dientes un nombre que nadie entendió. Dudando no obstante, al parecer, de la realidad de lo que acababa de ver, quiso aproximarse mas á Carlos, pero estando ya lejos lo siguió, procurando descubrirlo por entre el numeroso grupo que lo acompañaba, costeando la línea de soldados que guarnecia el camino. Varias veces lo logró, pero nunca tuvo tiempo bastante para asegurarse de si se engañaba ó no, y su

ansiedad iba siendo cada vez mayor, porque al fin aquella accion y ademanes le eran conocidos; aquel talle elegante, aunque fuerte, lo habia visto otras veces; aquel modo de andar lo habia seguido muchas y por largo tiempo con la vista; pero aquel pelo casi blanco anunciaba una edad avanzada, y en seis meses no habia podido sufrir tal trasformacion.

—¡Oh! ¡no! esclamó enagenada por la discusion interior que tenia consigo misma: ¡oh! no, no es Jorge.

—¿Qué Jorge? dijo Ricardo sorprendido con esta esclamacion.

—Ese hombre que pasa por en medio de los soldados con la cabeza descubierta, hablando con el obispo Juxon; contestó Ana.

—Seguramente no es el que tú llamas Jorge, dijo el niño.

—¡Oh, sí, él es! esclamó Ana con una especie de conviccion dolorosa.

Cuando ella dijo esto se habia parado

Carlos I, y segun acostumbraba cuando era rey y le hacian alguna súplica, se habia puesto la mano izquierda apoyada en la cadera, y sacado hácia adelante la pierna derecha, lo cual le hacia parecerse á uno de esos retratos antiguos de caballeros, que parecen hechos para servir de modelo á un pintor; y tenia además la cabeza ligeramente inclinada hácia el suelo, como hombre acostumbrado á oir hablar á los demás de rodillas, que era cabalmente lo que entonces sucedia. Un anciano y dos jóvenes habian penetrado en el camino por donde iba Carlos, y colocándose á su paso, doblaron sus cabezas ante la que debia caer á tierra, y despreciando altamente la justicia de la sentencia que se iba á egecutar, esclamó el anciano:

—¡Carlos! dadme vuestra bendicion de mártir y de rey.

Uno de los privilegios del valor es que frecuentemente triunfa donde parece que debe sucumbir, y uno de los secretos

del corazon del hombre y de los pueblos es, que toman á bien y admiran algunas veces lo que les es contrario y opuesto, y esto fue lo que entonces sucedió. A aquella accion del anciano, á aquella espresion pronunciada con firmeza, todo se detuvo como el monarca, y todo quedó en silencio como el anciano para oir la respuesta que esperaba. Aquel fue un momento religioso, en que entre la multitud se inclinaron y descubrieron muchas cabezas, y en que el poder del rey destronado fue grande como antes de su caida. Ana rodeada de gentes mucho mas altas que ella, no podia ver al rey, de quien estaba muy cerca, pero lo oyó levantar la voz y decir con la mayor solemnidad estas sencillas palabras:

—«Lord Clarendon, yo, Carlos Estuardo, rey de la Gran-Bretaña, te bendigo. Levántate y sígueme, fiel servidor mio."

¡Oh! á no dudarlo, aquella era la voz de Jorge; Ana la habia conocido, ¿pero

por qué habia dicho, *yo, Carlos Estuardo, rey de la Gran-Bretaña*? ¿Luego no era Jorge simple oficial de dragones de Escocia? Se parecian, sin embargo, de un modo sorprendente; su modo de andar, su ademan, su voz eran sin duda los mismos.... ¡pero aquel pelo blanco, y aquel título de rey!... Cruel era la incertidumbre de la jóven, pero le faltaba aun otro testimonio, porque no le habia podido ver la cara, y se apresuró á seguirlo, y quiso penetrar por entre el gentío que iba detrás de él.

¿Quién es el que oprimido por un sueño no ha sentido una imperiosa necesidad de correr, ó bien para alcanzar á un enemigo, ó bien para huir de una casa que se viene abajo, ó que se inunda? ¿Quién no se acuerda del suplicio que le ha dado este sueño, cuando se vió de repente en la cruel imposibilidad de moverse, porque se le entorpecian las piernas, y se le presentaban obstáculos con que lu-

chaba sin adelantar un paso, mientras que el enemigo huia, ó se acercaba el peligro? Pues este suplicio lo sufrió Ana en aquel momento, pero real, efectivo, y verdadero: Carlos seguia andando y con él la multitud que iba detrás; Ana corria, adelantaba algunos pasos, y creia que llegaba; pero se le atravesaba delante un borracho, y para evitarlo tenia que perder aquellos pasos: vencido este obstáculo se presentaba otro nuevo, que era una riña entre dos mozos de cordel, porque al uno le habia parecido el otro demasido triste, ó demasiado alegre en aquella circunstancia: en seguida unas mugeres andrajosas, con las caras encendidas, que la empujaban rudamente; despues hombres formales que le echaban en cara su cruel curiosidad; y el convoy no cesaba de avanzar; pero al fin, obstáculos, reconvenciones y terror todo lo supera, y se aproxima á aquel ser doble para ella, á quien le precisa dar un nombre, y poniéndose de

puntillas, mete la cabeza por entre los hombros de dos soldados, fija sus ojos en aquel rostro que le debe descubrir su destino, y.... ¡Oh decepcion!... ¡decepcion espantosa! Apenas miró á Carlos se cubrió éste la cara con sus reales manos, y salió de su pecho un profundo gemido de horror: hubo en seguida una violenta conmocion entre el pueblo y los soldados, que llevó á la pobre Ana lejos de allí, y se levantó un murmullo general de indignacion, que dominaron al instante feroces carcajadas de risa. La causa de ello era, que Tomás Love le acababa de escupir al rey en la cara.

Love, el carnicero mas valiente de Lóndres; Love, que mataba un buey de una puñada cuando no hallaba á mano su maza de hierro; Love, que daba una milla de ventaja para correr dos, y llegaba primero; que comia solo contra seis, y los vencia á todos con trozos de vaca, y cerveza; Love, en fin, que habia dicho que

comeria del Estuardo, si se lo querian vender.

Esta accion produjo un movimieuto de disgusto, aun entre la turba de los mas frenéticos; pero fuera de este murmullo, de que nadie era responsable, no se oyó la menor palabra contra Love que miraba con descaro á cuantos tenia á su alrededor. Carlos únicamente deteniéndose dijo con tono de real desprecio: —¡Infame! por seis pences haria lo mismo con los generales de Cromwell.

—Lo haria por nada, sino les pareciera bien lo que acabo de hacer; esclamó Love rechinando los dientes, y mirando cara á cara á Tomlinson, á quien parecia haber indignado aquella brutal accion, y que al ver este insulto iba tal vez á castigarlo, cuando lo llamó Carlos en voz alta. Tomlinson se acercó á él, y del corto diálogo que tuvieron hasta la puerta de Withe-Hall solo se oyeron estas palabras del rey:

— «Coronel Tomlinson, sois buen soldado, no seais mal gladiador, y sed mejor político, porque ahora será menester saber gobernar á este pueblo."

Mientras esto pasaba, Ana, cruelmente burlada, y mas llena que nunca de incertidumbre, procuraba salir de entre las oleadas de la gente que la rodeaba. Habia vuelto á oir aquella voz y era la de Jorge, y en una de las manos con que se habia tapado la cara habia visto brillar un anillo que conocia mucho; ¡con que era Jorge, Jorge ausente hacia seis meses, y lo volvia á encontrar así! Pero siempre en sus oidos y en su corazon sonaban aquellas palabras: *yo Carlos Estuardo, rey de Inglaterra.* Y fuera de esto, ¿adónde iba Carlos I, rey de la Gran-Bretaña, Carlos I por quien le habian enseñado á rogar á Dios desde su infancia, que habia sido espulsado de Lóndres y hecho prisionero, pero de quien nada habia oido hablar en un mes que hacia que estaba en casa de

Barkstead? Entonces fue únicamente cuando se resolvió á preguntar á Ricardo el motivo de lo que pasaba, pero éste empezó á gritar impaciente:

—¡Por aquí! ¡por aquí! ya ha entrado en Withe-Hall, y si nos tardamos no lo veremos en la ventana.

—¿Con que lo veremos? dijo Ana volviendo á su primera ansiedad, así que tuvo esperanza de aclarar sus dudas por otro medio que el de los recuerdos y raciocinios.

—Sí, sí, contestó Ricardo, y entraremos en el círculo de los privilegiados, porque yo sé un sitio por donde pasar.

Y le hizo en efecto dejar la calle principal á que se agolpaban todos los curiosos, y costeando las largas paredes negras de Withe-Hall, llamó dando tres golpes pausados á una puerta pequeña y baja que habia en uno de los estremos del palacio, y habiéndola abierto uno que parecia car-

celero, le preguntó resueltamente si habia entrado su padre.

—Sí por cierto, le contestó, y está con mucho cuidado por vos, alhajita; me preguntó si habiais venido y me mandó que os detuviera.

—Mientes, replicó Ricardo, mi padre quiere que yo asista á la grande obra; déjame pasar, y ábreme el postigo que cae al otro lado del parque sobre el camino real.

—No tengo la llave, dijo el carcelero, y no puedo abrir.

—Jacobo Sawton, gritó el niño colérico, eres un traidor y un realista, porque al venir yo hácia aquí he visto abrirse esta puerta, y no veo á los que entraron. Esos son realistas que has colocado tú debajo del tablado de la ventana; ábreme, ó te denuncio.

Sawton miró á Ricardo asombrado, porque acababa en efecto de abrir á la muger vestida de negro que estaba junto á

Ana cuando ésta penetró en el parque, y al niño que la acompañaba y habia hablado con Ricardo. Este los habia conocido, pero Sawton no podia comprender cómo sabia Ricardo un secreto que le habian pagado á peso de oro, y sin hacer la menor observacion tomó un manojo de llaves, y echó á andar delante de él y de Ana, y los condujo por una multitud de pasillos débilmente alumbrados por algunas claraboyas guarnecidas de fuertes barras de hierro. Como se oyen las olas del Océano que se estrellan contra el pie de una roca, así se oia el sordo ruido de las voces lejanas que sonaban fuera. Ana iba sin saber lo que hacia detrás de aquel hombre que andaba muy despacio, y del niño que le daba prisa como si temiera llegar tarde, y la luz que entraba en aquellos húmedos pasillos era tan poca, que el cuidado que ponia para no tropezar, y la idea de que iba á salir de su duda, era lo único que la ocupaba. De repente se abrió una puerta,

y se encontró al lado del palacio de Withe-Hall que está hoy en la plaza de este nombre, que entonces no era mas que un campo.

Desplegábase á su vista un grande espacio: á veinte pasos, poco mas ó menos, de los edificios se estendia un frente paralelo á Withe-Hall de unos cincuenta soldados cuando mas; á diez pasos á derecha é izquierda de la puerta habia dos filas iguales perpendiculares al palacio, y en los tres costados tenian las tropas mas de cuarenta hombres de fondo. Detrás de ellas se movia un gentío inmenso, que producia el poderoso murmullo que habia estado oyendo tanto tiempo, y en el recinto que dejaba libre este cuadro se hallaban oficiales de todas graduaciones, predicadores, jueces, y algunos miembros del parlamento. Allí vió á la muger vestida de luto en quien no habia reparado la primera vez, y al niño que la acompañaba, el cual y Ricardo se miraron cara á

cara, y ella, que cubierto el rostro con un largo velo estaba hincada de rodillas, dió un grito de sorpresa al ver á Ana. Esta al pasar por su lado, deslumbrada y confundida con cuanto veia, sintió una mano que agarraba la suya, y una voz conocida que le dijo: —¡Ana! ¡Ana! ¿qué vienes á hacer aquí? En aquel instante se trastornó la razon de Ana, y no sabia si era un sueño espantoso lo que pasaba: aquel hombre, conducido entre soldados, implorado é insultado por aquel populacho alborotado y frenético, aquel nombre de Carlos, la memoria de Jorge, y por último aquella nueva voz tambien conocida... Ana desfallecida y casi sin sentido cayó de rodillas al lado de la muger cubierta con el velo.

—Quédate á mi lado, le dijo ésta, y ten fortaleza, Ana.

¡Oh! ¿qué iba á suceder? ¿dónde estaba Ana? ¿qué significaban aquellos soldados, aquel pueblo, este encargo? ¿para

qué necesitaba el valor que se le pedia? Iba ya por último á hablar, pero otra vez vino á cerrar su boca la mano que habia unido su destino al destino que se iba á cumplir. Oye un ruido de pasos encima de su cabeza, alza los ojos, y ve á la altura de algunos pies una especie de tablado construido por la parte de afuera del palacio, cubierto con largos paños negros; y un espanto sin motivo, un espanto de aquellos que presagian una desgracia en su mayor estension, agitó convulsivamente á la desdichada jóven, y mientras temblaba, como la hoja del sauce en un dia de viento Norte, una voz, la voz de Carlos, ó de Jorge, se oyó sobre el tablado bajo el cual estaba ella arrodillada.

El que hablaba dijo primero, que protestaba ser inocente, y que no habia hecho la guerra sino por su defensa personal, y en seguida perdonó á sus jueces y á sus enemigos; todo con espresiones nobles y propias, y con voz firme y varo-

nil que conmovió á cuantos se habian acercado á oirlo, de los cuales algunos lloraban, y otros parecian llenos de admiracion. De repente aquella voz tranquila se animó y gritó con fuerza: —¡Ven, mensagero de Cromwell; el reinado de Carlos I ha concluido! ¡Ven, y dá principio con un golpe de hacha al reinado de Carlos II, rey de la Gran-Bretaña! ¡Viva el rey!

Hubo entonces algun movimiento sobre el tablado, se oyeron andar por él varias personas, y una de ellas se arrodilló y pronunció todavía una palabra, que recogió alguno que se habia acercado á ella. Esta palabra tan dulce y encantadora algunas veces, esta palabra tantas veces seguida de una caricia, esta palabra, en fin, cayó como una gota de plomo derretido en el corazon de Ana, y esta palabra, última que pronunció la voz que la tenia á ella muda y fuera de sí, fue:

— *Remember:* (acuérdate).

—¡Oh! esclamó Ana zafándose de la mano que la tenia asida: ¡él es!... y se puso en pie en el instante en que resonó sobre su cabeza un golpe terrible, á que respondió un espantoso rugido. La infeliz corrió hácia adelante para ver lo que pasaba encima de ella, y habiendo dado algunos pasos se volvió, y vió un hombre enmascarado, en pie y con un hacha: vió al obispo Juxon tapándose la cara con ambas manos, y despues á otro hombre inclinado hácia el suelo, que se fue levantando muy despacio, hasta que puesto en pie y muy derecho, estendió el brazo haciendo un esfuerzo, y mostró al pueblo una cabeza cortada diciendo: *¡Esta es la cabeza de un traidor, de Carlos I, rey de la Gran-Bretaña!*

—¡Jorge! ¡oh Jorge! esclamó la pobre jóven; y vibrándose en seguida como un arbolillo azotado por el viento, dió un grito como si se hiciera pedazos toda su máquina, y se desmayó y cayó en tierra mas

pálida que la cabeza que acababa de presentar á su vista el verdugo.

En medio de la confusion, consiguiente á esta terrible egecucion, apenas hubiera reparado nadie en la caida de Ana, y aun tal vez la hubiera espuesto á ser pisoteada el prodigioso movimiento que impelió al pueblo hácia el cadalso, y conmovió un momento el parapeto de soldados que lo rodeaba, si algunas personas no la hubieran protegido. La anciana, cubierta con el velo, fue la primera que acudió á socorrerla, y Tomlinson, que la habia conocido, acudió tambien casi al mismo tiempo; porque habia atravesado á Withe-Hall como Ana y Ricardo, pero por las habitaciones principales, para ponerse á la cabeza de su regimiento que era el situado junto al cadalso, como el mas fiel y el mas adicto á los intereses del parlamento. La anciana y Tomlinson hicieron, pues, todo lo posible para volverla en sí, y ó bien fuese por el interés que le inspiraba

la jóven, ó por cualquiera otra causa, era fácil conocer, que el coronel no miraba con tanta severidad, como antes de la egecucion, á la persona que le ayudaba á socorrer á Ana. Una vez hasta le dijo con un interés lleno de ansiedad.

—Idos, milady, que yo cuidaré de esta niña. Porque mirad, algunos de esos frenéticos que insultaron al rey han penetrado hasta el cadalso, y si os conocen, no me atrevo á responder de vos.

—¿Con que segun eso, teneis que responder de mí, coronel Tomlinson? le dijo la desconocida.

—¿Creeis acaso que yo habia de dejar insultar, y tal vez maltratar, á una muger en mi presencia? dijo Tomlinson conmovido.

—Ni vos, ni vuestros soldados lo sufririais ahora, ¿no es esto? dijo la muger lanzándole una mirada que brilló por entre el velo negro, que se echó aun mas sobre la cara.

—¿Y por qué ahora? replicó el coronel con marcado embarazo.

—¡Ah! dijo la desconocida agarrándole la mano y hablándole en voz baja, pero con resolucion; porque la luz que ha despedido el hacha del verdugo al descargar el golpe acaba al fin de iluminar tu corazon; porque tu ardiente sed se ha apagado á la vista del brebage que te daban; porque tu odio se ha estinguido con la sangre, y porque has conocido el espantoso crímen que se acaba de cometer.

—Cuidemos de esta niña; respondió con viveza Tomlinson, queriendo librarse de esta revelacion de los nuevos sentimientos que lo dominaban.

—¡Pues bien! replicó la desconocida, enmendad vuestra pasada conducta, ayudadme á llevar esta niña; vamos á entrarla por esa puerta baja en casa de Jacobo Sawton, que es hombre de mi confianza. Allí estará hasta la noche sin que nadie lo

sospeche, y yo vendré sola á buscarla y me la llevaré.

—¿Adónde? dijo Tomlinson sorprendido, interrumpiéndola con viveza.

—Adonde nadie la podrá descubrir jamás; repuso ella hablándole al oido.

—Pero es la sobrina de Barkstead, y yo la quiero volver á su familia.

—La familia del asesino de Carlos I no puede ser la suya. Escuchad, coronel, dijo rápidamente la desconocida; la suerte de Inglaterra depende tal vez de vos en este momento. En nombre de vuestros remordimientos ayudadme á sacar de aquí á esta jóven.

Tomlinson no sabia qué hacer: estaba con una rodilla en tierra sosteniendo á Ana apoyada en la otra, y procurando descubrir en su rostro alguna señal de vida, mas la muger arrodillada al otro lado mostraba mas inquietud por llevársela que por socorrerla, hasta que cedió al fin, y ya iba á levantar á Ana, cuando el

niño que acompañaba á aquella singular muger vino corriendo hácia ella, dando agudos chillidos, y enseñando un brazo lleno de sangre.

—Estoy herido, decia, estoy muerto, me ha matado.

—¿Quién te ha herido, Ralph, dijo la desconocida con ansiedad, qué tienes? responde. Pero el niño, llorando, seguia dando los mismos gritos y quejándose, hasta que pareció Ricardo traido de la mano por Tomás Love, con la cara lastimada, desgarrado el vestido, y rotas las plumas del sombrero. Ralph, al verlo, se apretó fuertemente contra la desconocida gritando:

—¡Ese es! ¡vedlo ahí!

—¡Cómo! ¡miserable! esclamó Tomlinson, ¿vos habeis pegado y herido á este niño?

—Y ha hecho bien, replicó Love mirando á Tomlinson, acaso con mas insolencia que lo habia hecho antes. Cuando Jacobo Ketet descargó el golpe, y á fe

que estuvo bien dado, pasaron algunas gotas de sangre por entre las tablas del cadalso: este pequeñito estendió su pañuelo para recogerlas, y ese grandecito se lo quiso estorbar; el pequeñito se resistió, y el grande, que es dos veces mayor que él, lo empujó, é hizo con él lo que quiso. Mas así que se retiró, el pequeñito quiso recoger algunas gotas que todavía chorreaban, y ese lloron le empezó á dar tantas y tan fuertes puñadas, que daba lástima verlo, pero ni chistó, ni lloró, ni gritó, ni pidió ausilio á nadie, sino que viendo que el otro abusaba de su fuerza dió un paso atrás, y sacando su daga lo hirió como pudo. —¡Eh! ¡eh! ¡eh! añadió Tomás Love riéndose como un loco: pues hizo bien ese lloron en parar con el brazo, porque la daga iba derecha al corazon, y el golpe no era malo tampoco.

—Calla, Ralph, le dijo la muger, ¿no te avergüenzas de llorar así por un arañazo? búscame álguien que lleve esta jóven.

—¡Mi prima! esclamó Ricardo reparando en Ana: ¡ah, Dios mio!... ¡está muerta! ¡mi prima Ana!... ¡Oh, Ana mia! y se echó á llorar dando gritos y patadas en el suelo, levantándola y agarrándole las manos, llamándola y abrazándola.

—Vamos, vamos, dijo Tomás Love acercándose; ¿adónde se ha de llevar esta linda criatura?

—A dos pasos de aquí, dijo la desconocida.

—¿Muy lejos? dijo Ricardo.

—Aquí cerca, á casa de Jacobo Sawton, añadió aquella.

—Al fin de la calle por donde se va á Lóndres, añadió éste.

—A dos pasos.... muy lejos.... Entendámonos, replicó Love; ¿adónde hay que ir?

—Es mi prima, dijo Ricardo, la sobrina de Mr. Barkstead, y es preciso llevarla á su casa.

—¡Oh! ¡oh! dijo Tomás Love reflexio-

nando: Mister Barkstead es un gran nombre, un hombre del lado bueno, pero su hermano era un perro que puso á su hija en la casa real de damas de Windsor, y de esta se han contado cosas.... ¡hum!... Esto lo sé yo, porque Juana, mi futura, estuvo sirviendo en la casa, y.... pero, pobre muchacha, tal vez no será verdad. En todo caso, añadió bajándose para tomarla en brazos, si alguna vez llegara á caer entre mis diez uñas aquella lady Salnsby que gobernaba la casa, le habia de arrancar la piel á fuerza de azotes para que egerciera el oficio por su cuenta.

La desconocida, al oirlo, no pudo contener un movimiento de miedo. Tomlinson calló, y Love, habiendo tomado en brazos á Ana, le dijo á Ricardo: —Vamos á ver, héroe mio, id delante, que yo os seguiré con esta pobre criatura.—¡Dios del cielo! ¡si apenas tiene pulsos! vámonos, vámonos.

—Dejad que se vayan, le dijo en voz

baja la muger á Tomlinson. Seguidme, coronel, que tengo que comunicaros secretos que ahora sois digno de saber. ¿Conoceis á Barkstead?

—Es mi colega, contestó Tomlinson.

—¿Podreis, pues, entrar en su casa? le repuso.

—Todos sus camaradas tienen entrada franca en ella.

—Pues venid conmigo.

—Estoy á vuestras órdenes, milady.

Lady Salnsby, que era la desconocida, agarró entonces al niño á quien habia dado el nombre de Ralph, le lió al brazo un pañuelo, y acompañada del coronel tomó el camino que conducia al Támesis, mientras que Tomás Love, con Ana en brazos, se dirigia con Ricardo hácia otro punto.

Entre tanto, retiradas ya las tropas, la inmensa multitud que habia acudido de todos los puntos de Lóndres á presenciar aquella gran catástrofe, se iba yendo tam-

bien lentamente, pero con muy diverso aspecto del que presentaba una hora antes. Sucede algunas veces, cuando las grandes lluvias de la primavera caen en un dia de tormenta sobre las montañas de Escocia, que se forman de repente una prodigiosa cantidad de torrentes pequeños; porque cada desigualdad del terreno, cada punta de roca divide las aguas, y las hace ir por mil sendas y arroyuelos abiertos, ó que abren de nuevo dirigiéndose todas á un mismo punto. El sol, que resplandece en el cielo despues que la nube ha descargado completamente sobre la montaña, hace que aquellas aguas, que ruedan y saltan, formen líneas brillantes, pareciendo que corren con ellas los mas vivos colores, y reflejando resplandores de fuego en el húmedo polvo que levantan al chocar con las piedras que impiden su curso. Las aguas de los torrentes, semejantes á una cabellera suelta, que cae formando numerosas ondas sobre una espalda blanca, se desarro-

llan en mil sinuosidades, enlazan la montaña con un hilo ardiente, y se precipitan con estrépito hasta su pie. Allí reunidas en un solo lecho, suele tambien suceder que encuentran un obstáculo poderoso, porque una roca coronada de viejos sauces cierra la salida del sitio en que se amontonan: entonces todas ellas, con un esfuerzo comun, baten el obstáculo que cede y cae, pero entonces tambien, derramándose por la llanura, pierden su magnificencia, sus poderosos murmullos y sus brillantes reflejos, y no forman mas que una vasta sábana turbia y amarillenta, sobre la cual pasan tristes y negros despojos, y que arrastra sordamente ramas sin hojas y troncos informes, por entre aguas sucias y cenagosas. Del mismo modo la multitud que habia ido alegre, activa, brillante, con gritos y risas y satisfecha, se retiró taciturna, anonadada y cabizbaja, despues de haber visto rodar por tierra la cabeza de un rey.

III.

ANA.

Cuando Ricardo volvió á casa de su padre todo estaba en ella en la mayor consternacion: mistris Barkstead habia entrado y salido mil veces, y Molly habia recorrido las inmediaciones, é interrogado en vano á los pocos vecinos que habian permanecido en sus casas. Al fin, una de las

veces en que mistris Barkstead, rendida de dolor y cansancio habia vuelto á saber si habia parecido su hijo, Molly no la habia dejado salir mas, y los criados todos habian vuelto tambien sin traer la menor noticia. Un sombrío é inmóvil estupor habia sucedido á la tumultuosa agitacion de aquellas idas y venidas, y los criados reunidos en la sala principal consideraban en silencio aquella desgraciada madre que, muda y con los ojos fijos, parecia haber agotado todas sus lágrimas, cuando la penetrante voz de Ricardo vino á terminar tan angustiosa escena. Mistris Barkstead echó á correr, y mas ligera que lo hubiera sido el mismo Tomás Love, y mas fuerte en aquel momento que este robusto gladiador, bajó la escalera, tomó en brazos á Ricardo, y llevándoselo como si la persiguieran, volvió á subir á la sala, y se dejó caer en un sillon abrazada con su hijo, sin hablar ni gritar, pero estrechándolo fuertemente y derramando copiosas

lágrimas. Pasado este primer trasporte y al querer reconvenir á Ricardo por su huida, reparó en el mal estado de su vestido, en los golpes que tenia en la cara, y oyó al mismo tiempo la voz de Love.

—¡Y esta otra niña! ¡no hay nada para ella! dijo enseñando á Ana, á quien tenia en sus brazos sentado en una silla.

Ni mistris Barkstead ni los criados, atentos todos á la vuelta de Ricardo, habian visto entrar á Love, y Ana seguia desmayada y sin dar ninguna señal de vida. Su tia mandó que la llevaran á su cuarto, fue con ella, y envió á llamar al doctor Andlay, médico de la casa; y Ricardo, mientras la colocaban en la cama, contó á su madre su encuentro con ella, y lo que le habia sucedido, es decir, su combate con un desconocido, y el accidente de su prima. Ya se habian retirado los criados que la habian llevado á su cuarto, y no quedaban mas en él que mistris Barkstead, su hijo, Molly, y una criada

jóven llamada Isabel que ayudaba á desnudar á Ana, cuando Molly manifestó de pronto gran sorpresa. Mad. Barkstead se acercó á saber lo que era, pero aquella, aparentando al momento indiferencia, le dijo á Isabel:

—Anda, Isabel, llévate á Ricardo y lávale la cara, que la señora y yo desnudaremos á miss Ana. Y diciendo esto, dió á entender á su ama con una mirada que tenia motivo para obrar así, y con efecto, apenas salieron Isabel y el niño, cerró Molly la puerta con precaucion, y le dijo á su ama con cierta especie de júbilo despreciativo:

—Ved aquí al fin el gran secreto de esta linda papista: y tomando unas tijeras cortó las cintas del vestido de la pobre jóven, le quitó el jubon, las enaguas y el corsé, y dejándola desnuda á la vista de mistris Barkstead, le mostró las señales de un embarazo ya adelantado, y añadió:

— Esto es lo que ocultaba la miserable.

—¡Oh, cuánto ha debido sufrir! esclamó Mad. Barkstead; la infeliz ha muerto á su hijo y se ha muerto á sí misma.

—Mas valdria tal vez que fuese así, repuso Molly, porque....

Su ama no le dejó acabar, é interrumpiéndola con indignacion, le dijo:

—Que Dios te juzgue como juzgas á los demás, y que sea implacable contigo, Molly, porque lo mereces, ya que maldices á esta infeliz y deseas su muerte.

—¡Oh, no señora, no, replicó Molly confundida; porque si la educacion que le han dado no la hubiera perdido, hubiera sido la pobre miss Ana un ángel de bondad, como lo es de hermosura! Y diciendo esto fijó la vista en aquellas facciones pálidas y dulces, en aquel cuerpo puro y jóven y como abandonado á la muerte, y continuó así:

—¡Mirad, mirad, menea los labios, parece que quiere abrir los ojos!... ¡respira!... oh, tanto mejor.... tanto mejor.

Ambas acabaron de colocar á Ana en la cama, y se anunció la llegada del doctor Andlay.

Era éste un hombre ni gordo ni flaco, ni jóven ni viejo, ni alto ni bajo, ni hermoso ni feo; no llevaba el pelo ni corto ni largo para no parecer ni republicano, ni realista; no era alegre ni triste, y su fisonomía no anunciaba ni bondad ni maldad. Por nada tenia afan, y su única pasion era la ciencia, y esta lo dominaba en grado tan estraordinario, que le inspiraba todas las virtudes y vicios que le faltaban: era liberal, valiente y humano por amor de la ciencia, y por ella hubiera revelado un secreto, ó matado un hombre. Fácil es conocer, que con este espíritu de indagacion científica no gustaria de asistir enfermos leves, y por lo tanto, como el criado que lo llamó le habia dicho que no era mas que un simple desmayo, entró sin hacer caso de la pobre Ana, y se fue derecho á saludar á su tia.

Hallábase ésta muy apurada con lo que acababa de saber, porque por una parte, el descubrir la situacion de Ana comprometia su familia y podria disgustar al coronel, que tal vez querria que este secreto se confiase á un amigo mas íntimo que Andlay, y por otra, peligraba la vida de Ana y la podia matar la menor tardanza. En medio de esta perplegidad, y mientras hablaba con Andlay sin saber qué hacer, entraron Barkstead y el coronel O-Key.

—Lo haré por vida mia, decia Barkstead, porque es mi deber, y lo llenaré como el que acabo de cumplir.

—Vas á criar una serpiente que devore la Inglaterra, le contestó O-Key.

Dicho esto se acercó Barkstead á su muger, y dejando la espada y el sombrero, le dijo:

—María, el 30 de Enero es un dia señalado que se escribirá en la historia de nuestra vida de un modo memorable. Me alegro que estés sola con Molly y el

doctor: Andlay, examinad esa niña.

—Ya vuelve en sí, dijo Molly.

—¿Qué decis? esclamó el doctor considerando los ojos de Ana apenas entreabiertos, y poniéndole la mano sobre la cabeza: le arde el cerebro, le hierve la cabeza, y tiene perdidos los ojos: esta niña está loca.

—¡Loca! esclamó Barkstead; ¡y si pariera en ese estado! Justo cielo, haz Molly que le avisen al obispo Juxon que estará en Withe-Hall. Y escribió un billete que le entregó.

—Loca y embarazada, repetia Andlay considerando el rostro de Ana; ¡es verdad! ¡y si pariera! ¡Ah! Mathews daria su libro *de Insanis* por estar en mi lugar. ¡Loca y embarazada seguramente! repetia observando con suma atencion los movimientos de Ana.

La escena que en aquel momento pasaba llamaba de tal modo la atencion de todos, que ninguno pensaba en pedir á los

otros la esplicacion de sus palabras y acciones; y todos, lo mismo que Andlay, colgados sobre la cama de Ana, espiaban los menores síntomas de su vuelta á la vida. La jóven se incorporó y miró á todas partes, pero sin poderse conocer si veia algo por lo empañado é impasible de sus ojos, y dió un ligero gemido: Andlay impuso silencio con la mano á los que rodeaban la cama, y á Molly que volvia, y la enferma repitió varias veces el mismo gemido sin moverse; despues se llevó las manos á la frente dando quejidos inarticulados, y por último dió un agudo grito, se apretó fuertemente las caderas, y se volvió á dejar caer en la cama.

—Loca y embarazada, en efecto, dijo Andlay, y empiezan los dolores del parto: parirá y yo tendré esta dicha.

—¿Y será muy pronto? dijo Barkstead.

—¿Quién sabe? contestó Andlay; este es un accidente, un caso importante: es

preciso observarlo y estudiarlo. ¡Ah! ¡qué buena fortuna!

—Mejor de lo que pensais, dijo Barkstead. Escuchad, Andlay, es preciso salvar á esta muchacha y al hijo que va á parir.

—¡Hijo del crimen! dijo O-Key horrorizado.

—Es preciso salvarlo, repitió Barkstead con autoridad. ¿Sois tambien, coronel O-Key, juez de estos desgraciados, para querer que mueran sin piedad? Pero, continuó dirigiéndose á Andlay, si se os paga vuestra asistencia mas de lo que podeis esperar, vuestro silencio se os pagará mucho mas aun.

—La ciencia ganará tanto, que me importa muy poco vuestro dinero, contestó Andlay. La hora que va á pasar es un tesoro inestimable, pero para aprovecharla me es preciso saber la causa que ha producido este desmayo y este parto.

Mistris Barkstead contó lo que sabia, Ricardo fue examinado, los criados refi-

rieron lo que les habia dicho Tomás Love, y casi se averiguó la verdad. Mas entre tanto se habian aumentado los dolores de Ana, y todo indicaba que iba á parir, pero ni en sus ojos, ni en las palabras cortadas que pronunciaba, se veia ningun rastro de razon. De cuando en cuando, sin embargo, la palabra *Remember* (acuérdate) acompañada de una sonrisa convulsiva indicaba la causa de aquel delirio.

En medio de la ansiedad y silencio que reinaban en el cuarto entró el obispo Juxon; y por cierto que mediando tan pocos instantes desde la muerte de su señor, preciso era que fuese muy poderoso el motivo que le hacia abandonar su cadáver, que la sentencia del parlamento habia confiado á su cuidado, y al de lord Clarenton. Apenas entró se avivaron los dolores de Ana, y dió gritos agudos, y se revolcó en la cama con horrorosas convulsiones; y perdida como tenia la razon, é incapáz la naturaleza de ayudarse, era mucho

mas inminente el peligro de su situacion.

—Sed testigo de lo que va á suceder, dijo Barkstead á Juxon; y ved que si la mano de los verdaderos servidores del Señor es poderosa para herir á los traidores, es fuerte tambien para socorrer á los inocentes. Y volviéndose en seguida á Andlay, añadió:

—Todo cuanto poseo es vuestro, si salvais al niño que va á nacer.

—Y lo mio tambien, esclamó Juxon.

—Puede ser, dijo Andlay, se puede salvar al niño, pero entonces no respondo de la madre: ved cómo se agita: es preciso atarla á la cama, porque sino va á matar á su hijo.

—¡Pero ella! esclamó Mad. Barkstead, ¡ella es la que es preciso salvar!

—¡La vida del niño! repuso Juxon. Coronel Barkstead, esta muger no es ya vuestra sobrina, vos habeis prometido la vida del niño al que nos está mirando desde el cielo.

—¿Qué debo hacer? dijo Andlay, la crisis se acerca, y la muerte quiere una víctima.

—¡Ana! ¡salvad á Ana! clamaba mistris Barkstead de rodillas delante del doctor.

—Tú se lo has jurado al mártir, le decio Juxon á Barkstead en voz baja: ¡salva al niño!

Molly se unió á su ama, y arrodilladas ambas delante de Barkstead le suplicaban con gritos y lágrimas. O-Key, furioso, le decia únicamente estas palabras:

—¿Te atreverás tú?

Y Juxon con tono de autoridad le repetia sin cesar:

—¡Tu palabra, Barkstead, cumple tu palabra! ¡salva al niño!

—Aun es tiempo: decidid, ó ambos perecerán tal vez, esclamó Andlay colgado siempre sobre el lecho de la moribunda, y fija su vista en ella.

Las amenazas de O-Key y de Juxon, y las súplicas de Molly y su ama llenaran

de nuevas angustias el corazon de Barkstead; mas saliendo de repente de su incertidumbre con una violenta resolucion, le dijo á Andlay con voz firme y resuelta:

— Hágase, pues, lo que es justo: que la culpada expie su falta, y el inocente se salve.

— ¡Que la maldicion del cielo caiga sobre su vida, y la desgracia sobre la tuya por lo que acabas de decir! dijo O-Key fuera de sí.

A estas palabras siguió un profundo silencio. Andlay, como el marinero que observa la tempestad, inmóvil y sin voluntad propia, y que así que oye la órden del capitan la egecuta con maravillosa rapidéz y admirable inteligencia, se apoderó de las manos de Ana, y con pañuelos y cintas de lana que habia traido Molly, y le iba dando Juxon, ató á la infeliz como se atan hoy los dementes en los hospitales. En seguida, haciendo apartar á Molly y Juxon, se quedó solo junto á la cama an-

sioso y trémulo, observando atentamente el rostro de la desdichada, y repitiéndose á si mismo con una sonrisa indefinible estas palabras: —¡Loca y embarazada!

Todos los demás se mantenian separados y absortos con sombrío estupor, y cuando un grito agudo anunció que se acercaba el momento del parto, todos se estremecieron pero continuaron inmóviles. Los quejidos fueron siendo mas continuos, los chillidos se sucedian con violencia, y los esfuerzos de Ana conmovian la cama; mas Andlay apretaba las ligaduras y la sujetaba con toda su fuerza. Aquella era una lucha atroz, y todos estaban anonadados: Molly y Mad. Barkstead habian ocultado sus caras una en los brazos de la otra: corrian las lágrimas por el áspero rostro del coronel O-Key: Juxon dirigia miradas de compasion sobre aquel lecho de dolor; y Barkstead, con la vista fija, el puño cerrado y los labios pálidos, parecia haber perdido la memoria, la razon y

la vida. Oyéronse por fin los espantosos gritos últimos, y Andlay se arrojó sobre la cama como un leon sobre su presa; todos volvieron la cara á otro lado, y Ana, con un esfuerzo convulsivo, rompió sus ligaduras, brincó y volvió á caer como un cuerpo inerte sobre su ensangrentado lecho. Andlay dejó ver una ligera risa de satisfaccion, y con acento de gozo, mezclado de orgullo, esclamó: — ¡Está salvado el niño!

El sentimiento que habia contenido á Molly y á mistris Barkstead, y el terror que las habia tenido á ambas sujetas lejos de la cama, se cambió en tierna compasion por la criatura que acababa de nacer, y se mitigó con la esperanza de que el doctor decia que Ana respiraba aun. Mientras que éste con ayuda de Molly prestaba los últimos ausilios á la parida, Juxon se acercó á mistris Barkstead, que tenia la criatura en sus brazos, se echó agua en la palma de la mano, hizo una

corta oracion, y derramándola sobre la cabeza de la niña, dijo con tono grave y en voz alta: —Carlota Estuardo, hija de Inglaterra, yo te bautizo segun el rito de la Iglesia católica, apostólica y romana.

No es posible pintar la sorpresa de Mad. Barkstead, porque si bien lo que acababa de oir le indicaba el motivo de hallarse allí Juxon, la importancia que el coronel habia dado al éxito de este asunto, y hasta la terrible resolucion que habia tomado, no le aclaraban las circunstancias que le habian hecho descubrir el secreto, ni las obligaciones que parecia haber contraido.

—Estendamos un proceso verbal de todo, dijo Barkstead; vos lo firmareis, obispo Juxon, y vos tambien, coronel O-Key.

—Sí, para gloria vuestra, contestó el primero.

—Y yo para mengua tuya, dijo el segundo.

Mientras se llenaba esta formalidad,

no se separó Andlay de la cabecera de Ana: todavía respiraba, y sus ojos, que habia abierto muchas veces, no manifestaban ya tanto abatimiento; lo que únicamente se advertia en su cara era un asombro inquieto, un resentimiento mal comprendido y los dolores que sufria. Andlay cerró exactamente la colgadura de la cama, y habló con Mad. Barkstead, escuchándolo todos con suma atencion.

—Ha vuelto la razon, le dijo en voz muy baja, pero insegura, é incapáz de resistir á una emocion nueva. Mi presencia y la del señor obispo al mismo tiempo le causarian demasiado efecto: vos sois quien le debeis esplicar lo que padece, pues como se contemple su alma, todavía se puede salvar el cuerpo.

Mad. Barkstead, con la inteligencia del amor, tan fecunda en las mugeres, comprendió lo que tenia que hacer, y dejando la niña al cuidado de Molly, se fue á la cabecera de Ana.

—Si las palabras que la infeliz va á pronunciar son las últimas, oigámoslas con atencion vos y yo, Juxon, dijo Barkstead, para cumplir sus deseos sin ninguna restriccion, porque vos y yo somos los que la hemos muerto.

Todos se colocaron al rededor de la cama con silencio y atencion, y madama Barkstead entreabrió suavemente la colgadura. Este ligero movimiento sacó á Ana de su postracion, y volvió los ojos hácia su tia.

—¡Oh, cuánto estoy padeciendo! dijo: ¿por qué sufro tanto?

—¿No te acuerdas de nada? le contestó Mad. Barkstead. ¡Pobre criatura! te ha sucedido una gran desgracia.

—A vos sí que os habia sucedido una gran desgracia, dijo Ana con voz tan débil, que todos se bajaron para poderla oir: Ricardo se habia perdido esta mañana, y vos llorabais.

—¡Y tú lo fuiste á buscar para salvarme

á mi hijo! te lo agradezco mucho, buena Ana: tú comprendiste el dolor de una madre, y Dios te bendecirá por haberme socorrido en mi dolor, y ahora estoy yo aquí para socorrerte en el tuyo.

—¡Oh! ¡este es un mal horroroso! ¡un dolor atróz que despedaza todo mi cuerpo! No sé, no sé, pero me parece que voy á morir.

—¿Y tu alma, niña, no se te ha despedazado tambien? ¿no se han desvanecido las esperanzas de tu corazon? ¿no sentiste tambien un dolor agudo y mortal, cuando fuiste á hacer cesar el mio?

—Sí, señora, me parece que he visto cosas estrañas, que he oido voces que amaba, voces que he conocido.... aguardad.... Y pasándose la mano por la frente, como para separar el velo que aun quedaba entre ella y su memoria, añadió:—Sí, sí, he visto á Ricardo, ¡aguardad!... y repitió la misma accion, y al cabo de una larga pausa, en que movió los labios

como si hablara consigo misma, siguió:—aguardad, sí, me parece que me acuerdo.

—*Acuérdate*, dijo en tono muy bajo la voz grave y penetrante de Juxon.

Esta palabra, esta espresion tan conocida, pronunciada por una boca oculta, derramó una luz rápida y ardiente en aquella alma todavía insegura, que iluminó en un dia de infortunio el crepúsculo en que dormian todos los recuerdos de la infeliz. Esta palabra fue una relacion entera, y si en aquel destrozado cuerpo no hubo ya fuerza para nuevas convulsiones, hubo al menos abundantes y amargas lágrimas, que fueron tambien otro padecer. Ana se tapó la cara con las manos.

—Estás perdonada, le dijo su tia en voz muy baja y llorando como ella; ten valor contra ti misma, Ana, que contra nosotros no lo necesitas, porque te amaremos y te protegeremos: tú eres nuestra hija, Ana, y tu desgracia es tu derecho.

Mi marido será tu padre y yo seré tu madre, si quieres; madre en cuya presencia puedes llorar y no temblar: ten ánimo.

Ana, alzando los ojos y mirando á la que le hablaba así, juntó sus manos y le dijo con voz angelical:

—Necesito un perdon mucho mas grande de lo que vos tal vez creeis.

Y como hiciera un esfuerzo para incorporarse, se avivaron sus dolores, y percibiendo un débil quejido de la recien-nacida, escuchó asombrada, miró su cama nadando toda en sangre, y agitada y fuera de sí se volvió hácia su tia. Esta tenia en sus brazos la criaturita que le habia dado Molly, y Ana conoció á su hija.

¡Oh que júbilo, qué apasionado delirio, qué amor sobrenatural resplandeció entonces en el rostro de la pobre Ana! Tomó á su hija en sus brazos, la inundó de lágrimas, la cubrió de besos, la examinó toda, feliz como una madre, inocente en aquel momento, purificada por

su ternura, fuerte y sin ocultar ya su rostro, sonriéndose y orgullosa.

—Esta será tambien nuestra hija, dijo mistris Barkstead, y nada tienes que decirnos, ni ninguna reconvencion que temer; estás perdonada, Ana.

Todas estas eran demasiadas emociones á la vez, y así fue que el alma de aquella jóven semejante á un vaso caliente, que echándole agua fria salta y se rompe, al esperimentar tanta alegría despues de tantos dolores, se rompió y volvió á caer sin vida sobre el lecho fatal. Andlay se acercó, la estuvo mirando largo rato, examinó el pulso y los latidos de su corazon, y despues de un momento de silencio dijo á Barkstead y á Juxon:

—Si las últimas palabras de esta niña importan á la Inglaterra, oidlas con cuidado cuando vuelva en sí. Es cierto que todavía hay vida en ese cuerpo, pero se han roto los resortes, y dentro de una hora rogareis á Dios por ella.

— Hágase la voluntad de Dios, dijo Juxon: yo llenaré con ella, así como lo he hecho con él, los santos deberes de mi ministerio, y la bendeciré en su última hora, como bendije al que la espera en el seno de Dios.

En seguida empezó á rezar el oficio de difuntos, y fue tal la emocion de los circunstantes, que al oir aquellas oraciones católicas que solian escitar su desprecio y su risa, todos se arrodillaron con las cabezas descubiertas. A poco rato volvió Ana á recobrar el uso de sus sentidos, y habiéndose quedado Juxon solo á su lado, lo miró con santa resignacion, y comprendiendo sus últimos deberes de cristiana, le dijo:

— Padre mio, oid la confesion de mis faltas, interceded por mí con Dios en el cielo, y haced que se cumplan mis últimos deseos sobre la tierra.

Al oir estas palabras volvieron todos á prestar atencion, se restableció el silen-

cio, Juxon se inclinó hácia la moribunda, y hé aquí lo que dijo, sostenida por su fe en la Religion en que habia sido criada, y por el amor materno que acababa de sentir en su pecho.

IV.

LA CONFESION.

Desde mi niñez he vivido en Windsor, y allí ha pasado toda la historia de mi vida; pues á escepcion de algunos dias que venia á casa de mi tio, he pasado todos los años encerrada en la casa real de las damas nobles; allí supe la muerte de mi padre, y allí conocí á Jorge.

Como al decir esto hiciera Juxon un ligero movimiento, añadió Ana: dejadme que le llame Jorge; con este nombre lo amé, mi boca se ha acostumbrado á pronunciarlo, y ahora que todo lo sé, me parece que no hablaria de él si me fuera preciso llamarle Carlos. Juxon le manifestó su asentimiento con la mano, y Ana, algo reanimada con el recuerdo de lo pasado, continuó con voz mas firme:

Hasta el primer dia del año último mi vida fue la mas inocente; en todos encontraba indulgencia para mis travesurillas en Windsor; bien lo habeis visto vos, y tambien acabais de ver cuánta bondad he debido encontrar aquí.

Es muy cierto, padre mio, y ahora lo sé por esperiencia, que no hay falta ninguna ligera; porque un olvido muy fútil de mis deberes es el que me ha conducido al crímen y acarreado la muerte. Una noche algunas de mis compañeras, entre ellas la hija de lady Salnsby y yo, des-

preciando el rigor del frio, nos escapamos de nuestros cuartos, y nos fuimos á correr por debajo de los árboles sin hojas de los jardines de Windsor, muy contentas por haber burlado la vigilancia de nuestras maestras. La jóven lady Salnsby nos contaba su próximo casamiento con un lord de Escocia, ponderaba su riqueza, las inmensas tierras que iba á poseer, y los numerosos vasallos que le iban á rendir homenage, y así nos habíamos ido alejando bastante de la casa, y ya estábamos junto al muro que rodéa el parque, cuando oimos junto á nosotras el ruido que hace un hombre al saltar de una pared elevada, y al instante vimos uno con la espada desenvainada en la mano. Todas mis compañeras echaron á correr dando gritos, y yo sola me quedé inmóvil sobrecogida de terror: el hombre vino hácia mí, y yo me hinqué de rodillas implorando su compasion; mas él me levantó, y me dijo con aspereza: —¿Qué haciais aquí

á semejante hora? ¿así gobierna lady Salnsby la casa que tiene á su cargo? Yo aseguro que le he de enseñar sus deberes. ¡Diablo! ellos harán de manera que no encuentre un asilo. ¿Y ahora que haré? todas esas muchachas me han visto.

No entendia yo por qué era su enfado, ni el derecho que parecia atribuirse aquel raro hombre; pero dominada por el miedo que me causaba, y por el tono absoluto con que hablaba, escusé á lady Salnsby de nuestra falta, y le dije que mis compañeras no lo habian podido conocer, y que debia estar completamente tranquilo. Entonces lo vi sonreirse, y me dijo en voz baja: —Pues bien, señorita, vos me dareis asilo. —No os entiendo, le contesté. —Tú me esconderás esta noche en tu cuarto, niña, y procura entrarme en él sin que nadie me vea; me añadió.

Estaba yo sola, en presencia de un hombre armado, en medio de la noche, y sin nadie que me favoreciera; pero era

tal entonces la indolente confianza de mi alma, que me eché á reir de su propuesta y del modo de hacerla, y él mismo no pudo dejar de reirse tambien, de forma que al ver nuestro buen humor, cualquiera hubiera dicho que éramos conocidos antiguos.

—Teneis razon, me dijo despues de un momento de silencio, y sin embargo, no puedo salir de aquí porque me importa la cabeza, y mi cabeza pesa mas que cualquiera otra en la balanza de las cosas de este mundo: no, no la puedo esponer á la bayoneta de un soldado, ó á la bala de un guarda-bosque; necesito quedarme aquí, niña, y es preciso que tú me salves, y si todavía dudas, óyeme, yo soy... Entonces se detuvo, y agarrándome la mano, me dijo con el tono de autoridad á que nada puede al parecer resistir:—¿Pero ante todo, cómo os llamais?

—Me llamo Ana Barkstead, le contesté.

—¡Barkstead! repitió furioso.

Aquí Ana, bajando la voz, como si temiera que la oyesen, añadió:—No es posible, padre mio, que yo os repita todas las maldiciones que pronunció sobre este nombre de Barkstead; le llamó traidor, soldado perjuro, magistrado infame; y yo, conociendo que me tenia por hija del coronel, lo desengañé.—No importa, me dijo; ese nombre es sinónimo de traidor, ya nada te pido, sino te mando, pena de la vida, que me obedezcas y calles. Y tomando en una mano la daga, y en la otra la espada, me hizo echar á andar hácia la capilla, y así que llegamos á ella me dió una llave con que abrí la puerta, que volví á cerrar de su órden, y estando ya dentro me preguntó en qué corredor estaba mi cuarto, y diciéndole que en el de la reina Isabel, añadió:—Con que eres una de las favoritas de la casa: pues llévame á él.

Quise replicarle, pero me amenazó con la daga, tuve que echar á andar, y muy pronto llegamos á mi cuarto, mas

era tal mi turbacion, que apenas advertí que habia encendido luz y cerrado la puerta con el cerrojo: en seguida se sentó quedándose profundamente pensativo, y aunque varias veces le quise hablar, las palabras espiraban en mis labios porque todo me parecia un sueño.

Entre tanto, los gritos de mis compañeras habian llamado la atencion de algunas personas, y la casa toda estaba en movimiento: la hija de lady Salnsby, mas atrevida, ó mas asustada que ninguna, se habia ido al cuarto de su madre, y le habia contado nuestra travesura, y el suceso que las habia hecho huir y dejarme sola. Al momento se pusieron en movimiento los jardineros, encendieron hachas, y empezaron á registrar los jardines llamándome á voces; el forastero entonces me agarró por un brazo para que no me escapara, y observaba con ansiedad, al través de los vidrios de mi ventana, los movimientos de las gentes de la casa, pero no

advirtió que la luz colocada detrás de nosotros dejaba ver nuestra sombra, y solo cuando un grito anunció que nos habian visto, y todos señalaron hácia la ventana, fue cuando conoció su imprudencia. Al instante corren todos, suben las escaleras en tropel, entran en el corredor en que yo vivia, y llaman á mi cuarto con golpes repetidos diciéndome que abra: él me dijo entonces muy de prisa y en voz muy baja que llamara á lady Salnsby, y como todo cuanto pasaba era tan estraordinario, obedecí maquinalmente.

Al fin se oyó la voz de lady Salnsby, y el forastero, con aire de satisfaccion, dijo: —Gracias á Dios; y sacando unas tablillas de marfil, rompió una, y escribió en ella una sola palabra con la punta del puñal, y me dijo: —Dadle esto á lady Salnsby; y se escondió detrás de la colgadura de mi cama. Lo obedecí tambien, abrí la puerta y le dije resueltamente á lady Salnsby, que fue la primera que se

presentó: — Leed, señora: ésta miró el pedazo de marfil á la luz de las hachas agolpadas á mi puerta, y se turbó algo; pero recobrándose muy pronto, contuvo á todos, y entró sola y registró mi cuarto como si buscara á álguien; pasó varias veces por el lado de aquel hombre afectando no ver nada, y en seguida, levantando la voz, y con aire muy natural, dijo:

— Vamos, vamos, todas sois unas locas, y tú tambien, Ana, que has tenido tanto miedo, que te has encerrado sin querer abrir sino á mí: aquí no hay nadie, ni nadie ha entrado en casa: idos á recoger y que no se hable mas de esto. Algunas de mis compañeras quisieron insistir, pero lady Salnsby añadió con severidad:

— Tal vez porque no os he castigado por vuestra falta obedeceis tan mal mis órdenes: retiraos al momento.

Nos quedamos entonces solos, y apenas se cerró la puerta, salió el forastero

de detrás de la colgadura y dijo á lady Salnsby:

—El capitan Jorge os dá las gracias, señora.

En seguida, y como si no hubiera estado yo allí, se pusieron á hablar en francés, y por la cara de lady Salnsby conocí que le contaba por qué habia saltado las tapias del jardin, y por su sonrisa y miradas conocí tambien que le referia su venida hasta mi cuarto. En seguida entablaron ambos una discusion muy viva, hasta que puestos de acuerdo, al parecer, me dijo lady Salnsby, que el capitan Jorge pasaria aquella noche y el dia siguiente escondido en mi cuarto, y como le quisiera yo hacer alguna observacion, me dijo sonriéndose: —Si te dijera la verdad, me pediriais de rodillas que te dejara hacer lo qne te mando: enciérrate por dentro, y no abras á nadie hasta que yo misma venga: mañana te diré lo que se debe hacer. A las compañeras que te vengan á

ver diles que estás mala, y que no quieres ver á nadie mas que á mí. Y se fue sin aguardar respuesta, dejándome sola con el forastero, de quien solo sabia el nombre.

Largo rato estuvimos sin hablarnos, yo sumamente turbada, y él absorto en sus meditaciones: la noche, entre tanto, estaba ya muy adelantada, y yo no sabia qué decir, inmóvil en el sitio en que me habia dejado lady Salnsby, cuando de pronto el capitan, vuelto en sí un momento, me dijo con su acostumbrada sequedad:

—Que no os incomode yo, señorita, acostaos. Nada le contesté, pero sentí que me subia á la cara un calor abrasador; él lo advirtió, y acercándose á mí me dijo:

—¡En verdad que es muy singular vuestra posicion y la mia! ¡Una jóven linda que recibe por la noche en su cuarto á un hombre que tiene esta dicha, y ninguno de los dos saben qué decirse! ¿No hay alguno en el mundo, hermosa Ana, á

quien quisierais ver aquí en mi lugar, y que sin duda estaria menos cortado que yo? Esta sospecha me indignó y me quedé callada, mas él muy pronto me empezó á preguntar por nuestras ocupaciones y estudios, y no obstante la imperiosa seguridad con que hablaba de todo, su conversacion me hizo parecer la noche menos larga de lo que habia temido.

Lady Salnsby vino por la mañana muy temprano, y figuraos mi sorpresa cuando me dijo, despues de haber hablado con el capitan, que tardaria dos dias en irse, y que todo este tiempo estaria oculto en mi cuarto; y me añadió, que para no dar que sospechar no saliera yo de él. Hoy, que sé cuál era el tesoro que se confiaba á mi cuidado, conozco el motivo que le hizo prescindir á lady Salnsby de todas las ideas de decoro, pero entonces no podia entender su conducta: ella misma nos trajo la comida, y tuve que pasar todo el dia sola con aquel caballero.

Oh, padre mio, no sé si fue ilusion, pero se divirtió en contarme historias maravillosas, y me habló de un mundo desconocido para mí, y de sentimientos que nunca habia yo esperimentado. ¡Aquel largo dia fue corto! vino despues la noche y empezó nuestro apuro del dia anterior: primero hablamos riéndonos, pero estábamos los dos tan rendidos, que á mí se me cerraban los ojos á mi pesar, y él hacia tambien vanos esfuerzos para no dormirse, de forma que resolvimos abrir la ventana para que el fresco de la noche nos despertara. El cielo estaba estrellado, y él, llevándome hácia la ventana, y enseñándome en el horizonte un astro, cuyo pálido brillo se percibia mal sobre el azul de la noche, me dijo:

—Así es mi vida, pálida y oscura en la actualidad; pero dejemos obrar al tiempo, niña, y esa estrella subirá á lo alto del cielo, y brillará mas que todas: mi vida saldrá muy pronto, como ella, de la nube

que la circunda, y tú bajarás la vista ante el resplandor que despida. Su figura era noble al decir esto, y yo lo miré asombrada; él me agarró la mano, y acercándome á sí continuó: —¡Qué feliz eres, niña! ¡jóven y hermosa crees y esperas! yo tambien de tu edad he soñado felicidades y he creido en el amor, en el inmenso amor de un pueblo entero: hoy ya no creo nada. Mientras decia esto, cubrió una nube el horizonte, y ocultó enteramente la estrella que me habia enseñado. —¿Será acaso mi suerte la que se me anuncia, dijo, y desapareceré yo tambien del todo? Hacia bastante frio y cerró la ventana, nos sentamos uno junto á otro, y me hizo instancias para que me acostara; mas si el dia antes me habia impedido el miedo únicamente el hacerlo, aquel me sentí mas cortada, y la idea de dormir viéndome Jorge, me turbó hasta lo íntimo del alma. Acordándome de que el dia anterior se me habia olvidado rezar, me hinqué de

rodillas para hacerlo, pero por mas que quise no pude fijar mi atencion, y con el fin de conseguirlo resolví decir en voz alta mis oraciones.

Oré, segun costumbre, porque Dios me conservara mi inocencia, y le pedi por la gloria de Inglaterra y por la salud del rey, y así que acabé miré á Jorge que estaba en pie derecho, inmóvil, y cayéndosele las lágrimas. —Tú pides, me dijo, por el rey de Inglaterra, por él que otros maldicen, y si Dios oye la voz de los ángeles, te oirá á ti que eres tan pura como ellos.

Concluidas mis oraciones, la luz alumbraba muy poco, el fuego de la chimenea se iba amortiguando, y sentí que me ganaba el sueño á mi pesar, se me cerraron los ojos y se me volvieron á abrir sin ver nada; no pude al fin resistir, y dejé caer la cabeza y me dormí. Largo tiempo despues abrí los ojos, y todo se me habia olvidado; pero figuraos mi asombro cuan-

do sentí mi cara apoyada en las rodillas de un hombre. Al momento me puse en pié dando un grito, mas me serené muy luego, y le pregunté á Jorge si habia dormido mucho. —Ya va á amanecer, me respondió. —¿Y he dormido toda la noche en esa postura? le dije toda cortada. — Sí, me contestó, tu cabeza ha estado sobre mis rodillas, y no me he atrevido á moverme por no despertarte: ¡es tan dulce el sueño! y como hace ocho dias que en ninguna parte he podido yo hallarlo, he respetado el tuyo. Me sentí conmovida y miré á Jorge que estaba pálido y abatido: habia sin duda padecido mucho.

Lady Salnsby vino como el dia anterior, y nos repitió que Jorge no se podia ir hasta el siguiente por la mañana, y habiéndome dado permiso para salir una hora de mi cuarto, salí en efecto, y los dejé solos. Un sentimiento desconocido me hizo volver antes de lo que pensaba, y aun encontré á Jorge con lady Salnsby

que le habia llevado algunos libros de su biblioteca particular; mas pronto nos volvimos á quedar solos....

Al llegar aquí Ana se detuvo, se recogió un momento, pidió con mucha dulzura á su hija, la tomó de manos de Juxon, la arrimó á su pecho, y sentándose en la cama, despues de haberla mirado con ternura, dijo:

—Las fuerzas me abandonan, padre mio, y antes de continuar permitidme que me ocupe de mi hija, porque dentro de poco no podré ya tal vez hacerlo.—Se volvió á detener, y luego prosiguió:—Deseo que crie á mi hija mistris Barkstead.

—Mistris Barkstead, dijo el rígido Juxon, es una oveja descarriada fuera del gremio de la verdadera fe.

—Mi tia, replicó Ana, es el santuario de las virtudes de una muger; vos le direis que mi hija es católica, y esto le dará un derecho mas á su ternura, porque lo mirará como una desgracia.

Ana oyó entonces algunos sollozos, y dijo:—¿Estais ahí? pues venid á oirme tambien; ¿pero estais sola?

Una seña de Barkstead dictó la respuesta de su muger; reinó el mas profundo silencio entre los circunstantes, y la moribunda le dijo:

—Dareis las gracias al coronel por sus bondades conmigo. Estas palabras, dichas á los pocos momentos de la espantosa órden que acababa de dar, lo hicieron estremecer, y una mirada de O-Key se las clavaron en el corazon. Ana continuó dirigiéndose á su tia:

—Vos habeis oido el principio de mi relacion, oid pues el fin; pero que solo lo oigais vos y este santo hombre: lo que me queda que decir solo puede comprenderlo el alma de una muger, y solo lo puede perdonar la caridad divina.

Nos volvimos á quedar solos Jorge y yo, y al momento noté que me hablaba con mas atencion que antes, pues á lo que

creo, le habia dicho algo de mí lady Salnsby, y no puedo esplicaros la variacion que le noté; parecia otro hombre, y olvidando su aire burlon y su ordinaria sequedad, se escusó del modo mas delicado por lo que me incomodaba con su presencia.

—Estais descolorida, me dijo con tristeza; acaso será destino mio hacer padecer á los que me aman. Me sorprendió esta espresion, pero al momento dijo cayéndosele una lágrima:—A los que me favorecen: y se puso á leer.

El libro me era desconocido; su autor se llamaba Shakspeare, y la obra el rey Lear. ¡Oh padre mio! acostumbrada yo á los sagrados cánticos de nuestras iglesias, y á las graves palabras de nuestras oraciones, cuál seria mi asombro al oir aquellas amargas burlas, aquellas poderosas maldiciones, y aquellas crueles quejas de un rey proscrito. Jorge leia, pero hasta hoy no he comprendido yo la mágica espresion de su voz, aquel acento solemne y

profundo, y aquel gesto amenazador, que aumentaba la feróz armonía del poeta. ¡Oh padre mio! ¿os haceis cargo de lo que seria Carlos I leyendo al rey Lear?

De pronto tiró el libro con cólera mezclada de dolor, diciéndose á sí mismo:—Basta, basta. ¿Necesitan mis miserias ser aguijoneadas por estos ardientes versos para despertarse y brincar en mi corazon? No, no, mañana las recobraré todas reales, y espantosas; pero hoy, niña, que duerman á tu vista, como tú has dormido á la mia. Escucha, hablemos de felicidad y de amor, escucha: y volvió á tomar el libro, y leyó la historia de dos amantes. Tan áspera como habia sido la lectura anterior, tan dulce y encantadora era la melodía de esta otra, y tanto tiempo estuvo leyendo que anocheció sin haber acabado. Yo estaba poseida de una admiracion estática; no podia dejar de pensar en aquellos versos, cuyo encanto me habia parecido tan nuevo; y ya no era yo Ana, la alegre

é indiferente jóven de la casa de Windsor, sino que habia adquirido todo el amor de Julieta, así como me parecia que Jorge habia tomado la voz de Romeo, cuya historia era la que me habia leido.

Dejó de leer al fin, y como tambien dejé yo de oir su voz, me puse á pensar, y recordé primero, aquella feliz noche de baile en que una mirada encendió tanto amor; despues, aquella otra noche mas feliz aun, en que separados el uno del otro se hablaban en voz baja; despues, la mañana en que cantó el ruiseñor enfrente de ellos, en que vino la aurora á separarlos, y llegó por fin la última noche espantosa, en que Julieta se levantó de la tumba y llamó en vano á Romeo. Ya entonces no estaba yo en este mundo, otra alma diversa de la mia me inspiraba deseos que no comprendia; mi corazon latia en mi pecho, se me trastornaba la cabeza, me parecia que estaba suspendida en el aire, mecida entre cánticos y perfumes, y se

escapó de mi boca una palabra como si fuera una queja: ¡Romeo! ¡Romeo! dije en voz baja: —¡Julieta! respondió una voz conmovida, y sentí junto á mi cara un aliento abrasador, y me vi estrechada entre los brazos de un hombre, y sentí un beso que detuvo en mis labios un grito de terror y lo ahogó, así como á mi alma, en un delirio inefable.... Todavía no era yo culpada, padre mio, porque me arranqué de los brazos de Jorge, y me fui al otro estremo de mi cuarto, ocultando la cara entre mis manos, y derramando copiosas lágrimas. Cuando lo miré, lo vi de rodillas delante de mí, y que me decia:

—Mira, Ana, mi vida hasta hoy ha sido estéril, y tú eres la flor que brotará en mi corazon para perfumarlo: óyeme, niña, yo te amo, y te haré tan poderosa que te devolveré la dicha que te pido: y diciendo esto estrechaba mis rodillas, y yo lloraba sin poderle responder. Se me doblaban las piernas, sentia que me volvia

loca, huí de él, y abriendo la puerta de mi cuarto me salí al corredor: él me siguió, bajé la escalera y él detrás de mí; hallé una puerta abierta que no pude cerrar; entré en los jardines, y eché á correr por entre los árboles; mas como mi vestido blanco le servia de guia, corria tras de mí llamándome en voz baja. Llovia á mares, y me caia el agua sobre la cabeza sin ningun abrigo: al fin me alcanzó, y deteniéndome me dijo: —Niña, tú te quieres matar, vuélvete, vuélvete... ¡Oh, perdóname! no te tocaré ni la ropa, me quedaré aquí, huiré de la casa, me entregaré á mis asesinos, moriré ahora mismo; pero vuélvete, vuélvete. Yo estaba sin poder respirar, y él, arrimándose á mí, me quiso ayudar á andar, pero tembló todo mi cuerpo así que me tocó.

—Ana, me dijo entonces, te he ofendido, perdóname, perdóname, pero entra en casa: ¿no ves que la lluvia te hiela, y que estás temblando?

—¡Oh, no! le dije; me abraso, aquí estoy bien: y me separé el pelo de la frente para que le cayera mejor el agua.

—Ana, me dijo volviéndome á agarrar; vuélvete á casa que estás helada.

—Te digo que me abraso, le contesté con impaciencia, y agarrándole la mano se la puse sobre mi frente.

Al momento cambió su voz de espresion.—Ana, me dijo con indecible resolucion; ¿me amas?

—¡Sí!

—¿Quiéres ser mia?

—¡Sí!

¡Oh padre mio! ¡oh padre mio! yo no habia comprendido nada del sentido de sus palabras ni de las mias, pero cuando ciñéndome con sus brazos me acercó á sí, ¡entonces!... ¡perdonadme Dios mio!... ¡rogad por mí, padre mio!... entonces...

Todos se quedaron escuchando: Ana habia muerto.

V.

LA NODRIZA

TOMLINSON fue acompañando á lady Salnsby, y ésta en el camino le refirió la historia de Ana: le dijo que Carlos I habia estado escondido en Windsor, y que arrastrado por una pasion que ella no habia podido prever, habia vuelto despues repetidas veces durante algun tiempo. Le

reveló, que obligado á reunirse con su egército y alejarse de las cercanías de Lóndres, le habia confiado el secreto de su amor á la sobrina de Barkstead, del estado en que se hallaba, de las precauciones que habia que tomar, y del inviolable secreto que debia guardar con ella, ocultándole su verdadero nombre y clase.

—Habia yo permitido, dijo lady Salnsby, es decir, le habia permitido á Ana que escribiera al capitan Jorge y recibiera sus cartas, y esta imprudencia fue la que hizo que su tio descubriera el secreto. Figuraos mi sorpresa el dia que lo vi venir hace un mes á nuestro retiro, cuando solo habíamos oido hablar vagamente de la prision del rey. Barkstead, como uno de los jueces encargados de la instruccion del proceso de Carlos, tenia en su poder todos los papeles que se le habian cogido, y entre ellos estaban las cartas de Ana, que aunque dirigidas al capitan Jorge, bastaron para despertar las

sospechas del coronel, y por esto cuando me mandó que le entregara á su sobrina creí que le debia contar la verdad de todo.

Tomlinson quedó sorprendido, al parecer, y lady Salnsby continuó:

—La muchacha se lo hubiera dicho todo sin duda, y él tal vez le hubiera revelado imprudentemente el nombre de su amante; nombre que debia ser un secreto para ella, porque la voluntad de Carlos I era que su hijo hubiera solo conocido su munificencia. Hoy todo ha cambiado: los hijos legítimos de Carlos están en poder de sus verdugos, ó desterrados de su patria; y aunque tal vez baste una vida á saciar su rabia de tigres, aun está levantado el cadalso y el veneno se envia con cualquiera. ¡Quién sabe si muy pronto serán las últimas gotas de la sangre real de los Estuardos las que corran por las venas del niño que va á nacer!

Carlos I lo habia previsto; y el dia en

que obtuvo de Barkstead una entrevista en presencia del coronel O-Key y de Juxon, le exigió palabra de cristiano de que recogeria y criaria el niño de Ana, y haria constar cuando naciese todo lo necesario para que pudiera ser reconocido algun dia, y así se lo juró Barkstead á su víctima, y sin duda lo cumplirá. Yo hice tambien otro juramento, coronel, y ahora que ya habeis reconocido vuestra ceguedad, me habeis de ayudar á cumplirlo.

En este instante llegaron á la puerta de una casa situada en la orilla del Támesis, en que vivia lady Macdonnel hija de lady Salnsby, que era la misma que estaba con Ana el dia en que Carlos I se introdujo en Windsor, de resultas de haberse visto separado por un ataque imprevisto de algunos caballeros que lo acompañaban, yendo á concertar los medios de apoderarse de Cromwell y de los miembros mas influyentes del parlamento. Lord Macdonnel, á quien la ambicion de lady

Salnsby habia elegido por yerno, era el imbécil mas rico de los tres reinos; sus grandes propiedades en Escocia y su nombre, que no carecia de influjo, le habian dado la preferencia, y mientras que se creia un padre de familia pacífico y resignado, su suegra lo hacia un gefe de partido emprendedor y ambicioso.

Lady Salnsby, pues, entró con Tomlinson en su casa, lo hizo llamar á él y á su hija, y les pidió le prestaran religiosa atencion. Este preámbulo asustaba siempre á Macdonnel, porque era siempre preludio de alguna considerable peticion de dinero para socorrer á realistas proscritos y á católicos desgraciados, y no obstante que era buen católico y sincero realista, le costaba dificultad comprender que se debiera nadie arruinar por la causa del rey, ó la del papa. La peticion que le iba á hacer su suegra lo debia sorprender, sin embargo, algo mas; y hé aquí el discurso preparatorio que le hizo, y contra

el que creia tener bien atados los cordones de su bolsillo, pero cuya conclusion lo dejó en estremo perplejo.

—Lord Macdonnel, le dijo lady Salnsby, vos sois el representante de una de los familias mas antiguas y nobles de cuantas brillan al rededor del trono, como los diamantes al rededor de una corona. Macdonnel inclinó la cabeza, y ella continuó: —Vuestros antepasados derramaron su sangre por la casa real de los Estuardos, y fueron todos grandes y generosos, y vos no habeis de ser ni menos grande ni menos generoso que ellos. Macdonnel dejó oir una tosesita significativa que queria sin duda decir: —Está bien, está bien, ya os veo venir. Lady Salnsby, que lo conoció, no pudo contener una sonrisa de desprecio y continuó: —Los inmensos bienes que poseeis no son la herencia mas preciosa que os dejaron vuestros abuelos.

—Pero muy pronto no quedará nada de ella, contestó Macdonnel creyendo que se

iba á empeñar la batalla en este terreno.

—Esa debe ser una razon mas para conservar intacta la de un nombre honorífico, y ha llegado el dia de que os mostreis digno de él, pero necesitais valor. Macdonnel se estremeció.

—Un gran valor.... Macdonnel estuvo á punto de desmayarse.

—¡Yo os vengo á pedir mas que la vida!

Esta amenaza tranquilizó al buen lord.—¿De qué se trata pues? dijo con tono resuelto, haciéndose cargo de que no habia riesgo personal ni pecuniario que temer.

—¡Es preciso que os separeis de vuestra muger!

Al oir esto la jóven lady, que hasta entonces habia escuchado con bastante indiferencia á su madre, se acercó á ella con viveza, y le dijo:

—¡Cómo! ¡separarme de mi marido! no lo haré si no me lo manda.

—Pues te lo mandará, replicó la madre.

Lord Macdonnel conoce los derechos de su autoridad, y cuando vea que el honor de su nombre está interesado en esta separacion, sabrá exigirla.

—Si por cierto, la sabré exigir, repitió Macdonnel con seriedad.

—Pues no basta eso, dijo lady Salnsby volviéndose á su hija, es preciso además que te separes de tu hijo.

—¡Separarme de mi hijo! esclamó la jóven lady, ¡y entregarlo á manos estrañas, cuando apenas tiene dos meses! ¡Negarle mis pechos! ¡No, madre mia, no lo haré! ¡no lo haré! repetia con fuerza como para afirmarse en su resolucion.

—¡No lo hará! repetia Macdonnel furioso, ¡no lo hará!

Lady Salnsby dejó pasar este primer arrebato de dolor, y como si nada hubiera oido, continuó:

—Harás lo que te digo, y hallarás un noble consuelo en tu sacrificio. Se te entregará el último débil vástago de los reyes

de la Gran-Bretaña, y en ti descansará toda la esperanza de una gran nacion; y como un ángel de guarda puesto al lado de un débil arbusto, lo defenderás de la tempestad y del hacha de sus enemigos. Tu decision igualará en la historia á la de la madre de los Macabeos, y darás al nombre de Macdonnel un brillo inmortal, que hará que se cite como modelo de heroismo en los tiempos futuros.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Macdonnel sorprendido con la colosal gloria que le iba á dar su muger; esto merece pensarse. ¿Y qué tiene ella que hacer para que yo obtenga ese nombre inmortal?

—Quitarse sus vestidos de lujo, contestó lady Salnsby con el tono enfático de una profetisa; vestirse el trage de la miseria y la servidumbre, y encerrando en su corazon el terrible secreto que se le va á confiar, consagrarse en cuerpo y alma al servicio de la verdadera causa.

La jóven lady no podia entender el

sentido de las palabras de su madre, y ésta procuraba revestir con los colores del fanatismo la singular propuesta que tenia que hacer, sin poderlo lograr. Macdonnel parecia cada vez mas estúpido, y el mismo Tomlinson no acababa de comprender adónde queria ir á parar lady Salnsby. En este momento entró un criado y le entregó á ésta un billete del obispo Juxon, que leyó con visible ansiedad, diciendo en seguida resueltamente:

— Ya no hay nada que dudar, hija mia. Y sin detenerla las esclamaciones y las muestras de sorpresa que hacian á cada palabra Macdonnel y su muger, continuó: — Te vas á vestir como una muger del pueblo, y aparentar su aire y maneras: el coronel Tomlinson te llevará á casa de su compañero Barkstead, y te presentará como una nodriza que busca cria: allí te entregarán un niño por la recomendacion del coronel, y lo criarás consagrándole tu vida entera.

—¡Y he de dejar á mi hijo por el de otra! contestó lady Macdonnel, cuyo amor materno era lo que mas habia herido esta órden.

—¡Y lady Macdonnel ha de entrar á servir en casa de un grosero puritano! dijo el marido encogiéndose de hombros. Estais loca, lady Salnsby, se os trastornó la cabeza cuando cayó la del rey; estais loca.

—Vos si que estais loco cuando hablais de ese modo á lady Salnsby, replicó ésta con dignidad. Lo que he dicho se hará: lady Macdonnell es hija de lady Salnsby, y lady Salnsby ha resuelto que su hija entre á servir en casa de Barkstead.

Macdonnel se reia de lo estravagante de la propuesta de su suegra, y no cesaba de repetir:—¡Vaya, estais loca! ¡estais loca!

—¿Y quién sois vos, lord Macdonnel, para responderme de ese modo? esclamó ésta con indecible cólera. ¿Qué abuelos son los que tanta vanidad os infunden,

que no podais consentir lo que os pido? El primero de todos fue un montañés á quien Jacobo de Escocia, el mas gloton de los reyes, le dió un señorío en pago de un gallo silvestre, un dia que estando cazando no tenia con que desayunarse. El segundo era un cantor de baladas, á quien la reina María hizo lord de las tierras altas por haber improvisado un poema á su hermosura, en que los versos de cada canto empezaban con una de las letras de su nombre. El tercero fue un usurero, que le prestaba al rey Jacobo, con un interés desmesurado, el oro que le robaba de los gastos de su cocina, y de sus libros de misa. El cuarto....

—¡El cuarto, esclamó Macdonnel en el colmo del furor, era mi padre, cuyo dedo meñique valia mas que todos los Salnsby presentes, pasados y futuros!

El niño Ralph, que presenciaba esta contestacion, así que oyó esto se arrimó á Macdonnel, y le dió un vigoroso punti-

llon en las piernas diciéndole: ¡Ah! con que insultas á mi familia, pues ahora verás. Macdonnel, sorprendido con tan imprevisto ataque, se aturdió, pero lo quedó aun mucho mas cuando su muger le dijo: Mi hermano tiene razon, insultas á los Salnsby y eres indigno de su alianza.

—Los Salnby, decia la suegra, tienen quinientos años de nobleza intacta y pura en el servicio particular de los reyes de Inglaterra.—Los Salnsby, anadió la muger, no se han unido jamás sino con los señores mas ricos de Inglaterra.—Los Salnsby, decia el niño, son capaces de matar á todos los Macdonnel á puntillones en las piernas.

Macdonnel estaba en el colmo de la imbecilidad, y ya entonces medió Tomlinson. Ya aquel sabia todo lo que de él se queria, y solo faltaba hacerle consentir, pero como hombre que conoce su debilidad y teme dejarse seducir, se habia encerrado en una obstinada negativa. No

quiero, era su única respuesta, porque á pesar de su necedad conocia muy bien, que si daba las razones de ella se habia de dejar convencer por los argumentos de su suegra, y creia prevenirlos todos diciendo á gritos: ¡no quiero!

Pero lady Salnsby era sobrado sagáz para no haber reservado contra su yerno un argumento perentorio y decisivo que era el del miedo, y afectando de pronto un aire de resignacion, se dirigió al coronel Tomlinson y le dijo: —¿Podriais creer, coronel, que este hombre, que se niega á una cosa tan sencilla, es el mismo que tuvo valor para pagar á peso de oro aquellos cuatro conspiradores que penetraron hasta el cuarto en qne debia dormir Cromwell? y que....

—Es decir, esclamó Macdonnel, que sir Salnsby fue quien....

—¿Y os podriais imaginar, continuó diciendo la suegra aparentando no oir las reclamaciones de su yerno, que hizo ade-

más un viage á Escocia, no hace tres meses, para sublevar el pais en favor del desgraciado Carlos?

—¡No fui yo! gritó Macdonnel, si fui allá fue para renovar los arrendamientos de mis fincas, y sir Salnsby fue quien....

Lady Salnsby continuó sin embargo:

—El fue quien pagó el último libelo de Ansby contra Cromwell; él quien mantiene á sus espensas á los pobres escoceses que han jurado sobre la santa Biblia la muerte del traidor; él quien tiene en su casa ocultas las armas y municiones de los conjurados; él quien....

—¡Señora! esclamó el infeliz, yo estoy inocente de todos esos horrores.... Yo he pagado.... es decir, vos habeis pagado con mi dinero: además, yo amo á Cromwell.... y sobre todo, vos me dijisteis que esos barriles eran de malvasia..... ¿quereis hacer que me ahorquen? Coronel, todo eso es una infame mentira....

Y lady Salnsby siguió diciendo con

tono despreciativo: — Y este hombre se vuelve atrás ahora que se trata de una separacion de algunos dias, y de cumplir un deber que solo exige su silencio.

Al oir esto Macdonnel agarró á su muger por un brazo, y poniéndola delante de su madre, dijo á ésta con furia: —Ahí teneis á vuestra hija, haced lo que os dé la gana; yo ni sé nada, ni tengo en ello la menor parte; hacédla criada, nodriza, reina, poco me importa, y en nada me meto: lo único que siento es que la hayais hecho mi muger: ¡á Dios! Y dicho esto salió de la sala dejando estupefactos á Tomlinson y á lady Macdonnel, y contentísima á su suegra con esta brusca resolucion.

—Que calle es todo lo que yo queria de él, dijo; y volviéndose á su hija, le contó brevemente la historia de Carlos I y Ana. Por penoso que fuera el papel que iba á hacer la jóven lady, era tal el fanatismo por la causa real que le habia inspirado

su madre, que lo aceptó con mucho gusto asi que se enteró de lo que se trataba.

Sacrificar su vida y la de sus hijos al triunfo de la causa real; sufrir por ella la miseria, el destierro, la prision y el tormento; dedicarse dia y noche á hacer en secreto descontentos contra el nuevo órden de cosas; minarlo sordamente; combatirlo en público, adoptar, respetar y defender todo lo de los hombres del partido realista; aborrecer, despreciar y calumniar todo lo perteneciente á sus adversarios; mentir, ocultar, asesinar, morir, hacer indiferentemente el bien y el mal; ser perjuro, traidor, venderse, huir y hasta deshonrarse por lo que ella llamaba la noble causa, era la moral política que lady Salnsby habia enseñado á sus hijos, y la que su esposo practicaba. Ralph, á pesar de su corta edad, estaba ya imbuido en estos principios, pero al mismo tiempo que su hermana no hacia mas que someterse á ellos, el niño los adoptaba con ar-

dor: lady Julia Macdonnel obedecia las órdenes de su madre, pero se conocia que Ralph se habia de anticipar á ellas algun dia.

A poco rato llegó Juxon y se sorprendió al encontrar á Tomlinson en casa de lady Salnsby, pero el coronel mismo lo tranquilizó, y le dijo con profunda conviccion, que habia conocido el funesto error á que se habia dejado arrastrar. Le habló de su arrepentimiento en términos muy sentidos, le juró que era ya tan adicto á la causa real como antes enemigo, y concluyó pidiéndole su bendicion, como prueba de que aceptaba su vuelta al verdadero camino del honor. Juxon se dejó persuadir, y ambos trataron con lady Salnsby y su hija del medio de que se valdrian para que fuese admitida Julia en casa de Barkstead.

Despues de todo esto, preciso es decir que Tomlinson tenia una organizacion particular: jamás, tal vez, cometió hom-

bre ninguno mas injusticias con mas rectitud de corazon, ni jamás hubo uno que con mas buena fe cambiase mas veces de partido. Era tan susceptible de impresiones, que la vista de un suceso inesperado trastornaba todas sus ideas, pues habiendo visto un dia á un cochero dar de palos á un caballo, pidió al parlamento una ley penal contra los que pegaban á los animales; y habiendo oido otro dia á un muchacho responder á su padre una desvergüenza, propuso que se estableciera en Inglaterra el derecho de vida y muerte de los padres sobre sus hijos, como lo habia en Roma. Por último, se habia hecho republicano porque el rey le dió un latigazo á un montero en una cacería, estando él presente, y se volvió realista porque vió ajusticiar á Carlos I.

VI.

FUNERAL UNDERTAKERS.

Ocho dias habian pasado desde el 30 de Enero, en cuyo tiempo habia sido enterrada Ana sin ningun aparato, y presentada Julia Macdonnel, bajo el nombre de Catalina, en casa de Barkstead, y recibida como nodriza. Colocada en un cuarto interior se mantenia en él cuidadosamente

encerrada, y á pesar de las habladurias de Molly que le encontraba las manos demasiado blancas, todo habia vuelto en la casa al órden acostumbrado. Dos ó tres veces, únicamente, habia ido el terrible Tomás Love, primero á saber del pequeño héroe de la daga, despues de la preciosa jóven desmayada, y por último de la linda nodriza.

—Yo he visto esa cara debajo de un sombrero de terciopelo y una cofia de encage: he observado además que un galan con trazas de caballero anda rondando la casa desde que está aquí. Juro por mis puños que le he de hundir dos costillas á lo menos, y de las verdaderas.

Esto decia Tomás Love á la puerta de casa de Barkstead apoyado el hombro en el quicio, mientras que Molly, de pie en el umbral, lo miraba con complacencia: y en seguida, rascándose la frente como con disgusto, añadió:

—Es que habeis de saber, Molly, que

estoy incomodado, porque todo esto no está claro. Barkstead es seguramente un santo, pero desde que se despachó al Estuardo no se sabe lo cierto: entran en su casa figuras sospechosas, y ayer se hablaba de ello en la taberna del rey Ricardo en Temple Bar; ¡cuenta con lo que se hace! Porque.... mirad que se han oido los gritos de la jóven, que se sabe que vino Andlay, despues Juxon, y despues... Decid al coronel de parte de Tomás Love que mire lo que hace; porque sabed que hay curiosos en la taberna, y Tomás Love puede muy bien cerrarle el paso á un toro abriendo los brazos, pero no á una bala que salga de un buen cañon de arcabuz: ¿lo entendeis?

Molly iba á responder y examinar á Love, cuando éste se marchó como un rayo, porque el galan que tanto le incomodaba acababa de aparecer en la entrada de la calle, señalando con el dedo la casa de Barkstead á dos hombres que venian

con él. Molly, alarmada con lo que le acababa de decir Love, lo siguió algun tiempo con la vista; mas el caballero habia desaparecido y á poco rato vió volver al carnicero con un trabajador del puerto de Lóndres, con quien disputaba, al parecer, vivamente, y al llegar enfrente de la casa oyó que éste le decia:

—Te digo que esa sangre les ha hecho mal en el corazon, y que todos están ahora como gallinas sin plumas; creen haberlo hecho todo porque le han cortado la cabeza á la serpiente; pero si dejan vivir esa casta de culebras que ha dejado tras de sí, todavía nos ha de infestar el veneno real. Mira, mira, le dijo, señalándole la puerta de la casa de Barkstead, ¿ves aquel hombre que entra? pues estoy seguro que es algun canalla realista de los que recibe ahora diariamente.

En efecto, el duque de Richmond, antiguo gentil-hombre de Carlos I, entraba en quel momento en casa de Barkstead.

Tomás Love trataba de sosegar á su camarada, porque el resentimiento de éste se iba al parecer aumentando por grados; mas se vió muy apurado al observar que fueron entrando sucesivamente, lord Clarendon, el que habia pedido y obtenido del rey Carlos su real bendicion, al ir al patíbulo; Juxon, el marqués de Herford, y los condes de Sonthampton y de Lindsey. Al verlos Guillelmo, que era el nombre del trabajador que estaba con Love, se marchó profiriendo terribles amenazas, y éste se acercó á Molly, que no se habia movido de su sitio, y le dijo:

—Dejadme entrar, porque va seguramente á haber jarana; y si vienen á hablar en casa de Mr. Barkstead el lenguage de la taberna del rey Ricardo, no será malo, añadió enseñando el puño cerrado, que esté en ella el primer orador de la sociedad, porque aunque Mr. Barkstead es algo sospechoso, no he de permitir que echen abajo su casa sin oirlo.

Molly asustada lo hizo entrar y quiso prevenir al coronel, pero lo halló encerrado con las personas que acabamos de citar, y habiéndole prohibido Tomás que dijese nada á su jóven ama, se quedaron ambos con Isabel en las piezas bajas de la casa. A corto rato de estar allí oyeron una violenta disputa en la puerta de la calle: Molly acudió corriendo, mas apenas la abrió, se precipitaron dos hombres por ella, que por poco la dejan caer, y ambos la asaltaron con unas mismas palabras:—Yo he entrado primero, observad que debo ser presentado antes.—Anunciad á la honorable reunion, decia el uno, al señor Cristóval Volgthmooth:—Decid, decid, añadia el segundo, que el señor Krakanwimeth ha venido á ponerse á las órdenes de sus señorías: y en seguida, y sin aguardar la respuesta de Molly, le dijo á su adversario:—Sucio mercader de andrajos, ¿pretendes venir á luchar con un hombre como yo? Tú no tienes en tu tienda ni un

carruage decente, ni una muger que llore como la última de las mias.

—Calla, le replicó el señor Cristóval, y acuérdate del dia en que se encontraron en el camino de Windsor dos convoyes que habian salido uno de tu casa y otro de la mia; tus plañideras fueron silbadas, y á tus hombres tristes los llenaron de lodo, y los mios fueron aplaudidos. Mi triunfo fue tan completo, que á la vuelta de la ceremonia los vecinos del barrio hicieron dar cerveza á mis gentes, y tuvieron toda la noche bailando á mis plañideras.

—Despacio, despacio, señores enterradores, dijo Tomás Love interponiendo su mano entre los dos adversarios; no hay que mover tanto ruido, porque aquí no teneis que hacer; la buena moza está enterrada, y no queda nada que comer.

—¿Cómo es eso? replicó Krakanwimeth, si no hace todavía una hora que lo he visto espuesto en la gran sala de Wi-

the-Hall, con la cabeza muy bien recosida sobre los hombros por el doctor Andlay, y perfumado y embalsamado como un pavo aderazado con salsa de especias.

—¿De quién hablas? replicó Love.

—¡Eh! pardiez, dijo el señor Cristóval, del difunto traidor y tirano Carlos I, á quien el parlamento ha señalado quinientas libras esterlinas para que se haga enterrar con decencia y lo mejor que pueda.

—¡Ah! me alegro mucho, dijo el carnicero, ahora comprendo la venida de todos esos caballeros á esta casa. Id, Molly, á avisar á vuestro amo, que yo cuidaré entre tanto de que estos dos gallos de cementerio no disputen desde muy cerca.

Molly llamó á un criado para que fuera á avisar al coronel Barkstead, mas apenas volvió con la órden de que entraran los dos competidores, se oyó al fin de la calle un rumor confuso y siniestro, y en un momento se vió cercada de gente la casa, rotos los vidrios á pedradas, y so-

naron violentos gritos de *¡muera Barkstead! ¡mueran los traidores!* El coronel intentó varias veces presentarse en la ventana, pero fue recibido con amenazas y silbidos sin poder lograr que lo oyeran; de forma, que parecia no le quedaba mas recurso que conformarse con el saqueo de su casa, y ser víctima del furor popular. Mas de repente, entra Tomás Love en la sala en que se hallaba reunido con los que acabamos de citar, y saliendo á la ventana se presenta al populacho: éste se sorprendió, al parecer, de verlo, pero no dejó por eso de continuar el vocerío, hasta que dominando con su voz de toro todo aquel murmullo de mil voces, esclamó: —Vaya, canallas, ¿qué venis á hacer aquí? Apuesto una guinea á que el mas osado de vosotros no lo sabe.—Esta interpelacion suspendió los aullidos de aquella turba, y Guillelmo, subiéndose en un carro que habian colocado debajo de la ventana en que se hallaba Love para

poderla asaltar con mas facilidad, respondió que iban á apoderarse de los conspiradores que Barkstead recibia en su casa.

—¿Y contra quién conspiran? dijo Tomás Love cruzándose de brazos, y apoyándose familiarmente sobre el antepecho de la ventana.

—Contra el pueblo inglés que quieren aniquilar.

—Mientes, dijo Love sonriéndose; esta no es gente que se entretiene en tan poca cosa: aquí hay quien conspira contra la humanidad, y quisiera veros muertos á todos, aunque sois pobres, y no podeis gastar diez chelines en el entierro.

—Tomás Love se burla de nosotros, gritó Guillelmo volviéndose hácia el populacho; es un traidor seducido por las promesas de los realistas.

—Si eso lo hubieras dicho al alcance de mi brazo, contestó Love furioso, yo te aseguro que no hubieras quedado mas que para comer papilla, y que no tendrias un

solo diente sano en la boca con que acabas de mentir. Vamos á ver, señor charlatan de la taberna del rey Ricardo, ¿qué les has dicho á esas buenas gentes para traerlas aquí?

—Les he dicho que habia visto entrar en casa de Barkstead al duque de Richmond.

—Es verdad, aquí está: replicó Tomás Love, y la gente se empezó á conmover sordamente. —¿Y qué mas? le preguntó con tono burlesco.

—Les he dicho que el marqués de Hertford, y los condes de Southampton y de Lindsey habian tambien entrado furtivamente, y apuesto á que están dentro todavía.

Tomás Love volvió la cabeza ligeramente, como para mirar dentro de la sala en cuya ventana estaba, y dijo: —Tambien es verdad, Guillelmo, ahí están los tres hablando con lord Clarendon.

Al oir la gente este nombre redobló

sus clamores, y Guillelmo, creyendo aprovechar un instante, gritó: —Tambien está el traidor Juxon.

—Tambien está Juxon, replicó Love; y se volvieron á renovar las amenazas y la gritería, pero el terrible carnicero no se dejaba intimidar fácilmente, y continuó dirigiéndose á Guillelmo:

—Todavía queda algun otro mas, señor vocinglero: vamos á ver si conoces á todos los que conspiran aquí.

—Qué importa que no, dijo Gillelmo, muy pronto los conoceré á todos, así que estén colgados de los árboles de Tyburn.

—¡Yo haré que los conozcas antes, yo! Hola, señor Volgthmooth; hola, señor Krakanwimeth, dijo entonces con voz atronadora arrastrando á los dos enterradores á la ventana, y señalándoles á Guillelmo que se quedó atónito al verlos: —además de las quinientas libras que ha dado el parlamento para el entierro del Estuardo, ¿cuánto me llevareis por enterrar á ese

espantajo? vale menos que un borrico y mas que un perro, ¿no es esto? exactamente el precio de un cerdo. Aguardad, aguardad, que os voy á entregar el género.

Guillelmo se habia quitado de en medio desde que oyó pronunciar los nombres de los asentistas de funerales. El populacho recordó al momento el decreto del parlamento, y aquel hubiera sido sin duda víctima de su equivocacion, á no haber sido por la estravagante algazara que escitaban los cómicos saludos de los comerciantes de muertos, que con los capirotazos que les aplicada Love en la nuca, eran los mas profundos y precipitados que podian verse.

Este alboroto, que anunciaba un resultado funesto para Barkstead, influyó de muy diverso modo en los sucesos con que terminó aquel dia. Barkstead, en efecto, se presentó en seguida en la ventana, y fue acogido con unánimes aclamaciones;

pero muchas voces á un tiempo pidieron que se les dijese el dia, la hora y el órden de la ceremonia fúnebre de que iban á tratar, y Barkstead anunció que satisfaria este deseo, con lo cual el pueblo, aunque ya sosegado, no se dispersó, sino continuó ocupando la calle.

Entonces se reunieron los que hemos nombrado, afectando todos llenar su deber bajo aquella amenazadora influencia, como si estuvieran en una ciudadela al abrigo de todo temor. Barkstead, que era el único verdaderamente impasible, les hizo seña de que se sentaran, y todos se colocaron al rededor de una mesa. Entre tanto habia permanecido Love en el hueco de la ventana, con una pierna sobre otra y los brazos cruzados, apoyado en el quicio, y bien fuera que no lo hubiesen reparado ni Barkstead ni los otros, ó que no quisieran hacerlo ir, nadie dijo nada acerca de él. A una señal del coronel tomó la palabra primero lord Clarendon, y dijo:

—Lo que nosotros deseamos, coronel Barkstead, que se haga por la memoria del rey difunto, es lo siguiente: se sacará de la sala en que se halla actualmente, y se colocará en una caja de plomo. Doscientos hombres de tropa escoltarán al que mandó egércitos; y colocado sobre un carruage cubierto de negro, precedido del clero católico, y acompañado de algunos amigos y de sus fieles servidores, atravesará la ciudad y será trasladado á Westminster, donde estará preparado un enterramiento en la capilla en que descansan sus abuelos. Un modesto catafalco, que solo contenga las fechas de su nacimiento, de su advenimiento al trono, y de su muerte, será lo único que designe á sus amigos el sitio en que descansa Carlos Estuardo, último rey de la Gran-Bretaña.

—¿Es eso todo lo que deseais, señores? dijo friamente el coronel.

Los comisarios se miraron unos á otros, y el duque de Richmond tomó la palabra:

—Inútil es decir que en esta ceremonia se observarán los usos recibidos.

—¿Qué quereis decir con eso? dijo Barkstead.

—Que acompañará la comitiva un cierto número de llorones y lloronas, vestidos de luto rigoroso.

—Bien, repuso Barkstead, ¿y qué mas?

—El número acostumbrado de hombres con hachas, contestó el duque.

—¿Y qué otra cosa? continuó el coronel.

—Los cantores que van siempre con el clero, añadió Richmond.

—¿Y que mas?

—Un cierto número de pobres, á quienes la liberalidad del rey ha impuesto el deber de ser agradecidos.

Barkstead frunció los labios con impaciencia, y volviéndose á Juxon, le dijo: —¿Y vos, señor, no teneis nada que proponer?

—No creo, contestó alucinado con la

aparente frialdad de Barkstead, que se pueda negar á los amigos de la víctima un favor, que se concederia al último de los lores del parlamento si muriera, cual es, el derecho de declarar sus colores y dejar que formen el acompañamiento todos los que los adopten.

—¿Y eso es todo? volvió á preguntar Barkstead. Marqués de Hertford, condes de Lindsey y de Southampton ¿no teneis nada que reclamar para vuestro amo?

—Nada, contestó el marqués de Hertford, sino poder llenar libremente estos modestos deberes. Y esta libertad la ponemos bajo la salvaguardia del parlamento, para que proteja nuestro dolor contra los resentimientos de un populacho desenfrenado.

—¿Y qué quereis que haga el parlamento para eso?

—Que haga guardar las calles por donde pasemos y las inmediaciones de Westminster por un regimiento de su confianza.

—¿Os gustaria el de Tomlinson? dijo Barkstead con tono penetrante.

—Sí, sí, contestó el marqués con mal disimulada satisfaccion.

A esto siguió un profundo silencio, durante el cual estuvo Barkstead como reflexionando.

—¡Milores! dijo al fin, ¿no teneis nada mas que pedir?

Una señal negativa fue la única respuesta, y el coronel en seguida llamó á Cristóval Volgthmooth, y le dijo: —Señor Cristóval, ya sabeis los deseos de estos señores; ¿podeis proporcionarles cuanto piden por las quinientas libras votadas por el parlamento?

—¡Euh! respondió el asentista no atreviéndose á decir todo lo que pensaba, pero sonriéndose desdeñosamente; semejante pregunta es una burla: ¡todo eso por quinientas libras! No lo haria yo por cinco mil. Pues ahí es nada, un carro fúnebre, llorones, cantores, pobres, hombres con

hachas.... ¡euh! se conoce que estos señores no se han hecho enterrar nunca, que si no, sabrian mejor lo que se puede hacer por quinientas libras.

A una seña de Clarendon se acercó Krakanwimeth.

—¡Pues yo lo haré, dijo, si este usurero no quiere! y añadiré, además, una compañía de heraldos á caballo con trompetas, y otra de tambores enlutados que abran y cierren la marcha.

—¡Mientes! esclamó Cristóval furioso: no lo creais, nobles señores, no lo puede hacer, aun cuando encendiera pedazos de pino en vez de hachas, y vistiera sus llorones con chamarretas de lienzo y le pidiera prestados á Arnot los trages de la ceremonia de Hamlet; aun cuando montara sus músicos en borricos en vez de caballos, y aun cuando dejara á los pobres con sus propios andrajos y ajustara todos los mudos de Lóndres para cantar las oraciones, no lo puede hacer. Os

roba, señores, no lo puede hacer.

—Coronel Barkstead, repuso Clarendon, el precio de todo y el mas ó menos lujo en las cosas son bastante indiferentes y nos importan poco, puesto que este hombre se ofrece á hacerlo todo y que vos aceptais nuestro plan.

—Milores, replicó Barkstead, poniéndose en pie y apoyando las manos sobre la mesa; ¿habeis reflexionado bien vuestra propuesta? ¿La prudencia que preside á las resoluciones de vuestro partido ha venido acaso á tierra con la cabeza de vuestro amo?

—¿Qué decis? esclamó el marqués de Hertford, ¿pretendeis por ventura insultarnos, coronel?

—Insultaros no, pero sí daros una leccion.

—¡Señor! ¡señor! esclamaron todos, poniéndose en pie como el coronel; ¿son esas las consideraciones que el parlamento habia ofrecido tener con los amigos de Carlos I?

—Milores, sosegaos, repuso Barkstead; el parlamento ha ofrecido consideraciones á los amigos de Carlos I pero no á sus propios enemigos.

—Esplicaos, coronel, dijo el duque de Richmond, porque conviene que sepamos si se quiere añadir la violacion de los mas sagrados deberes del decoro á la violacion de las leyes, á la profanacion y al asesinato.

—Voy á esplicarme, señor duque, y ya me hubierais entendido, si me hubierais oido con la misma calma con que yo he escuchado vuestras estrañas proposiciones. Para los hombres que no han examinado nunca mas que lo material de vuestros discursos y la apariencia de vuestras acciones, no puede haber cosa mas sencilla que lo que acabais de proponer. Algunos llorones, algunos cantores, segun costumbre; pobres afectos á la memoria del difunto rey; hombres con hachas, como siempre se hace; despues los servidores y los amigos; despues los que quieran tomar

los colores del difunto; despues un regimiento que proteja el convoy; todo esto es natural y decente, ¿no es verdad, milord? Pero hé aquí lo que un hombre acostumbrado á penetrar vuestros proyectos mas de lo que pensais, encuentra mal combinado en todo eso. Ese acompañamiento, como vosotros lo habeis arreglado, saldrá del parque de san James, desfilará al son de la música religiosa, y pasará sosegado y tranquilo por las calles inmediatas al palacio; pero, de pronto, un accidente imprevisto, una rueda que se rompa, por egemplo, detendrá el carro fúnebre.... en cualquiera parte.... delante.... v. gr. de vuestra casa, conde de Sonthampton, y se necesitará algun tiempo para componerlo, y los amigos que vayan junto al féretro entrarán en ella, ó bien para descansar, ó para cualquier otra cosa. Volverá á ponerse en marcha el convoy, y llegará á poco tiempo á la entrada de la gran plaza de Westminster; bien

sabeis, marqués de Hertford, que en las mejores casas de los realistas viven gentes adictas á la mala causa: pues bien, algunos de vuestros criados insultarán tal vez los restos mortales de Carlos I, á pesar de estar vos presente y de vuestras órdenes; en seguida, podrá dar la casualidad de que esté la puerta de la iglesia ocupada por algunos frenéticos que peguen con algunos soldados del regimiento destinado á protegeros; su coronel, indignado, les mandará inocentemente que carguen al pueblo que los ha ofendido; en seguida se exaltarán los ánimos: los amigos de Carlos I habrán encontrado en casa de Sonthampton, en vez de descanso, pistolas y sables que se habrán dejado olvidados; los pobres se encontrarán provistos de armas ocultas; los tambores, abandonados en el suelo y rotos por los cantores, estarán llenos de pólvora y balas, el inmenso carro fúnebre tirado por ocho caballos ofrecerá fusiles á la cólera de los cantores, de los llorones

y los músicos; los hombres de las hachas conservarán su arma incendiaria; los afligidos con los colores de Estuardo se reconocerán, se darán la mano, se protegerán; alguno, el obispo Juxon, por egemplo, se habrá quedado en la iglesia por casualidad, y habrá hecho que se olvide cerrar una puerta; varios imprudentes lo verán, y subirán á echar las campanas á vuelo, y darán la señal de alarma; entonces todo será confusion, llegará á su colmo la irritacion de los ánimos, se estraviará el dolor hasta el punto de derramar sangre en vez de lágrimas; se dará tal vez el grito de viva Carlos II en lugar de rogar á Dios por Carlos I, y se paseará sin duda un niño en triunfo en vez de acompañar un féretro. Esta es una ceremonia muy mal dispuesta, milores, y el parlamento me ha prohibido que la adopte.

Esta larga befa de Barkstead tenia confundidos á los lores comisarios, y todos estaban atónitos, menos Juxon que

parecia insensible. En aquel momento se oyeron gritos del populacho, y violentos golpes en la puerta, que parecia la iban á echar abajo. Juxon los oia con impaciente atencion, y Barkstead, apretando los labios, apenas podia contener la furia que lo agitaba. Entre tanto se sosegó el ruido, como el de la ola que se estrella en una roca y se retira amenazando, y Juxon tomó la palabra.

— No me sorprende la acusacion del coronel Barkstead, dijo. Esa política de dos caras, que proclama la generosidad y persigue en secreto; ese aparente respeto á la memoria de la víctima, y ese oculto pretesto para negarle un rincon de tierra, la proteccion que debiéramos encontrar aquí, y ese populacho que nos rodea, esa libertad prometida á nuestro dolor, y esa acusacion con que se pretende sofocarlo, ¿son acaso cosas tan nuevas, ó tan contrarias á los hábitos de Cromwell, que nos deban hoy sorprender?

El tumulto, por un momento apaciguado, volvió á empezar de nuevo, y se convirtió en un continuo murmullo dominado de cuando en cuando por prolongados aullidos, como se oye el cañon entre el ruido de la fusilería.

— ¡Obispo Juxon! esclamó entonces Barkstead colérico; aquí no estás en tu púlpito, desde donde puedes lanzar mentiras y calumnias á tu placer á tus adversarios. ¿No sabes que Barkstead conoce hasta los mas recónditos secretos de tu alma? Sacerdote, que perdonas el adulterio y proteges los amores clandestinos, obispo capellan de la casa de las niñas de Windsor, te atreves tú á hablarme á mí de bellaquería? Y vosotros todos, ¿es tanto lo que os ofusca el orgullo de vuestra sangre, que nos tengais por insensatos, y nos trateis como tales? ¿Habeis de estar siempre clamando que se os calumnia porque se os adivina, que se os teme porque se os perdona, y que se os asesina

cuando se os juzga? Basta ya, basta ya, ¡por vida mia! Yo he arrancado de manos de Turloë las pruebas de ese complot vestido de luto, cuando se las iba á enviar al sherif para que os prendiera, ¡y ahora sois vosotros los que acusais y recriminais! ¡Basta ya! os repito, ¡basta ya! sino quereis que esos hombres de muerte se ocupen muy pronto de vosotros en vez de ocuparse de Carlos. Y en cuanto á ese populacho que nos rodea, milores, yo no sé cómo saldremos de aquí vosotros y yo, pero por lo que hace á ti, obispo Juxon, ayer estabas en la taberna del rey Ricardo, disfrazado de marinero, y bebiste cerveza con Guillelmo.

Juxon hizo un movimiento y se puso pálido....

—¿Qué decis ahora? continuó Barkstead; ¿sabeis cuál de nosotros dos es el amo de ese populacho que has lanzado contra esta casa? ¿Quiéres saberlo? ¡Pues abre esa ventana y asómate! ¡No te atre-

ves! ¡Insensato! ¡Creias manejar la multitud como si fuera un arma de niño, ó de cortesano! ¡Sálvete Dios, que si no te abrasarás en el fuego que has encendido! Conspirador, que no tienes aliento bastante para avivar el hogar de una taberna, ¿no sabes que se necesita el soplo del Señor para apagar el incendio cuando abrasa la ciudad? ¡Sea Dios juez entre nosotros! Ven aquí, ven, háblale á ese pueblo, haz el ensayo de tu voz contra la mia, de tu elocuencia contra mi elocuencia, y el que de nosotros dos haya hecho la sedicion, que la conduzca.

Juxon, repuesto ya, se sonrió desdeñosamente, pero Sonthampton, echándose sobre Barkstead, lo detuvo al ir á abrir la ventana, y esclamó lleno de espanto:

—¿Quereis entregarnos á ese pueblo? ¿Es este un asesinato premeditado contra nosotros? El tumulto parecia, en efecto, que habia llegado á su colmo, y miles de voces unidas en un solo grito pedian á

Barkstead y los comisarios. Juxon se puso en pie muy despacio, y con voz muy grave dijo á Barkstead y á los gentiles-hombres: — Coronel, vuestra vida será respetada: milores, nada teneis que temer vosotros tampoco.

Entonces se oyó una atróz carcajada de risa en la ventana, y todos repararon en Tomás Love de quien se habia acordado, que se estaba meciendo descuidadamente apoyado en el alfeyzár. Esta interrupcion produjo un sombrío silencio, únicamente Barkstead, como si nada hubiera oido, dijo con tono de autoridad:

— Señores, aquí estamos para tratar del difunto rey, acabemos de una vez. Vosotros habeis destruido cuanto tenia de santo vuestra mision, con que sufrid el castigo. Aquí teneis ahora, añadió poniendo sobre la mesa una órden con el sello del parlamento, todo lo que podeis hacer para honrar la memoria de Carlos.

— Nada, dijo Tomás Love acercándose

á ellos, nada hay que hacer. No habrá ceremonia ni bonita, ni fea; no habrá ni sepultura que abrir, ni catafalco que levantar: ya no hay nada que hacer para él.

—Oid lo que ordena el parlamento, dijo Barkstead.

—Oid lo que quiere Tomás Love, replicó éste con su feroz insolencia. Oye, Barkstead, ó si quieres mejor, haz tú de parlamento y yo haré de pueblo; probemos nuestras fuerzas: yo te desafío á ti como tú desafiaste á Juxon.... pero fuerte contra él y débil contra mí; no te atreves tampoco. ¡Pues bien! así como tú decias que oyeran lo que quiere el parlamento, oye tú lo que quiere Tomás Love. Y mirando entonces con sus sanguinarios ojos á los comisarios, añadió con la diabólica risa que le era peculiar:

—Obispo Juxon, milores, coronel.... ¡Oid! Carlos I, rey de la Gran-Bretaña, no descansará en la tumba de un cristiano....

Y acabadas apenas de pronunciar estas palabras, brincó como un toro desde el sitio en que estaba á la ventana, la rompió de una puñada, se subió sobre el antepecho, y levantando las manos como para llamar la atencion, dió este terrible grito:

—¡Al Támesis el Estuardo!... y saltando desde toda la altura de aquel piso á la calle, desapareció de la vista de los comisarios.

En este instante, y cuando todos estaban llenos de mudo asombro, entró un hombre embozado en una larga capa y con un gran sombrero gacho, y levantando una mano, pareció que prescribia á un tiempo el silencio y la calma.

—Sosegaos, señores, sosegaos, que el perro tiene ya hueso que roer, les dijo.

Al ver este nuevo personage se convirtió en estremada sorpresa el espanto que dominaba á aquella asamblea; mas él, sin aparentar advertirlo, continuó así:

—Lord Clarendon, duque de Richmond, marqués de Hertford, condes de Lindsey y de Sonthampton, vosotros solos erais los encargados por el parlamento de las exequias del difunto, y no obstante habeis querido agregar al obispo Juxon: éste, señores, podrá ser tal vez un buen confesor, pero es un malísimo consejero. Bien lo habeis podido conocer por lo que os hubiera sucedido si yo no hubiera estado advertido con tiempo. Egecutad las órdenes del parlamento que se hallan en ese papel que os ha entregado el coronel Barkstead, y no os separeis de ellas en un ápice. Turloë nada me ha dicho, y Barkstead es discreto. Vamos, os podeis retirar sin temor: vos, señor obispo, quedaos, porque tenemos que hablar. Barkstead, acompañad á estos señores.

Mas viendo que dudaban, al parecer, añadió acercándose á la ventana: —Mirad, la calle está desierta, y vuestros amigos de la taberna del rey Ricardo ni aun han

podido resistir el deseo de arrojar al Támesis al rey Carlos. ¡Id con Dios!

Los gentiles-hombres se fueron, y Juxon se quedó solo con Cromwell.

VII.

CONVERSACION.

Vuestra conspiracion estaba mal urdida, obispo Juxon, fuera de que un funeral es muy mal medio. Un cadáver de ocho dias no le dice nada al pueblo. Si hubierais tenido uno de los hijos de Carlos, tal vez hubierais podido hacer algo; pero aun para esto era preciso que fuese

uno de los legítimos y conocidos, porque la niña que está aquí de nada os hubiera servido: era preciso darla á conocer, y eso es muy largo para las masas; y mientras vos les hubierais estado refiriendo su historia, yo las hubiera cogido con la nariz en el aire y la boca abierta. Todo esto estaba mal fraguado.

—Mr. Cromwell es un juez severo, mas el Evangelio dice....

—El Evangelio dice, que se ve la paja en el ojo del vecino y no etc. etc. Yo sé muy bien el Evangelio, milord, pero reflexionad ahora si la aplicacion es exacta. Vos le haceis creer á Barkstead, á cuya sobrina le hizo un chiquillo Carlos, como se los ha hecho á tantas otras, que este era un gran secreto de estado: el coronel se exalta con esta idea, interesa en ello su honor, y le hace á Carlos un juramento que puede cumplir sin temor; porque, milord, si os hacen falta bastardos para revolucionar á Inglaterra, yo tengo una

lista de ellos bastante larga, y podeis escoger otro mejor. Vos le meteis en la cabeza á la vieja lady Salusby la idea de hacer á su hija lady nodriza, y la tontuela, gracias á la educacion que la habeis dado, lo acepta con júbilo. En seguida interesais á un marido imbécil, para que robe por su cuenta la muger que le roban á él por la buena causa, como vos decis, y le ofreceis ayudarle si quiere tambien escamotar la muñeca de revolucion que quereis mostrar al pueblo, como si estuviéramos en los tiempos de Warbeck. Para esto combinais un tumulto en la taberna del rey Ricardo, adonde vais disfrazado de marinero. Macdonnel monta diariamente la guardia, cual caballero español, embozado en su capa en la puerta de Barkstead; en seguida exaltais á esos pobres gentiles-hombres, les prometeis hacerlos pares, les ofreceis tierras, la jarretiera, ¿qué se yo? y fraguais una conspiracion tan absurda, que aun cuando yo no la

hubiera sabido, hubiera ella abortado á haber llovido media hora, ó á haberse roto vuestro carro fúnebre media milla mas allá de la casa de Sonthampton. Y por último, porque á Tomlinson le hizo mal el 30 de Enero creiais ya contar con el egército.... Todo esto es malísimo, milord, muy malo.

—Señor, los resultados son solo los verdaderos jueces del mérito de las cosas: este negocio aun no está concluido, y vos no lo habeis previsto todo.

—Todo está previsto, y todo está concluido. ¡Me hablais de resultados! ¿Y dónde están los vuestros, milord? De cuanto habiais tramado nada ha tenido efecto: desde el nacimiento de esa niña, que debia ser un secreto para mí, hasta esta revolucion que me debia derribar, ¿qué se ha realizado de vuestros planes? Nada.

—Nos ha perdido una traicion.

—¡Os ha salvado vuestra incapacidad,

obispo Juxon! Si hubiera habido en vuestro plan la menor probabilidad de éxito, ni vos ni vuestros cómplices viviriais á esta hora, y para ello no necesitaba yo ni de proceso, ni de sentencia, si no dejar obrar á ese pueblo que habeis probado hoy. Oid, obispo Juxon: siendo yo niño habia en el patio de la casa de mi padre una especie de cubeta grande, en que les daban de beber á los caballos: un dia que estaba llena de agua, quise derramársela en los pies á uno de mis camaradas que estaba muy descuidado: levanté con mucho trabajo un lado de la cubeta, y cuando ya estaba á punto de volcarla, me faltaron las fuerzas, se me escapó, cayó al suelo, y el agua que contenia y debia caer sobre otro, me inundó todo de pies á cabeza. Obispo Juxon, vos queriais hacer de mí el camarada, y habeis estado á pique de ser el niño Cromwell. Pero Cromwell ha crecido ya, milord, y si ese pueblo no os ha hecho pedazos como trai-

dores que sois, es porque Cromwell no ha querido.

—¿Y Cromwell ha querido que el carnicero Tomás Love asistiera á la junta que se acaba de tener, y que diera órdenes hasta al representante del parlamento?

—Cromwell ha querido que el carnicero Tomás Love supiera que iban á atacar la casa de Barkstead, para que la viniera á defender, aunque vos estuvierais dentro. El, para protegeros, ha armado la única fuerza que podia combatir la que vos habiais llamado imprudentemente en vuestro ausilio, el pueblo contra el pueblo, Tomás Love contra Guillelmo. Cromwell ha tenido lástima de vosotros. Los cien hombres que habia ganado Guillelmo, creo muy bien, milord, que hubieran muerto á Barkstead y robado la niña; pero los demás estaban de buena fe, y estoy seguro que os hubieran hecho pedazos. Con que, milord, Guillelmo que queria serviros os hubiera perdido, porque erais vos quien

lo dirigia; y Tomás Love, que hubiera dado su vida por perderos, os ha salvado porque era Cromwell el que lo llevaba de la mano. Se corrompen los parlamentos, los jueces, los generales, milord, pero un pueblo no se corrompe, y la corrupcion es la única arma que vos conoceis á fondo. Por lo que hace al pueblo, no lo conoceis poco ni mucho, y así no penseis mas en él y dejádselo á los que saben servirse de él mejor que vos, sopena sino de perecer.

—Si eso es así, Cromwell ha querido que el cuerpo del rey Carlos sea arrastrado al Támesis, como lo está siendo ahora mismo.

—Cromwell ha querido que el cuerpo del rey Carlos se entierre con decencia en Windsor, como se está haciendo ahora mismo, y como lo previene la órden que se acaba de entregar á los comisarios. Es cierto que el pueblo arrastra en este momento por las calles de Lóndres un fére-

tro de plomo cubierto de madera, y que lo insulta y lo llena de lodo é inmundicias, y que dentro de una hora lo habrá sumido en los albañales mas inmundos y lo arrojará al Támesis, pero el Támesis no llevará al mar sino cuatro tablas y una caja de plomo, y el cuerpo de Carlos I estará en Windsor acompañado de sus gentiles-hombres, como lo ha dispuesto el parlamento y lo ha querido Cromwell.

—Pues mañana será Windsor devastado, y el pueblo furioso, por haber sido engañado, llevará tal vez sus deseos de venganza mas allá del cadáver de Carlos I. El tigre gusta tambien de la carne viva, y acaso despedace la mano que lo conduce con los dientes que le han dejado aguzar sobre el féretro, porque en él ha probado su fuerza.

—Lo que ha probado es su torpeza. En cuanto á vuestro tigre, que tiene dientes que despedacen la mano de su dueño, yo por mí creo que solo es un niño, á quien

alguna vez es preciso dejarle romper el juguete que le enfada: mañana me agradecerá Inglaterra que haya salvado á su pueblo de la mengua de esa profanacion. Oid ahora lo que tengo que deciros: Haced que callen esos Salusby; llevaos de esta casa á esa lady nodriza, y dejad que Barkstead crie la hija de su sobrina; no vayais mas á la taberna á beber con los trabajadores del puerto; confesad á los gentiles-hombres, pero no les deis lecciones; y tened entendido, que acaso no estaré siempre de humor de perdonaros á vos y á vuestros cómplices.

—¡Uno hay que no os perdonará á vos!

—¿Cuál, milord?

—El tiempo, señor.

—¿Qué quereis decir con eso?

—No hay duda que entre cuantos desean la vuelta de los Estuardos no hay un pensamiento como el vuestro, una inteligencia que pueda luchar con vos, un talento

que os dispute el vuestro, ni un valor capáz de combatiros; y sin embargo, conseguiremos nuestro objeto, y volverán los Estuardos.

—¡Nunca! milord, ¡nunca!

—Nunca es mas largo que la vida de un hombre: no os comprometais mas allá de vuestra existencia, señor, porque nosotros tenemos contra vos....

—El asesinato y el veneno, ¿no es verdad?

—¡La muerte! señor, la muerte natural, lejana; pero la muerte que ha de llegar aun al fin de una estremada vejéz; la muerte que se llevará con vos al sepulcro la voluntad, el poder y el genio de la república, mientras que la causa real habrá conservado su religion, alimentado su fanatismo, crecido con la persecucion, y preparado su triunfo.

—¿Y eso por qué?

—Porque vos sois un hombre, y nosotros un partido.

— ¿Creeis acaso que la república no tenga el suyo?

—Todavía no: juzgadlo vos mismo, señor: con razon despreciais el valor de los hombres que han obedecido á mi voz; os sacrifico además la escelencia del plan que yo habia concebido, y os confieso que era absurdo y hasta irrealizable. Pues bien, señor, hombres y mugeres han intentado un absurdo y un imposible, esponiendo sus cabezas sin reflexion y sin miedo. Estos lo hacian así, y el mas celebrado despues de vos entre los partidarios de la república por su talento oratorio, por su valor, y por su gran virtud, abria su casa como un santuario á una niña que hubiera espuesto á la puerta de un hospicio, si hubiera sido hija de cualquiera de los que han condenado á muerte á Carlos; al mismo tiempo que el soldado mas fiel del parlamento, al que se habia confiado la guarda del cadalso, abjuraba sobre este altar de la república el jura-

mento que le habia hecho. Señor, señor, ¿no es nada este espíritu y esta religion que hace levantar á los unos, y titubear á los otros? ¡Ah! ¡si Cromwell hubiera nacido rey!... si quisiera....

—¿Ser realista, no es verdad? No, milord, la palabra rey se borrará de la lengua inglesa mientras Cromwell viva....

—¡Mientras viva! lo creo.

—Pues si lo creeis, milord, ¿qué pensais hacer?

—Esperar, señor.

Dicho esto se fue Juxon, y Cromwell se retiró pensativo. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma noche se depositó el cadáver de Carlos I en Windsor, en la capilla en que estaba sepultado Enrique VIII.

VIII.

EL USURPADOR.

Entonces empezó á desarrollarse todo el genio de Cromwell. Enemigo ardiente de una autoridad que le obstruia su ambicion, no habia verdaderamente dado muestras sino del talento que comprende, define y prueba el vicio de las cosas, y de la fuerza que se apodera de ellas y las des-

truye; y por consiguiente si Cromwell hubiera muerto el 1.° de Enero de 1649 no hubiera sido mas que un rebelde: el 1.° de Febrero hubiera completado un infame regicidio: y diez años despues murió siendo un grande hombre. Confiando en sus propias fuerzas abolió el poder que le incomodaba, y manchó atrevidamente su vida con la sangre de Carlos I: diez años despues habia ya borrado esta mancha, y construido un poder tan grande como él: pero le hacian falta estos diez años, y presintió que los habia de vivir, y asegurado del tiempo, emprendió solo el camino de su gloria, sin pedirle á Dios ningun otro ausiliar.

En una clase de gobierno en que la palabra era un poder, Cromwell, orador sin habilidad, torpe para presentar su pensamiento con formas seductoras, supo no obstante apoderarse de la tribuna, ocuparla y hacerse temible en ella. Con una imaginacion brillante, activa y perspicáz,

sus discursos eran oscuros, pesados y sin objeto, de forma que en cualquier otro que Cromwell se podria muy bien suponer que era ineptitud, pero en él puede decirse que fue habilidad. Era indispensable que sus palabras no dejaran traslucir nunca sus designios, y sus palabras, no obstante, fueron un arma de sus designios. Atacar de frente á sus enemigos, y plantear francamente sus proyectos, hubiera sido imposible; solo la astucia le podia asegurar la victoria, y Cromwell, adversario desleal en la lucha parlamentaria, sorprendió y asesinó, digámoslo así, á sus enemigos muchas mas veces que los venció. Por esto cuando se veia estrechado en un terreno franco y abierto, y conocia que sus largas divagaciones y sus groseras sutilezas iban á sucumbir bajo la fuerza de un raciocinio recto y preciso, evitaba su derrota con entusiasmos repentinos, con contemplativas oraciones y con lamentos proféticos, ó atacaba á sus

enemigos con furibundas amenazas, con invectivas de sangre, ó con acusaciones capitales. Con estos medios desconcertaba la lógica, confundia la elocuencia, asustaba las asambleas, y dejando traslucir, en medio de estas sorpresas, su voluntad hasta entonces oculta, la hacia parecer inexpugnable á aquellas imaginaciones desarmadas, brillante y clara á su confusion, y entre el desórden que habia ocasionado se convertia en poder, en equidad y en razon; y Cromwell, atleta débil, salia vencedor de un combate, en que tal vez hubiera sucumbido si el político hubiera tenido la vanidad de ser orador.

Pero estos subterfugios, á que apelaba el hombre de la palabra y de la discusion, desaparecian para dar lugar á la marcha mas recta y decidida, cuando era preciso egecutar una voluntad ya manifestada: como general, cuando tuvo que combatir; como ambicioso, cuando tuvo que allanarse el camino, y como usur-

pador, mientras tuvo que defender su poder, despreció las maniobras lentas, las ficciones prolongadas, y atacó decididamente los egércitos, los hombres y los poderes que queria vencer, perder, ó abolir. Quiere la Irlanda alzarse por la causa de Carlos II, Cromwell corre allá, dispersa los egércitos, y llena de espanto las guarniciones: Escocia proclama á Carlos II, y las batallas de Dumbar y de Worcester someten aquella nacion á Cromwell y lo libertan del único adversario temible que le quedaba, porque Montrose ya no existia: la fuga fue el único recurso de Carlos II.

A los que han acusado á los amigos de este monarca de haberlo servido mal, de haber aumentado su desgracia con sus exigencias, de haberse dividido entre sí por futilidades teológicas y odios particulares, es preciso contestarles, que la causa de Cromwell contaba con elementos de disension mucho mayores: que se ponia

en duda el derecho, y los partidos eran mas numerosos y resueltos, y que, sin embargo, no se vé que todas estas facciones, todos estos odios, y estas creencias tomasen bajo la mano de Cromwell mas camino que el que él quiso. Porque el rey, por una parte, estaba infatuado con su nombre, mendigando ausilios con el sombrero puesto y repitiendo muchas veces: *Yo*: creyendo hacerlo todo con arrostrar una bala, incomodándole toda condicion, y mostrando dos vicios á la par, el orgullo, que nada queria primero conceder, y la debilidad, que se lo dejaba despues arrancar todo, haciendo de esta manera sospechosa su franqueza, y abandonando á un mismo tiempo la dignidad de su derecho y de su infortunio. Cromwell, por su parte, se apoderaba de los partidos quitándoles el sombrero hasta el suelo, como hacia con los independientes, ó destruyéndolos, como hizo con Levellers: reprendiendo en público á purita-

nos, papistas, evangelistas y fanáticos de todas clases, y diciéndoles á cada uno de ellos al oido que los preferia á los demás: sagáz, peleando siempre para que se hablara menos: no dudando, ni dejando á nadie dudar del derecho de sus acciones; haciéndose pueblo con el pueblo, soldado con el soldado, teólogo con el teólogo, concluyendo la guerra antes de discutirla: y como era, por último, preciso sujetarse á la manía de las controversias, probando á los escoceses que debia ganar la batalla de Dumbar, despues de haber inscrito su victoria como primer argumento de su libro en respuesta al del clero presbiteriano.

Entre estos dos adversarios, aunque el uno tenia á su favor los derechos y los hombres, y el otro únicamente su voluntad, no podia ser incierta la lucha: Worcester vino un año despues de Dumbar á confirmar la fortuna de Cromwell, y Carlos II escapó fugitivo de su patria. La historia de esta fuga será la mas convincente

prueba de la adhesion de los realistas, á quienes se echan en cara las derrotas de Carlos II. Entre sesenta personas que tuvieron en sus manos la vida del rey, con la perspectiva del patíbulo en castigo de su fidelidad y del asilo que le prestaban, y la riqueza prometida á la delacion, no hubo un solo traidor, ni un indiscreto. Si Cromwell, vencido, hubiera descansado en las casas en que dormia Carlos II, desde el el primer dia se hubiera visto su cabeza en un suplicio, y colgados sus miembros de las torres de una fortaleza: de consiguiente, lo que le faltó á la causa de Carlos II, así como lo que le bastó á la de Cromwell, fue el hombre.

—Si el genio, sin embargo, se halla en todas partes, como Dios de quien emana, el cuerpo que anima no tiene mas que un punto que tocar con la mano, en que poner los pies, y en que hablar con la voz: pero el genio tiene siempre aquella suprema facultad, que los necios convierten

despues en lo que llaman fortuna de las circunstancias, de crear en torno suyo hombres que satura con su poder, y que en los golpes que dan participan de su fuerza, y de su celeridad é inspiracion en sus opiniones. Iereton, Ludlow y Monck, satélites arrastrados en el sistema de la ambicion, capitanes y políticos educados en la escuela de Cromwell, mientras este completaba su carrera en Lóndres, terminaron en Irlanda y Escocia la sumision que él habia empezado. Blake daba entre tanto principio en la embocadura del Tajo á la servidumbre de Portugal, castigado por haberse atrevido á sostener á Carlos II. El acta de navegacion echaba los fundamentos de la dominacion del comercio inglés; era vencida la Holanda, á pesar de los esfuerzos de Tromp y de Ruyter, por el mismo almirante Blake, y Cromwell hallaba en todas partes inteligencias para sus proyectos, y brazos para sus voluntades.

Francia, España y Portugal, leales y católicas naciones con pelucas, con besamanos y con galas grandes y pequeñas, solicitaban la alianza de la república puritana y herética, y sus nobles soberanos enviaban embajadores á las antesalas del hijo del cervecero, que habia hecho cortar la cabeza al que ellos llamaban hermano. La rueda de la fortuna de Cromwell deslumbraba con sus vueltas, arrollaba los obstáculos que encontraba, y hasta hacia pedazos entre sus ardientes rayos las imprudentes manos que la habian puesto en movimiento, y querian despues detenerla. Así concluyó aquel largo parlamento, cómplice y no confidente de las ideas de Cromwell, y así fue disuelta aquella otra asamblea, infamada con el nombre de *Barebone*, el dia que quiso levantar la cabeza para oponerse á su fortuna.

Cromwell era protector, nombre feliz, sin definicion y sin límites, manto de un poder mas que real, á cuya sombra

pudo tomarlo todo, porque si este título a nada le daba derecho, nada le prohibia tampoco. El dia en que hubiera tenido la debildad de hacerse rey hubiera perdido su parte, como se la habia hecho perder á Carlos I: la parte de Cromwell era la del leon, y el protectorado se la dió. Sin embargo, ya fuese por egoismo, ó por falta de alcances, ó tal vez por desprecio de los que le debian suceder, Cromwell no alcanzó la verdadera gloria, porque lo que, en efecto, distinguió su genio de todos los demás, lo que fue á un mismo tiempo su fuerza y su vicio, es que no fue fundador. Ni en religion ni en gobierno, creó nada como idea, como principio, como institucion moral ó política: no fue enseñándoles otra doctrina mejor y mas tolerante con lo que hizo callar á los teólogos, y calmó el sangriento furor de las controversias: muy al contrario, se situó casi siempre en el punto mas estremo de su irracionalidad, y los contentó desati-

nando como ellos. Entusiasta cuando queria y segun el gusto de la época, guió á los entusiastas pero no los destruyó. Dando á sus soldados una paga que no podia soportar la nacion, mantuvo un egército que no pudo tener Inglaterra despues de su muerte. Egerciendo de hecho con su potente mano todos los poderes, pero no atribuyéndole ninguno á la suprema magistratura que egercia, quedó esta magistratura reducida á un nombre despues de su muerte. Hábil para valerse de los talentos que lo rodeaban, gastó los hombres en que le sirvieran: realistas y republicanos, presbiterianos y católicos, instrumentos todos dóciles á su voz, se atacaron unos á otros y se despedazaron á su placer, mientras él elevaba su fortuna sobre sus despojos. Indiferente por la monarquía y por la república, por el catolicismo ó la reforma; importándole muy poco el triunfo de un principio con tal de triunfar él, y aprovechándose de todos sin aprovechar

á ninguno, Cromwell no creó mas que á Cromwell.

Mas esta no es una historia política exacta en sus pormenores y graves consideraciones, es solo una relacion de algunos dias pasados fuera de la vista del público: este libro no es mas que una confianza de amigos hecha en secreto, y escondida entre un fárrago de papeles viejos, que yo copio de otra letra y relato en alta voz. No es nada mas que esto. Por consiguiente, es preciso dejar á Cromwell, protector, aliándose con Francia, batiendo á Holanda, humillando á los portugueses, restableciendo las leyes, regularizando la justicia, y enriqueciendo á Inglaterra. Entremos en su palacio, porque ya Cromwell lo tiene: vedlo allí rodeado de su familia, á la que se le despeja su nueva grandeza, mal ataviada con las galas que él le dá, sin responder al milord, milady, ó excelencia con que la disfrazan, volviendo la cabeza para ver á quien nom-

bran así, dispuesta á saludar al criado que anuncia, y besando los pies sobre cuyas huellas se ensalza tanto.

Pero Cromwell se engrandece todavía; infatigable y astuto engaña á Mazarino, se une á Suecia, doma á los puritanos, y se niega á ser rey: todo contribuye á la gloria del protector, nada á la felicidad del hombre. Todavía está en su palacio, pero solo entre los suyos; negado por sus hijos que, orgullosos con los blasones de ayer, no le perdonan que los haya hecho nacer plebeyos; acusado de ambicion por los que ha encumbrado mas de lo que merecian, y tratado de advenedizo por los nobles que ha creado. Amenazada su vida por el puñal siempre aguzado de la faccion realista, castigando para aterrar, perdonando para ganarse amigos, y hallando siempre á sus enemigos mas numerosos que sus verdugos, y su odio mas perseverante que su clemencia: soberano para la Europa, y regicida para sus hijos, perdió

mas fuerza en sufrir que la que habia gastado en elevarse. Por esto agotó, todavía jóven, los últimos recursos de su cuerpo, y aun no habian pasado diez años despues de su gran poder, cuando yacía ya sobre su lecho de muerte, devorado por la fiebre, fatigado por el dolor, y destrozado su cuerpo, pero intacto su genio y poderoso, y con pensamientos y concepciones vigorosas.

Ahora ya nos pertenece Cromwell: Cromwell entre sus cortinas de seda encarnada, reflejando tintas de sangre: nos pertenece Cromwell entre sus médicos y su tumba: nos pertenece Cromwell separado del teatro de la historia. ¡La muerte viene ya! y estas son nuestras horas y el tiempo de nuestra relacion; ya veo mi segundo cadáver.

IX.

RICARDO.

Cerca de mediodia entraron dos hombres á caballo en Lóndres muy de prisa, embozados en sus capas y en absoluto silencio, sin que nadie reparara en ellos, á pesar de la precipitacion con que marchaban; tanta era la preocupacion que se advertia entre los numerosos habitantes de

la ciudad. Se les veia detenerse unos á otros, reunirse muchos cuando se paraban algunos, y accionar con muestras de desesperacion. De cuando en cuando varios individuos del clero presbiteriano llamaban á los fieles al templo para hacer oracion, y de tiempo en tiempo se oian en algunas reuniones dolorosos lamentos. Unas veces eran evangelistas llenos de andrajos, parados en medio de una plaza, que oian la inspiracion de uno de ellos, con los ojos y las manos elevadas al cielo en absoluta inmovilidad: otras veces tembladeres vestidos de paño negro, que recitaban con cierta especie de convulsion extática los versículos del libro de Job: en otras partes, el clero católico, paseando la cruz con aparato y desplegando la austera armonía de sus cantos, hacia hincar de rodillas á los numerosos hijos de su comunion, sin escitar el ordinario enojo de los protestantes ni de los presbiterianos. Aquella era una especie de rogativa universal

que salia de la ciudad de Lóndres y subia hasta el Eterno, como se levanta por las tardes en las orillas de la Clyde un vapor inmenso que sube al cielo, reflejando los vivos colores del iris que le comunica el sol que declina al horizonte.

Los dos hombres á caballo seguian andando con estremada rapidéz, sin hablarse ni descubrirse; y uno de ellos únicamente llamaba la atencion del otro acerca de los principales accidentes de aquella general disposicion, ya señalándole con la mano las iglesias colgadas de paños negros, ya haciéndole oir las campanas que sonaban en todos los barrios de la ciudad. Muy luego torcieron por una de las callejuelas que salen al Támesis y llegaron á la orilla del rio, y entregando sus caballos á un criado que los estaba, sin duda, aguardando, entraron en un barco, y aprovechando la marea que aun subia, se dirijieron hácia la Torre. El punto adonde iban estaba tan cerca del sitio en que se embar-

caron, que era fácil conocer que solo habian tomado aquel camino por ocultar su entrada en la prision.

Poco tardó el barco en llegar á su destino: la reja de hierro, que cierra la bóveda por la que entra el Támesis, se abrió y cerró con igual silencio por los que tenian las llaves, y los viageros desembarcaron en la entrada de un largo callejon abovedado, por el que echaron á andar aceleradamente. El mas jóven de los dos, no pudiendo resistir á su impaciencia, entró por un corredor angosto, en cuyo estremo tenia entreabierta una puerta una mano apenas perceptible, y al llegar á ella, se arrojó en los brazos de una muger, esclamando: «¡Madre mia! ¡madre mia!" oyéndose apenas en seguida el nombre de Ricardo, pronunciado entre los tiernos abrazos de Mad. Barkstead. El coronel entró detrás de su hijo y se detuvo á contemplar aquella interesante escena; pero su muger, casi avergonzada, se volvió

hácia él, y alargándole la mano, sin separarse de Ricardo, le dijo:

—Perdona, Juan; este es un niño delicado que todavía puede apoyarse en su madre: tú ya no necesitas de mí.

—Necesito tu amor, María, respondió Barkstead abrazando á su muger; pero cuando he visto á Ricardo separarse de mí por volar á tu lado, y cuando tú no me has hecho caso por estrecharlo contra tu corazon, me ha ocurrido, que amándoos los dos de ese modo, me debeis tambien amar á mí, porque te he dado á ti este hijo y á él esta preciosa madre.

Brilló una dulce lágrima en los ojos de mistris Barkstead, y el coronel continuó diciendo, sin designar la persona á quien se referia, pero seguro de que lo entenderia su muger:

—¿Tan malo está que todo Lóndres está desolado? Es una rogativa unánime y un dolor universal. Yo se lo he hecho reparar á Ricardo, al atravesar la ciudad, para

que despertando su memoria pueda comparar lo que era el pueblo inglés cuando estaba sumido en la miseria y las disensiones á la muerte del rey, y lo que se muestra hoy que peligra la vida del héroe que lo ha hecho tan poderoso.

—¡Ay! contestó mistris Barkstead, ¿para qué renovar ese funesto recuerdo? ¿no es bastante el dolor actual? No hay duda, milord Protector se halla en un estado desesperado.

—Eso es lo que Andlay me ha escrito y lo que me ha hecho abandonar el Haya. ¡Tú me tienes que pedir una cosa, María, el Protector me quiere confiar un gran secreto, y Andlay es quien me lo comunica! Cosa es bien estraña; mas, sin embargo, al momento me puse en camino secretamente, como me dijisteis, y siguiendo el itinerario que me indicasteis, confiado en la hombría de bien del doctor; pero alarmado con este misterio por ti, María, que sé que eres débil y tímida, y estrañando que

Cromwell no me comunicara directamente sus órdenes.

—Encontrasteis un criado en la orilla del Támesis y un barco, ¿no es verdad?...

—Sí, contestó el coronel, y aquí me tienes, habiendo entrado en la Torre de Lóndres, cuyo mando egerzo, como entran los reos de estado.

—Hemos buscado personas que no sirven en la casa ni te conocen, y nadie puede sospechar tu vuelta á Lóndres, Juan.

—Lo creo, María, dijo el coronel sonriéndose; las precauciones están muy bien tomadas, ¿pero con qué objeto? esto es lo que deseo saber, porque hasta ahora, viendo lo que Andlay me instaba, he hecho ciegamente cuanto me decia en su carta.

—Ignoro, como tú, el motivo de esta conducta; pero Andlay me ha dicho que era órden formal del Protector, y que vendria, así que anocheciera, para acom-

pañarte á verlo, pero que hasta entonces estuvieras encerrado en este cuarto donde nadie puede entrar.

—¡Es cosa rara! dijo el coronel, quedándose sumamente pensativo.

Todo el tiempo que estuvo mistris Barkstead hablando con su marido tuvo cogidas las manos de Ricardo con una de las suyas, y le pasaba la otra por la cabeza separándole sus hermosos cabellos rubios con los dedos, y entonces aprovechó el meditabundo silencio de su padre para contemplarlo á su placer. Ricardo tenia entonces diez y seis años, y en sus facciones se veian reunidas toda la hermosura de su madre y toda la resolucion de su padre. Brillaban sus ojos azules, y tenia su boca aquella poderosa marca que caracterizaba á su padre; pero lo que ni de uno ni de otro habia heredado era una singular espresion de cruel ironía que animaba muchas veces su cara, semejante á la terrible risa de Tomás Love que parecia

haber imitado, cuando éste, que no habia dejado de visitar la casa de Barkstead, le enseñaba á correr, á reñir á puñadas, á manejar el palo y el sable, y lo llevaba á las riñas de gallos, á pesar de las prohibiciones de su madre.

—¿Qué has hecho en el Haya, Ricardo? le dijo al fin abrazándolo: ¿vale tanto la Holanda como nuestra noble Inglaterra? ¿Has tenido miedo al mar?

—Madre mia, contestó Ricardo sonriéndose; yo soy buen inglés; los Estados me han parecido tan feos, comparados con nuestro hermoso condado de Midlesex, como su carne seca y ahumada al lado de nuestros buenos *rosbifs* chorreando sangre; y en el mar he nadado mientras los marineros holandeses corrian espantados por la orilla.

—¡Eso has hecho! esclamó su madre asustada; ¿y por qué lo has hecho, Ricardo?

—Porque cuando desembarcamos en el

continente vimos encallado un navío en la entrada del puerto, en el cual estaba un hermoso perro de aguas que habian dejado abandonado, y el pobre animal aullaba, sin atreverse á tirar al mar por lo furioso de las olas. Si viera flotar un barco junto á él, saltaria y no le faltaria fuerza para venir á tierra, dijo junto á mí un marinero: ¿pero qué barco se habia de aventurar con esa mar? cualquiera se haria pedazos como un vidrio contra el casco de ese buque, si intentara acercarse.—¿Y si ese perro viera á un hombre lo seguiria? le pregunté yo.—Puede ser, me contestó; su amo murió en el naufragio, y muchas veces le oí decir que Phann no necesitaba mas que de egemplo.—Mio será ese perro, dije entonces entre mí.

—¡Ricardo! ¡Ricardo! le dijo la madre casi llorando, ¡qué locura! Y cuando te ocurrió eso no te acordabas de tu madre que se hubiera muerto de dolor, ¡hijo mio!

—Perdonadme, madre, dijo Ricardo, yo pensé que....

—Tú no pensaste mas que en una gloria fútil, hijo mio, y olvidaste los corazones que habias dejado aquí, y ni te acordaste de tu madre que te ama, ni de tu prima Carlota que llora siempre cuando se habla de ti.

—Carlota me habia pedido un perro de aguas, dijo Ricardo bajando la cabeza.

—Y por satisfacer el capricho de una niña de diez años, repuso mistris Barkstead demasiado preocupada con el riesgo que habia corrido su hijo para prestar á esta respuesta toda la atencion que merecia, arriesgaste tu vida y la mia tambien, ¡hijo mio!

—No, madre mia, contestó Ricardo con una dulce mirada de súplica; estaba seguro de volver, á pesar de que los marineros holandeses se echaron á reir cuando les dije lo que iba á hacer. Me tiré al mar, nadé hácia el navío, y me aproximé

lo bastante para que se pudiera oir mi voz entre el ruido de las olas: el perro me oyó, olfateó el viento un instante, dió una vuelta corriendo al rededor de la popa, que aun estaba fuera del agua, se quedó parado así que me vió, y se precitó en el mar dando un salto prodigioso. Como sabia su nombre lo llamé y se vino á mí, pasándome tan pronto por un lado como por otro y ladrando con alegría; despues cuando me vió hacer esfuerzos para ganar la tierra, se puso delante de mí nadando con mucho brio, cortando la violencia de las olas, volviendo la cabeza á cada momento para ver si lo seguia, deteniéndose cuando me cansaba, animándome inquieto con los ojos, y metiendo muchas veces la cabeza debajo de mis brazos como para sostenerme. Una vez me cubrió enteramente una ola, y me ofusqué y sofoqué, y tuve un momento miedo, porque mientras me sacudia el agua que me chorreaba del pelo en los

ojos, sentí un fuerte apreton en un brazo, como si de repente me hubiera dado un calambre; mas sin embargo, me iba aproximando á tierra, y vi que era Phann que me habia cogido el brazo con la boca, y como estábamos cerca, hice el último esfuerzo y llegamos.

—¡Oh Ricardo! dijo la madre con el pecho oprimido y temblando. ¡Ricardo! y no pudo decir mas; pero la mirada con que acompañó este nombre espresó todo su amor y su susto.

—Yo ni até el perro, ni lo llamé, sino que él me siguió y me ha seguido siempre: continuó diciendo Ricardo; es un amigo.

—¿Está aquí? dijo la madre deseosa de ver el animal que habia estado para costarle la vida de su hijo.

—¡Phann! dijo á media voz Ricardo, y al momento se oyó por entre la puerta un suave quejido; Ricardo la abrió, y mistris Barkstead vió un enorme perro que entró mansamente, y presentó con humildad

su cabeza á su jóven amo para que lo acariciara.

—Phann, le dijo éste como si hablara á una persona; Phann, mira á mi madre; y al tiempo de decírselo se la enseñó con la mano. El perro se fue á echar á sus pies, dando aquel suave quejido que tanto contraste hacia con su gran tamaño, y refregó su poderosa cabeza contra los pies de la buena señora.

El movimiento que produjo este incidente distrajo al coronel de sus reflexiones.

—Esta noche, pues, sabré la causa de todo este misterio, le dijo á su muger; pero hay una cosa, María, que me la puedes tú decir: ¿qué tienes que pedirme? la carta del doctor me lo anuncia, y esto no ha contribuido menos que las órdenes del Protector á precipitar mi venida.

Mistris Barkstead titubeaba en responder.

—Y bien, María, ¿no me quieres decir

nada? ¿Es todo esto un juego, y no sabes tú misma tu secreto?

Una mirada que mistris Barkstead dirigió disimuladamente hácia Ricardo, le advirtió al coronel que la presencia de su hijo era un obstáculo para esta confianza.

—¿No puede oir Ricardo lo que me tienes que confiar, María? ¿Es acaso algun secreto vergonzoso que no pueda oir un jóven?

—No, Juan; yo me honro con lo que tengo que decirte, y no obstante, me inquieta en esta ocasion la presencia de Ricardo, y.... aquí se detuvo.

—¿No es conveniente que esté aquí? repuso Barkstead.

—Podria serlo, replicó su muger, pero temo.... y volvió á titubear.

—Madre, madre, dijo Ricardo, me voy: ¿no sois vos acaso el único juez de lo que yo puedo oir?

—No, Ricardo, dijo su padre haciéndole seña de que se quedara; tu madre es

la virtud en la tierra, pero su alma es la de una muger tímida: ya eres hombre, Ricardo, y debes aprender á tener las cualidades fuertes de tal. Yo te he acostumbrado desde muy temprano á mirar cara á cara los peligros de la naturaleza; ni el plomo, ni el acero, ni las tempestades te asustan; pero esto no basta; es preciso que te hallen tambien impasible los reveses de la fortuna, es preciso que si sobreviene la desgracia hayas aprendido á soportarla. María, añadió volviéndose á su muger, ¿he perdido el favor? ¿me han quitado mi empleo? ¿se ha perdido mi fortuna en manos de nuestros depositarios? Responde.

—Juan, tengo que pedirte una gracia y no que anunciarte un infortunio.

—¿Y esa gracia la tienes tú por tal, y se la quieres pedir á tu marido sin que la sepa tu hijo? María, desde que me separé de ti, hace un año, me ha acompañado Ricardo en espediciones peligrosas, ha

oido conversaciones de suma importancia, porque he querido que conozca desde muy jóven lo que es la vida que va á pasar y el mundo en que va á estar, y he interesado su discrecion en negocios de alta política; no temas, pues, que revele tu secreto.

—La gracia no es para mí, replicó mistris Barkstead cada vez mas apurada y casi temblando; y lo que temo no es la indiscrecion de Ricardo....

—¿Es acaso por él por quien me quieres pedir? ¿Ha cometido alguna falta, ó formado algun deseo que no se atreva á confesarme? dijo Barkstead con seriedad.

—¡Oh! no, no, no es eso; se apresuró á responder la madre alarmada con la interpretacion que daba su marido á su perplegidad; es que.... Y despues de haber reflexionado un momento, mientras que su marido y su hijo se miraban uno á otro sorprendidos, prosiguió:

—Sí, sí, tienes razon, oirá mi súplica,

y recibirá de ti el egemplo de la moderacion y piedad que á él le faltan.

Estas palabras fueron un rayo de luz para Ricardo: se contrajo su boca con cruel y amarga sonrisa, cubrió su dulce y pura voz un repentino velo, como si le hubieran apretado con tenazas la garganta, se puso lívido, y con tono sombrío y sofocado, dijo:

—¡Ah! los Salnsby, ¿no es verdad?

—Ves, Juan, esclamó su madre acercándose á su marido, ves como conserva todavía entero todo su odio? Ricardo, hijo mio, ¿por qué esa feroz sonrisa, esa palidéz y esa voz alterada cuando pronuncias ese nombre?

—La fuerza de domar las pasiones no es la mas fácil de adquirir, dijo Barksstead mirando con severidad á su hijo; pero hoy hará el primer ensayo. Habla, María, y di lo que pides para esos presos.

Ricardo nada dijo, pero se puso todavía mas pálido, apretó las manos convul-

sivamente, cayó una lágrima de su ojo fijo é inmóvil, y Phann que estaba á sus pies dió, al mirarlo, un temeroso quejido. La madre no podia apartar los ojos de la cara de su hijo, asombrada de la espantosa espresion que la animaba.

— Mas vale que aprenda á mandar en su alma que en su cara, dijo Barkstead: habla, María. Esta dijo al momento:

— Bien sabes el horrible complot en que sir Salnsby quiso atentar contra la vida del Protector, no contentándose su odio con menos que envenenar una comida entera, que podia haber acarreado la muerte á muchas personas. El complot fue descubierto, y sir Salnsby, su yerno Macdonnel, y su hijo.... Aquí titubeó en pronunciar el nombre de Ralph, y miró con disimulo á Ricardo; éste acariciaba su perro, y parecia no atender á lo que ella decia, y entonces continuó: — y su hijo Ralph, todos fueron encerrados en la Torre.

— Eso acaeció hace tres meses: O-Key,

que fue el encargado de su prision, y mandaba aquí en ausencia mia, me lo escribió, y segun me dijo, fue Tomlinson quien horrorizado del crímen lo denunció á Cromwell, y entonces le dieron el mando de otro regimiento y volvió á entrar en su deber.

— Esa es la verdad, y así me lo ha contado O-Key, repuso su muger; aunque el mando de las cotas de hierro del Protector no le deja casi tiempo para dedicarse á los cuidados de la Torre y venir á vernos. Ahora ya está todo terminado, y pronunciada la sentencia condenando á los tres al suplicio de los traidores.

Barkstead en su interior creia justa la sentencia, y acaso se hubiera negado á oir las súplicas de su muger, si no lo hubiera asombrado la sonrisa que vió en los labios de Ricardo al saber esta noticia: pero el deseo de dar una leccion á su hijo pudo mas que el respeto que creia deber tener á la justicia, y dijo, observando con an-

siedad el efecto que producian en él sus palabras: —¿Y qué puedo hacer por esos criminales? ¿Qué me pides para ellos, María?

—Tu intercesion con el Protector para que les perdone la vida, y los devuelva á las lágrimas de una esposa y una madre.

Ricardo callaba; y su padre, esperando sondear á fondo su alma con una condescendencia que tal vez no hubiera tenido en ninguna otra ocasion, se comprometió con su muger, sin pensarlo, diciéndole:

—Sí, por cierto, te prometo mi intercesion, María, te la prometo.

El tiro dió en el blanco: Ricardo, que estaba inclinado sobre Phann desenredando con la punta de su puñal las largas y suaves lanas del animal, se puso repentinamente en pie, y miró á su padre y á su madre con una especie de sorpresa amenazadora; pero encontrándose con la severa mirada del coronel, y dominado á un mismo tiempo por la sagrada autoridad

que veia en ella y por sus propios sentimientos, dió un grito ronco é inarticulado, que manifestaba todo el despecho de un odio burlado; y volviéndose de pronto, apoyando el brazo contra la pared y dejando caer sobre él la cabeza, pegó con la mano derecha un furioso golpe en la piedra, y cayó roto su puñal á sus pies.

—¿Qué tienes que decir? le dijo su padre irritado: ¿de dónde nace esa odiosa cólera, Ricardo? ¿á qué vienen esos furores y esos arrebatos? ¡Responde, Ricardo!

El jóven se quedó callado, y siguió dando golpes en la pared con el puño. Barkstead, entonces, se fue hácia él; María se precipitó entre su marido y su hijo dando un grito, y Ricardo, al oirlo, se volvió con los ojos bajos y devorando sus pálidos labios, pero pintada todavía la amenaza en su rostro.

—Hijo mio, le dijo el coronel dominando su propio resentimiento, esta noche

vendrás conmigo á ver al Protector, y yo le haré presente la súplica de esos criminales. No sé lo que resolverá Cromwell, pero sea la que fuere su decision, en ella tomarás egemplo de moderacion y olvido de las injurias. Si no te basta el egemplo de tu padre, no rehusarás tal vez el del héroe escogido por el Señor entre sus elegidos para glorificarlo en fuerza y en virtud.

—Padre, replicó Ricardo obedeciendo á las miradas de su madre que imploraban su sumision; todo cuanto decis es justo, como todo lo que haceis: si pedis el perdon de los Salnsby será porque lo merezcan.

El coronel conoció la falta que le habia hecho cometer el deseo de probar á su hijo, y sucediendo á esta penosa discusion un sombrío silencio, cada uno pensaba en el modo de salir de la embarazosa posicion en que se encontraba, cuando vino un nuevo accidente á agravarla.

Para comprender bien lo que pasó.

es preciso formar idea exacta de la posicion del cuarto en que se hallaba Barkstead y su familia. Despues de varios pasadizos irregulares que conducian desde la orilla del Támesis á uno de los principales edificios de la Torre, se llegaba á un largo corredor obovedado. En el estremo mismo de él se encontraba, á la derecha, la puerta del cuarto en que estaba Barkstead, en el sitio preciso en que la bóveda volvia sobre el ángulo izquierdo, siguiendo la forma del edificio, que era cuadrado; de forma que la puerta estaba de frente á esta nueva direccion. Siendo este corredor el único que llegaba hasta el Támesis, era preciso que cuantos se hallaban dentro de la Torre pasaran, para salir de ella, por delante de la puerta del cuarto donde acababa de tener lugar la escena que hemos referido.

Tambien se debe tener presente, que para poder introducir á Barkstead secretamente, se habia retirado de esta parte de

la prision la guardia ordinaria y los porteros que tenian las llaves. Con gran sorpresa, pues, de mistris Barkstead, se oyó un ligero ruido en la estremidad de la galería, ó corredor abovedado, que conducia á lo interior: Phann aguzó con viveza las orejas, dando su acostumbrado quejido y mirando á su jóven amo, el cual lo hizo callar; Barkstead y su muger escucharon con suma atencion, pero habia cesado el ruido, porque, por ligero que hubiese sido este primer movimiento de sorpresa, lo habian sin duda oido, y habia dado lugar á un completo silencio. Todos creian haberse engañado y ya iban á hablar de ello, alegrándose de una cosa que habia venido felizmente á sacarlos de un apuro; cuando Phann, que se habia echado á los pies de su amo, se enderezó sobre las manos y volvió á dar el quejido que le era peculiar, pero mas suave y mas prolongado. Ricardo levantó la mano para impedir la observacion que iba á hacer el

coronel, y dijo con voz casi ininteligible:

—Alguien hay, á no dudarlo; escuchemos.

Se fue en seguida á la puerta y quiso mirar por el agujero de la cerradura, pero estaba puesta la llave y lo tapaba completamente. Entre tanto se volvió á oir el ruido anterior, que era un ligero frotamiento, como el de un vestido, y se percibieron tambien muchos pasos, aunque dados con suma precaucion.

—¿No ves nada? le dijo en voz muy baja el coronel á su hijo, que habia hincado una rodilla en el suelo para estar á la altura de la cerradura.

—Nada, contestó éste.

El ruido siguió, y no les quedó duda de que se acercaban varias personas. Al coronel le ocurrieron las mas singulares suposiciones: ¿seria víctima de alguna traicion? ¿habrian engañado á su muger para traerlo de aquel modo á la Torre y

apoderarse de él mas fácilmente? y por un movimiento instintivo de defensa llevó su mano á la espada y la desenvainó. Phann gruñó sordamente al ver esta accion, y al momento cesó el ruido.

El silencio que sobrevenia cada vez que se hacia el menor ruido en el cuarto en que estaba Barkstead, manifestaba por parte de los que venian tan escrupulosa atencion, que el coronel arrugó ligeramente la frente como quien cree cierto el peligro. Iba á inclinarse hácia su hijo para decirle que se levantara y aclarar su incertidumbre saliendo al corredor, cuando no quedó ya duda de la proximidad de los que venian, y hasta se distinguieron palabras pronunciadas en voz muy baja. Ya era urgente decidirse, pero Ricardo en este momento, continuando encargando el silencio á su padre y á su madre, puso la mano sobre la llave, se volvió hácia Phann aparentando suma afliccion, y el perro, tratando de lamerle la cara, se

empezó á quejar con tal fuerza, que Ricardo aprovechó aquel instante para quitar la llave de la cerradura.

Esta vez no cesó como las otras el ruido, sino que se oyó alejarse rápidamente por la profundidad de la bóveda, percibiéndose los pasos de varias personas. Ricardo miró con curiosidad y creyó ver moverse un vestido blanco en la oscura luz del corredor, pero antes de que se pudiera asegurar de ello, todo habia desaparecido y no se oia nada. Este incidente hizo cambiar de pensamiento al coronel y desvaneció completamente la idea que lo habia agitado. El temor que parecian manifestar con su precipitada retirada las personas que habia oido, lo aseguraba contra la impdsibilidad de un complot; y pareciéndole mas probable una tentativa de evasion por parte de los presos, preguntó á su muger, sorprendida y trémula, quiénes eran los que estaban en aquella parte de la Torre. Lo perpleja que

ésta se halló para responderle le inspiró nuevos temores; mas cuando, despues de estrecharla vivamente, supo que sir Salnsby, su hijo y su yerno eran los que estaban en los calabozos que habia al estremo de la galería, no le quedó ya duda de que la debilidad de su muger habia consentido en facilitar su evasion. Dominado por esta idea le dirigió una mirada severa y dolorosa á un tiempo mismo, que le descubrió á ella lo que pasaba en su interior; y entonces, acercándose á él, le dijo con voz firme y resignada:

—Por mi alma te aseguro, Juan, que no es cierto lo que crees en este momento. He visto á lady Salnsby, que es madre y ha llorado delante de mí, que tambien lo soy; he visto á lady Macdonnel, que es esposa y ha llorado delante de mí, que tambien soy esposa: me han conmovido y les ofrecí interceder por la vida de los culpados; pero fuera de esto, nada es cierto ni nada sé: te lo juro, Juan. El su-

plicar es tal vez mi derecho, pero la sumision á ti que eres mi marido, y á las leyes que son nuestra fuerza, es seguramente un deber á que no he faltado.

Barkstead cogió las manos de su muger entre las suyas, y estrechándola contra su corazon, le dijo: —Perdona, María, pero lo que sucede es tan singular que no sé cómo esplicarlo: ahora no hay ya que esperar descubrir nada porque todo ha desaparecido, y el miedo que les ha debido infundir el ruido que hizo Ricardo ha hecho sin duda desistir á los presos de su intento.

—Eso no es posible, dijo éste: el grito de Phann no se parece á nada que indique la presencia de una persona, y ha debido además cubrir el ruido de la llave. Aguardemos; sin duda tratan de lo que han de hacer, voy á observar.

Dicho esto se tendió casi en el suelo, y Phann, que parecia que adivinaba los menores movimientos de su amo, volvió

á dar su quejido, pero tan débil, que solo lo pudo éste oir.

—Están en el corredor, dijo, no hay duda; Phann los siente y es preciso tomar un partido.

La atencion con que espiaba Ricardo el menor accidente no le habia impedido oir el nombre de Salnsby y la justificacion de su madre, pero no manifestaba, sin embargo, haber entendido nada, y á no haber sido por la mirada que echó al soslayo sobre su puñal roto, no se hubiera podido sospechar lo que en su interior pasaba.

En este instante un nuevo movimiento de Phann llamó la atencion de Ricardo que, á una seña de su padre, se puso á mirar, aunque nada se oia, confiando en la finura de los sentidos del perro de aguas que ya habian esperimentado; pero por mas que miraba, nada podia ver en la dudosa luz de la galería ni nada oia tampoco. Inmóvil, no obstante, en su sitio, redobló

su atencion, porque en el fondo de la oscuridad vió lucir un momento una cosa blanquecina: poco á poco fue tomando mas color aquel objeto, se fue acercando, brilló repentinamente y desapareció otra vez. Ricardo no sabia qué pensar: no habia perdido enteramente de vista aquel singular objeto, y un nuevo brillo mas vivo y de mas reluciente blancura volvió á parecer y estinguirse al momento, pero á mas corta distancia. Aunque Ricardo dejó de ver distintamente como la primera vez aquel resplandor, que tan pronto brillaba como se ocultaba á su vista, conoció la causa de este accidente: siempre que la figura que andaba por la galería pasaba por delante de una de las poquísimas claraboyas por donde entraba la luz, daba el sol en su vestido y lo hacia brillar, aumentando de este modo la oscuridad en que volvia á entrar así que habia pasado del rayo de luz. Ricardo no dudaba ya que era una muger la que por allí venia y

se lo dijo al momento en voz baja á su padre, asegurándole que estaba sola, y se volvió á poner en observacion.

Mientras tanto habia llegado ya cerca esta persona desconocida, y la pudo distinguir fácilmente, no sorprendiéndole menos que su misma aparicion la pequeñez de su estatura y sus rápidos movimientos, que no hacian el menor ruido. Llegó al fin junto á la puerta, detrás de la que estaba colocado Ricardo, y un rayo de sol la llenó todavía otra vez de viva claridad, y entonces conoció á Carlota, que traia un trage blanco, andaba con precaucion, y miraba con ansiedad á todos lados, como si fuese á hacer una descubierta. Así que llegó al ángulo de los dos corredores se paró, estuvo al parecer escuchando largo rato si se oia algun ruido en el que conducia al Támesis, y segura de que no habia que temer se volvió, y con la ligereza de un pajarillo atravesó toda la galería por donde habia venido. Ricar-

do, seguro de que no podia ella oir su voz, refirió al coronel y á mistris Barkstead lo que acababa de ver: la sorpresa de su padre fue estremada; pero su madre, que tenia, sin duda, alguna razon para sospechar la verdad, les dijo en tono muy bajo:

—Ya no se puede dudar: vamos á ser testigos de la fuga de sir Salnsby. Esto corrobora al fin mis sospechas; ellos han seducido á esa niña, y en su edad de pureza é inocencia le han enseñado ya la mentira y la traicion.

Su hijo y su marido la oyeron absortos, y como nada se movia aun en el estremo de la galería, pudo continuar diciendo:

—Cuando Andlay estaba combinando conmigo los medios de alejar la guardia de esta parte de la Torre, siempre me encontraba á mi lado á Carlota. Siempre que lady Salnsby y su hija venian á ver á los presos, se me escapaba del cuarto é iba á hablar con ellas; y cuando me acuerdo

que el antiguo obispo Juxon ha sido el encargado de dirigir su conciencia, no me admirará que haya hecho caso de consejos odiosos, espiado cuanto se hacia y se decia, y aprovechado la seguridad que inspiraba su infancia para contribuir á la fuga de los culpados.

—Carlota no ha podido hacer eso, dijo Ricardo á su madre con impaciencia: es el alma de un ángel en el cuerpo de una niña; ¡cómo es posible suponerle tanta ingratitud y doblez!

—No hay planta tan lozana, ni agua tan pura, replicó el coronel, que no pueda ajar y enturbiar el aliento de un realista. Los miserables serian capaces de inducir al hijo á asesinar á la madre, y al amigo á delatar al amigo, si conviniera á sus proyectos. ¡Oh! si Cromwell le llega á faltar á la república, van ellos á levantar sus cabezas de serpientes, á renovar sus intrigas, y á poner otra vez en planta su corrupcion. Infeliz de Juxon, María, si lo

que supones es verdad; mas bien le perdonaria haber atentado contra la vida de esa niña, que haber contaminado su pureza.

—¡Es verdad! ¡es verdad! dijo Ricardo con concentrada rabia; ya empieza el primer ruido, el de muchos pasos. No hay duda, enviaron á Carlota á ver si habian tenido una falsa alarma, y ahora que todo lo creen desierto vuelven; pero nos encontrarán aquí, ¿no es verdad, padre?

Al decir esto, su alegre y cruel mirada descubrió la esperanza que tenia de que su padre no contribuyera con su silencio á favorecer esta fuga; y esta vez, con efecto, los deberes de gobernador de la Torre triunfaron en el corazon de Barkstead del sentimiento que le habia inducido á reprimir el odio de su hijo.

—Sí por cierto, Ricardo, le contestó, nos encontrarán. María, no te asustes. Mira, Ricardo, ¿vienen ya?

—Los oigo.

—¿Y no los ves?

—Todavía no.... ¡Sosiego Phann, sosiego!... aquí están.

—¿Quiénes son?

—¡Ah! Carlota la primera.... despues una.... dos.... sí, dos mugeres.

—¡Lady Salnsby y su hija! dijo mistris Barkstead con voz mal segura.

—Despues.... ¡ah! esperad que pasen por un rayo de luz. —¡Allí están!.... uno.... dos, tres hombres.

—Los tres presos, dijo el coronel; está bien.... ¿vienen ya?

—Parece que están en consulta. ¡Ah! ahora se detienen delante de una claraboya y se les ve bien.... uno, dos, tres, cuatro hombres.... Son cuatro hombres, dijo Ricardo sorprendido.

—¿Y no los puedes conocer? repuso Barkstead.

—Sin duda hablan: parece que no están de acuerdo, señalan la puerta con el dedo. ¡Ah! ¡es Juxon! lo conozco.—¡Silencio! Carlota viene sola, nos oyen.

—¿O no les habrá llamado mas bien la atencion la luz que pasa por esa cerradura y que desaparece cada vez que miras? Quédate inmóvil, dijo el coronel.

Carlota, como habia anunciado Ricardo, vino en efecto, pero mas de prisa y con menos miedo que la primera vez, y llegó hasta la puerta en que él estaba de rodillas. El coronel y su muger apenas respiraban, y Ricardo le puso la mano en la cabeza á Phann, que conocia debia guardar silencio, y apoyando un ojo casi sobre la cerradura interceptó toda luz. Carlota, que estaba ya junto á la puerta, se inclinó para escuchar, arrimó á ella un oido, y quiso tambien mirar por la cerradura; Ricardo oyó su respiracion acelerada de resultas de sus idas y venidas; pero supo estar tan completamente inmóvil y comprimió tan fuertemente su respiracion, que á dos pulgadas de su cara ni aun pudo ella sospechar que estuviese allí. Una seña que hizo decidió á los fugitivos, y Ricardo

la vió avanzar con menos precauciones que antes; mas sin considerarse, no obstante, del todo seguros, porque los hombres, á escepcion de Juxon, traian desenvainadas las espadas. Ya estaban bastante cerca para que Barkstead mismo los oyera, cuando Ricardo se puso en pie mirando al coronel, como para pedirle consejo.

—Abre, le dijo éste desenvainando su daga, y que Dios dé la victoria á los suyos. Ricardo, al oirlo, abrió la puerta, pero sin sacar su espada; el coronel se presentó primero, y ambos se hallaron cara á cara con los presos. El primer movimiento de éstos fue volverse atrás, pero así que vieron á la claridad, de que se llenó de repente el corredor, que solo tenian por adversarios un hombre y un niño, cobraron ánimo. Hubo un momento de silencio, durante el cual tomó su partido sir Salnsby, y conociendo que era preciso vencer aquel obstáculo, sopena de perderse, hizo seña á su hijo y su yerno para

que lo siguiesen; mas Barkstead le dijo entonces:

—Sir Salnsby, tu fuga es imposible: no la intentes en vano, á menos que no prefieras que la espada de un valiente soldado reemplace para ti el hacha del verdugo.

—Coronel Barkstead, replicó el viejo caballero, me acabas de dictar lo que debo hacer: puesto que tan bien sabes lo que me importa mi cabeza y las de mis hijos, seria locura en nosotros no aventurarla en partida tan ventajosa: ¡que Dios te salve!

—No, no, esclamó mistris Barkstead precipitándose entre ellos; no, vuestra vida no está ya en peligro, sir Salnsby, mi marido me ha ofrecido obtener vuestra gracia del Protector. ¡En nombre del cielo, no levanteis vuestra espada contra el que ha empeñado su palabra de que os salvará la vida!

Salnsby titubeaba sobre lo que habia de hacer, y Ralph y Macdonnel con espada y daga estaban dispuestos á acometer

al coronel; porque hasta entonces Ricardo habia permanecido detrás de su padre envainada la suya, y sujetando con una mano el collar de Phann, inmóvil como él. Juxon tomó la palabra y respondió á Barkstead:

— *Voluntas hominis ambulatoria usque ad mortem:* ¡quién sabe si lo que Barkstead prometió esta mañana querrá cumplirlo esta tarde! ¿Quién sabe si la boca de donde han de salir las palabras de gracia tiene todavía aliento para pedir la suya al Señor á quien ha ofendido? ¡La salvacion está aquí, y la gracia en san James; una buena espada vale mas que la mas alta proteccion; pasa por encima de ese hombre, sir Salnsby, la vida está al otro lado, donde la barca espera y el cadalso tambien!

Los tres caballeros hicieron un nuevo movimiento; Barkstead dió un paso atrás para ponerse en defensa; Ricardo siguió inmóvil, y ya se iba á empeñar la lucha,

cuando Carlota, dando agudos gritos, se arrojó como mistris Barkstead entre las espadas desnudas, y ya imploraba á Juxon y á los presos para que no mataran á su tio, ni á su primo Ricardo á quien amaba: ya se abrazaba á las rodillas de Ralph, ó se echaba á los pies de su padre. Hubo entonces otro nuevo silencio.

—¿Una muger y una niña os causan tanto miedo ó compasion, que arriesgueis vuestras vidas por algunas lágrimas y súplicas? dijo lady Salnsby; yo apartaré, pues, de vuestro camino ese vano obstáculo: ¡hombres, ahí teneis á vuestros enemigos!

Al decir esto agarró á Carlota, á pesar de sus gritos, la levantó en alto, y ayudada por lady Macdonnel la puso detrás de los fugitivos, que se hallaron entonces frente á frente con Barkstead, que tambien habia separado á un lado á su muger. Todos tres avanzaron sobre el coronel; pero aunque no estaban á la distancia del

largo de dos espadas, no habian aun, sin embargo, dado un paso, cuando ya Macdonnel luchaba en vano por desasirse de los terribles dientes de Phann, y Ralph jadeaba con impotente rabia oprimido por la rodilla de Ricardo; sir Salnsby habia perdido su espada, y la victoria parecia decidida, cuando sonó una ruidosa detonacion, porque Juxon, en el momento en que Ricardo iba á atravesar á Ralph con su espada, le disparó casi á quemaropa un pistoletazo.

—¡Tu mano es la de un pérfido y un cobarde! esclamó Ricardo; ¡asesinas y tiemblas! La bala, en efecto, habia dado en la hoja de la espada que se habia roto; de manera que solo quedaba el puño en la mano del jóven, el cual, enseñándoselo con rabia al asombrado clérigo, le dijo:

—Si esto no puede llegar hasta su corazon, le hará pedazos el cráneo.

Aun no lo habia acabado de decir, y ya Juxon le habia sujetado la mano, y

apoyado el cañon de otra pistola sobre su frente.

—Detente, le gritó Barkstead, que sintió desgarrársele el alma y casi desmayarse al verlo; no mates á mi hijo, habla, ¿qué quieres?

Todos se contuvieron. Entre tanto, sir Salnsby, desarmado, estaba en poder de Barkstead; Macdonnel, tendido en el suelo, daba tristes quejidos sin moverse, mientras que Phann, mirando con suma atencion á su jóven amo, no aguardaba mas que una seña suya para dar fin de aquel enemigo; Ralph no se podia libertar de la vigorosa presion en que lo tenia Ricardo, y éste por su parte sentia constantemente sobre su frente la pistola de Juxon. Todos estaban sin moverse conservando sus ventajas, y se estableció entre todos una especie de tregua como para tratar de capitular.

—Tu hijo está en mi poder, dijo Juxon á Barkstead, y al menor movimiento que

hagais uno ú otro muere: ¿quiéres dejarnos pasar?

Barkstead recobró toda su serenidad y calculó su posicion: las mugeres pasmadas, sin hablar ni llorar, miraban aquel espectáculo con estúpido asombro.

—Si tú tienes en tu poder á mi hijo, replicó el coronel, Salnsby está en el mio, Macdonnel morirá, y entonces nos veremos. ¿Es segura tu pistola? piénsalo bien, porque mi espada te habrá atravesado el corazon cuando aun no haya atravesado la bala la cabeza de mi hijo.

Juxon por su parte consideró tambien la posicion de los combatientes: temió por sí mismo los resultados de lo que iba á hacer, y toda su alma salió á su cara con la palidéz de que se cubrió, al ver á Salnsby desarmado y á Macdonnel tendido en tierra. Olvidando con esto la amenaza que acababa de hacer, dijo á Barkstead:

—¿Qué quereis por vuestra parte?

El coronel reparó en aquel momento en su muger que, arrodillada sobre las losas de la galería, lo miraba toda fuera de sí; y conociendo que podia combinar sus deberes con la salvacion de su hijo, le contestó:

—Que estos reos vuelvan á su prision, y olvidaré que han venido aquí las señoras.

—¿Y cuál será mi suerte? dijo Juxon apoyando mas su pistola sobre la cabeza de Ricardo.

—Tú te irás tambien, repuso Barkstead mirándolo con desprecio: el gobernador de la Torre no tiene que dar cuenta á Inglaterra sino de esos tres presos; que se me entreguen, y los demás podeis iros.

Estas condiciones satisfacian á Juxon, pero renovaron en lady Salnsby y su hija todo su dolor, y la primera esclamó:

—¿Es acaso para entregarlos al verdugo para lo que pides tus presos? Entonces vale mas que mueran aquí, porque la espada les ahorrará al menos los tormentos

del suplicio. Tira, Juxon; mata al enemigo que tiene sujeto á Ralph, que una vez libre él te salvará.

—¿Y salvará á tu marido? dijo Barkstead poniéndole á Salnsby en el pecho la punta de su daga.

Macdonnel al mismo tiempo dió un sordo quejido.

—Padre mio, salvad á mi esposo de las mordeduras de ese feroz animal, dijo la jóven lady á Juxon: muere si no aceptais.

—¿Te olvidas del verdugo, le replicó su madre, del verdugo que lo espera con tenazas hechas ascuas, cuya mordedura será mas dolorosa que esa de que puede ahora morir?

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó lady Macdonnel hincándose tambien de rodillas, aterrada con la muerte que tenia presente, y sin poder olvidar la que le esperaba mañana.

La ansiedad en todos habia llegado á su colmo, porque la eleccion era horrible

para los tres presos, y solo habia esperanza de salud para Juxon; éste lo conoció, y previendo que la fogosa lady Salnsby no le dejaria rescatar su vida si abandonaba enteramente á su marido y sus hijos, dijo al coronel:

—Nos fiaremos de tu palabra: has pedido que se te entreguen los presos porque debes responder de ellos á la Inglaterra, pero tambien hay un juramento de que eres responsable al cielo: ¿no has jurado obtener el perdon de los presos de la clemencia del Protector? Pues jura además cumplir esta promesa, y nos retiramos estas señoras y yo.

—Yo no he jurado sino lo que le es posible hacer al hombre; he jurado pedir esa gracia, pero no obtenerla; y cumpliré mi juramento, no á ti que me lo exiges, sino á la que se lo he hecho cuando me lo suplicó.

La esperanza que esta proposicion hizo nacer en el alma de las mugeres y los pre-

sos los sacó de la incertidumbre de aventurar un combate. El mismo Ricardo, que habia visto escaparse á su rabia la vida de Ralph tan repentinamente, no se opuso á estas condiciones, porque siéndole indiferente la salvacion de aquel con tal que él mismo se salvara, calculó interiormente, que siempre ganaba con aquel convenio, bien que la intercesion de su padre fuese inútil y pereciera Salnsby, ó bien que obtuviese su perdon y quedara vivo, espuesto á su resentimiento. Juxon, sin embargo, permanecia inmóvil, siendo lo mas notable de cuanto acababa de pasar, que ninguno de los interlocutores habia hecho el menor movimiento.

—¿Qué esperas, Juxon? dijo el coronel.

El antiguo obispo titubeó en responder: suspicáz por carácter, y previendo la posibilidad de una perfidia, conocia que iba á ofender el honor de Barkstead, pero no pudiendo, sin embargo, dominar su desconfianza, le dijo:

—¿Y si yo libro á tu hijo de la muerte que le amenaza, quién me responde de que me dejarás salir de esta prision?

Barkstead se indignó de oirlo, y hasta sir Salnsby se sorprendió y le dijo:

—Padre mio, la palabra del coronel vale mas que un rehen y una pistola: dejad libre á ese jóven; yo no temo dejar el mio en su poder si Barkstead dá su palabra de soldado de que se cumplirá todo lo convenido.

—Yo os la doy, contestó el coronel. Al momento apartó su daga del pecho del viejo caballero; Juxon levantó su arma; Ricardo dejó libre á su adversario, y Phann, con una ligera seña que aquel le hizo, dejó á Macdonnel casi sin sentido en el suelo.

A los pocos minutos habian vuelto los presos á sus calabozos; Juxon y las dos mugeres habian salido de la Torre, y Barkstead, María y Ricardo iban á volver á entrar con Carlota en el cuarto en que

estaban ocultos, cuando un ligero ruido que vino del corredor que conducia al Támesis anunció la llegada de Andlay. El coronel, á pesar de su deseo de interrogar á la niña sobre los medios de que se habia valido para proporcionar á los presos todo lo que necesitaban para su evasion, se fue con el doctor y su muger á otra pieza inmediata, y dejó solos á Ricardo y Carlota, despues de decirle á éste que procurara averiguar el secreto de aquella aventura.

X.

CARLOTA.

ESPERAR! le habia dicho Juxon á Cromwell el 30 de Enero de 1649, y esta palabra habia únicamente espresado la mitad de su pensamiento, porque estaba convencido de que nada podrian conseguir con sus intrigas los realistas mientras viviera el Protector. Pero habia conocido al mismo tiempo que era preciso estar preparado para el momento de la muerte de Crom-

well, y que el partido de Carlos II debia vivir alerta y dispuesto á aprovechar la ocasion que no se dejaria de presentar. Para este objeto era muy importante conservar á un hombre, á sir Salnsby, partidario ciego de los Estuardos, dispuesto á todo, y á quien ningun revés podia arredrar; por lo mismo, así que lo vió preso, fué su único objeto procurar su evasion, para lo cual tenia preparados muy de antemano los medios con cruel prevision. Lo que pasó entre Carlota y Ricardo, que se quedaron solos, nos descubrirá mejor, que cuantas reflexiones pudiéramos hacer, cómo habia inducido á aquella niña á favorecer la fuga de sir Salnsby, y cómo habia exaltado su ánimo en una edad en que parecia incapáz de reflexion y secreto.

Los dos se habian quedado solos con Phann en la primera pieza en que entró Barkstead á su llegada, y Ricardo, sentándose, puso á la niña sobre sus rodillas, y acariciándola dulcemente, le dijo.

—Carlota, ¿por qué has querido contribuir á que se escapen de su prision los culpados que habia condenado la justicia?

Esta se sonrió desdeñosamente sin responder, y Ricardo prosiguió:

—¿Cómo has hecho para abrirles la puerta?

La niña siguió callada, meneando ligeramente la cabeza.

—¿No me quieres responder, Carlota? Si me dices por qué lo has hecho, te daré el hermoso perro de aguas que me tenias pedido, y que por ti he traido de muy lejos.

—Si me dieras tu perro por mi secreto, dijo la niña, me lo habrias vendido, y no lo quiero comprar á ese precio.

Ricardo se sorprendió con esta respuesta, pero tratando de ganar su confianza le contestó:

—Yo no quiero venderte á Phann sino dártelo, porque para ti lo fui á buscar en medio de un mar horroroso. Y en segui-

da le contó lo mismo que le habia dicho á su madre. Ella lo escuchó con suma curiosidad, y así que concluyó le dijo con estraña sorpresa:

—Pero, Ricardo, ¿con que eres valiente?

La pregunta y el tono con que fue hecha pusieron colorado al jóven, porque aunque Carlota no era mas que una niña y sus palabras no tenian fundamento, Ricardo la queria con indecible entusiasmo para su edad; y esto, que ella sin duda habia oido, manifestaba una opinion.

—¿Quién te ha dicho que no era yo valiente? le replicó con viveza: estoy seguro que álguien te lo ha dicho, Carlota, dime su nombre, y le haré pagar con su sangre tan infame impostura.

La niña, volviendo á tomar un aire indiferente, le contestó pasando sus dedos por entre su pelo:

—Nadie me lo ha dicho, Ricardo, pero yo sé muy bien que todos los puritanos son asesinos y cobardes.

—¿Quién te ha hablado así, Carlota? repuso con cólera Ricardo; ¿quién te ha dicho eso? Te lo han dicho, ¿no es verdad?—Y aparentando en seguida la calma que no tenia, añadió:—Dime quién te lo ha dicho, te juro que no le haré ningun mal.

La niña se sonrió con desden, y contestó:—¿Tienen acaso los presbiterianos derecho á jurar? ¿No son todos perjuros y traidores?

Ricardo comprendió bien el orígen de tan estrañas ideas; pero pasmado de que la vigilancia de su madre no lo hubiera precavido, le dijo con dulzura:

—¿Le hablas así á mi madre? ¿le has dicho que todos los presbiterianos eran perjuros y traidores?

—¡Oh! no, respondió la niña, porque mistris Barkstead me reñiria; á ti te lo digo porque siempre me has defendido cuando hacia algo malo.

—¿Y por qué, replicó Ricardo, no me

quieres decir los nombres de los que te han dicho todas esas cosas?

—Porque harias que los juzgara el coronel tu padre, que en otro tiempo hizo morir al mio.

Ricardo no pudo contener una viva esclamacion de sorpresa; pero la niña, distrayéndose con otras ideas, le dijo bruscamente:

—¿Por qué no me llamas milady? ellos no me hablan nunca de otro modo.

—¿Quiénes? esclamó Ricardo impaciente.

Calló la niña, Ricardo reflexionó un momento, y á pesar de su poca edad, se asombró de las ideas con que habian procurado inspirar á aquella criatura un odio implacable, pensó en Juxon y en lady Salnsby, y pronunció involuntariamente este nombre. Carlota, que se habia puesto en pie y estaba jugando con Phann, se acercó entonces á su primo y le dijo:

—¿Cumplirá tu padre su juramento, y pedirá el perdon de los presos?

—Lo hará porque lo ha ofrecido, contestó Ricardo, pero pagará seguramente con un beneficio una perfidia. ¡Esos Salnsby son muy miserables!!

—Bien ves, dijo Carlota al oir esta esclamacion, que los insultas: mira, Ricardo, haces mal, porque te harán castigar á su vez para vengarse, y entonces....

—Entonces.... repuso Ricardo, á quien tan cruelmente sorprendia esta conversacion.

—Entonces, còntinuó la niña, que, equivocando la espresion de la cara de Ricardo, creyó que era efecto del miedo que le causaba esta amenaza; entonces yo te salvaré, Ricardo, y le pediré al rey mi hermano que te perdone, pero á ti solo, ¿lo entiendes? y diciendo esto, le echó los brazos al cuello con una espresion de ternura, que en tan corta edad no podia ser efecto sino de ese sistema de simpatía oculta y secreta que encadena alguna vez dos existencias una á o ra.

Con esto se aclaró para Ricardo toda la historia de Ana, y se combinaron mil circunstancias confusas que vagaban por su cabeza. La muerte de Carlos I, el nacimiento de Carlota, las espresiones de *hija ilegítima, sangre real, jóven seducida,* pronunciadas muchas veces por Barkstead y su muger, tuvieron para él significacion; entendió el motivo de la educacion católica dada á Carlota; y su acusacion de que el coronel habia condenado á muerte á su padre, y el nombre de hermano que le daba al rey que podia venir, reemplazaron la ignorancia en que lo habian dejado siempre sobre el padre de Carlota con una duda que trató de aclarar, y con este objeto, y acomodándose á su capricho, le dijo:

—¿Y por qué se querrian vengar de mí, milady? ¿qué mal les he hecho?

Con estas palabras recobró la niñéz todos sus derechos, y Carlota, mirando asustada á su primo, le dijo:

—Calla, Ricardo, no me llames así en voz alta, porque ellos me han dicho que me pegarian y tal vez me encerrarian, si el coronel supiera que yo sé que hizo morir á mi padre. Además de que ayer, cuando tomé de debajo de la cabecera de mi tia las llaves de esta parte de la prision que le habia entregado el portero, me dió miedo solo tocarlas; y cuando se las llevé á milord Juxon, que me esperaba, iba toda temblando; porque mira, él me habia dicho que si le contaba á mistris Barkstead, ó al coronel, lo que me habia mandado hacer, me iria derecha al infierno.

—¡Dios mio! esclamó Ricardo; ¡y habia mi padre de dejarlo impune, é implorar el perdon de esos Salnsby! ¡oh! seria una locura, una vileza.... No lo hará.... voy á decírselo.

—¡Oh, Ricardo! le dijo la niña estrechándose mas contra su cuello; me matará tu padre: por Dios te lo pido, no le digas nada: ó ellos tambien me harán mo-

rir.... morir con el suplicio de los traidores.

Carlota lloraba amargamente diciendo esto, y se apretaba convulsa al cuello de su primo, alterando un infundado espanto la pureza de sus facciones, y casi se ahogaba.

—Carlota, mi querida Carlota, le dijo éste; Ricardo te defenderá, no temas nada, sosiégate.

—¡Oh! replicó la niña, que sollozando violentamente y representándose el horrible cuadro que habian cuidado de pintarle con toda su feroz verdad, se aplicaba á sí misma, de miedo, sus largos tormentos; ¡oh! ¿sabes tú lo que es el suplicio de los traidores?... mira, lo cuelgan á uno de la horca por mucho tiempo, por mucho... despues, cuando aun no está muerto, mira Ricardo, cuando aun puede padecer mucho, lo bajan:—¡Dios mio! ¡Dios mio! no digas nada, no le digas nada á tu padre.... porque mira, en seguida lo tienden

sobre una gran mesa, y el verdugo le abre el vientre con un cuchillo. ¡Oh Ricardo! mira, abrir el vientre con un cuchillo, despues.... echan las entrañas en un brasero ardiendo. ¡Lo entiendes, Ricardo! ¡quemar las entrañas!! y en fin.... ¡oh Ricardo! ¡Ricardo! si hablaras, si me denunciaras á tu padre.... ¡Oh no!... ¿no es verdad que no? porque en seguida le mete el verdugo la mano en el pecho, y le agarra el corazon.... despues.... ¡oh Ricardo!... mira.... despues.... ¡lo aprieta con toda su fuerza y se lo arranca!... ¡Piedad! ¡piedad! Ricardo, no me denuncies.

Carlota fuera de sí daba convulsivos sollozos; Phann asustado con sus quejidos empezó á aullar tristemente, y el coronel asombrado del ruido entreabrió la puerta del cuarto para ver qué sucedia. Al verlo la niña, á quien el miedo habia trastornado la razon, se estrechó contra el cuello de Ricardo, ocultando la cabeza

en su pecho, dando gritos, apretándolo con toda la fuerza de sus débiles brazos, sin poder casi respirar, y pidiendo socorro con tan enérgico terror, que Phann, engañado con el miedo tan desordenado que manifestaba Carlota, se volvió gruñendo hácia Barkstead por el instinto de defender al débil que domina á esta noble y leal raza. Ricardo, sin saber qué responder á las preguntas del coronel y á las alarmas de su madre, y no pudiendo calmar el terror de Carlota, que redoblaba sus gritos y se agarraba á él con todas sus fuerzas siempre que cualquiera de los dos se queria acercar á ella, le pidió á su padre que se fuera; y como éste insistiese en saber el motivo de aquel cruel llanto, Ricardo, para que no lo entendiera Carlota, le dijo en francés:

—Idos, padre, que yo os lo diré todo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Cap.		Pág.
I. . .	*Birth-Day*.	5
II. . .	*Withe-Hall*.	32
III. .	*Ana*.	64
IV. .	*La confesion*.	89
V. . .	*La nodriza*.	113
VI. .	*Funeral undertakers*.	132
VII. .	*Conversacion*.	165
VIII.	*El usurpador*.	177
IX. .	*Ricardo*.	192
X. . .	*Carlota*.	243